

# EL PAPA Y LOS PROBLEMAS SOCIALES

SEGUIDO DE UN ESTUDIO DE LEÓN XIII ÍNTIMO

(Publicado en la *Review of Reviews*, 15 de Mayo de 1891.)

En varias ocasiones, desde que me puse á escribir las pocas páginas que anteceden al bosquejo de la vida íntima de León XIII, me han preguntado: «¿Qué papel pretende usted que desempeñe el Papa *en todo eso?*» Y nótese que con «todo eso» se quería decir el arreglo de las cuestiones sociales que preocupan actualmente á la opinión pública.

## EL DOBLE PROBLEMA

Hace mucho tiempo que, una junto á otra, se han desarrollado y crecido dos fuerzas. Consiste la una en la creencia que se tiene de que, por lo general, han mejorado los sentimientos morales del hombre en sus relaciones con sus semejantes. Digo creencia, porque la lectura de los sucesos de cualquier periódico prueba que el individuo es ahora tan esclavo de sus pasiones como antes, y ahí están los incidentes internacionales



para impedir que nos limitemos á una simple afirmación del progreso de las ideas humanitarias entre los pueblos. La democracia es la otra fuerza. Fuerza verdadera y tangible, y aunque la primera no es aún más que vaga é indefinida aspiración, no carece, sin embargo, de utilidad por su impulso, y sobre todo, por la dirección que da á las ideas actuales respecto al punto de las relaciones internacionales de los diversos pueblos. Ambas grandes fuerzas existen: ¿qué dirección se les debe dar? Hé aquí el problema que se impone á la atención de nuestros contemporáneos.

Dejando aparte, por un momento, la pregunta referente al papel que se espera desempeñará el Papa en el arreglo de las cuestiones sociales, preguntaré á mi vez si se ha meditado bien en el poder de una palabra que escuchan 200 millones de almas y que reverencian como la palabra misma de Dios, y si se han dado cuenta por ventura del influjo que podría tener esa palabra en una sociedad que cree en su propio mejoramiento. El hombre que hoy puede pronunciar esa palabra es el Jefe venerado de la organización más grande que ha existido jamás. Apenas subió León XIII á la Sede Apostólica afirmó resueltamente su concepto tocante á la misión y los deberes del que la ocupe (1). Él es quien ha dicho: «Los Gobiernos de los diferentes países deben cumplir su deber; yo cumpliré el mío» (2). Él es quien ha alabado el proyecto de procurar la protección de la clase obrera mediante una legislación común á las naciones industriales de Europa contra los males que sufre, y además, dirigiéndose como Jefe de la Iglesia á los representantes de la gran familia obrera, ha dicho: «Nos no ce-

---

(1) Fué la Sede Apostólica faro amigo para la humanidad cuando llegó á su apogeo la civilización de los siglos cristianos; áncora de salvación para el género humano cuando la nave de sus destinos era azotada por las tempestades más furiosas; lazo sagrado que reunió en la concordia pueblos tan distantes unos de otros y de costumbres y caracteres tan distintos; centro común á que se acudía para la verdadera doctrina y la instrucción religiosa, para los consejos y la mediación, que conducían á la paz y al buen gobierno. (*Inscrutabili Dei Concilio*, 21 de Abril de 1878.)

(2) Declaración al *New York Herald*, 17 de Abril de 1890.



saremos de hacer, por mejorar vuestra suerte, cuanto nuestro cargo y corazón de padre puedan sugerirnos» (1).

#### SIMPATÍA DE LEÓN XIII POR LA CLASE OBRERA

Si por la índole misma del movimiento no estuviese llamado el Papa á desempeñar un papel en su expansión, haríalo por sus propias simpatías y por los deberes de su cargo. Siempre ha combatido el socialismo político y anárquico, pero se ve en *Quod Apostolico numeris*, en sus dos discursos á los obreros franceses y en sus declaraciones al *New York Herald*, la viva simpatía que tiene á las clases obreras. Ha ido más lejos todavía; ha desenvuelto un programa, realizado por sabias apreciaciones, en la parte del discurso de 22 de Octubre de 1890, que voy á citar:

«Pedimos que volviendo sinceramente á los principios cristianos, se restablezca y consolide entre patronos y obreros, entre el capital y el trabajo, la armonía y unión, que son la única salvaguardia de sus intereses recíprocos, y de las cuales dependen á la vez el bienestar privado, la paz y la tranquilidad públicas.

»Á vuestro alrededor, amados hijos, agítanse millares de trabajadores que, seducidos por falsas doctrinas, creen que han de hallar remedio á sus males en la destrucción de lo que constituye como la esencia misma de la sociedad política y civil, en la destrucción y aniquilamiento de la propiedad. ¡Ilusiones vanas! Irán á chocar contra leyes inmutables que nada puede suprimir. Ensangrentarán los caminos por donde pasen, amontonando ruinas y sembrando la discordia y el desorden; pero con ello no harán sino agravar sus propias miserias y atraer sobre sí las maldiciones de las almas honradas. No, el remedio no está en los proyectos y agitaciones perversos y subversivos de los unos, ni en las teorías seductoras pero erróneas de los otros; está por completo en el fiel cumplimiento de sus deberes por todas las clases de la sociedad y en el

---

(1) Alocución de León XIII á los obreros franceses, 1889.



respeto y salvaguardia de las funciones y atribuciones propias á cada una de aquéllas en particular. Estas verdades y estos deberes á la Iglesia toca proclamarlos en voz alta é inculcarlos á todos.

»Las clases que dirigen necesitan corazón y entrañas para compadecerse de los que ganan el pan con el sudor de su frente; necesitan poner un freno al deseo insaciable de riquezas, lujo y placeres que, arriba como abajo, no cesa de extenderse cada vez más. En todas las categorías, con efecto, se experimenta sed de goces, y como no es posible á todos satisfacerla, resultan un malestar inmenso y disgustos que producirán la revuelta y la insurrección permanentes.»

#### PROGRAMA PAPAL

Antes que todo, toca á los detentadores del poder penetrarse de esta verdad: que para conjurar el peligro que amenaza á la sociedad no bastan las leyes humanas, ni la represión de los jueces, ni las armas de los soldados: *lo que principalmente importa, lo indispensable es que se deje á la Iglesia en libertad de resucitar en las almas los preceptos divinos y de extender sobre todas las clases de la sociedad su saludable influjo; que mediante reglamentos y medidas acertadas y equitativas, se garanticen los intereses de las clases laboriosas, se proteja á la juventud, la debilidad, el cometido completamente doméstico de la mujer, el derecho y deber de descansar el domingo, y se favorezca con ello en las familias, como en los individuos, la pureza de costumbres y el hábito de una vida ordenada y cristiana. El bien público, no menos que la justicia y el derecho natural, reclaman que así se haga.*

Prescríbese á los patronos que consideren al obrero como hermano, que alivien su suerte en lo posible y que, merced á condiciones equitativas, velen por sus intereses espirituales y corporales, los edifiquen con el buen ejemplo de una vida cristiana, y, sobre todo, que no se aparten nunca, en detrimento suyo, de las reglas de equidad y justicia, movidos por el deseo de prontas y desproporcionadas ganancias.



He subrayado el programa papal, y no añadiré más que breves palabras, que también pertenecen á Su Santidad:

«Á los Gobiernos de los diferentes países toca cumplir con su deber; yo cumpliré con el mío. La obra es local y particular, principalmente por lo que respecta á la reglamentación del trabajo y á otras mejoras que reclaman las clases obreras. La obra mía, como Jefe del cristianismo, ha de ser universal.»

Trabajan los Gobiernos y procuran cumplir su deber; pero el malestar es universal, y por su universalidad misma depende de aquel cuya voz aceptan y reverencian 200 millones de almas como la palabra de Dios. Aplaudióse el año pasado una tentativa del Emperador Guillermo II; hoy se saluda á la Comisión del Trabajo en Francia, á la *Royal Commission on Labour*, nombrada por la Reina de Inglaterra, y se cree ver en las recientes gestiones del Sr. Nicotera que el Gobierno del Rey Humberto no mira con indiferencia las reclamaciones de los obreros.

¿No está bien trazado en esta cuestión el papel del Soberano Pontífice?

#### EL PACIFICADOR DE LOS PUEBLOS

Tocante al arbitraje internacional, difícil es puntualizarlo, porque el mismo Papa no lo ha hecho; pero hay dos acontecimientos que serán testimonios fehacientes de que León XIII ha procurado llevar á la práctica el cargo de pacificador que aceptó en la *Inscrutabili Dei Concilio*. Aludo á su mediación en las diferencias entre España y Alemania y á su intervención en Irlanda. Difícil es su situación en este asunto. «Porque León XIII no haya declarado nada terminantemente acerca del arbitraje, eso no excluye—cito la carta de una persona autorizada,—eso no excluye que el Papa sea partidario del arbitraje; mas como se trata ante todo del arbitraje papal, su parecer no puede expresarlo públicamente.» Conoce á fondo las ideas de su época; no ignora que hay muchas personas que están siempre dispuestas á objetarle que un papado que con frecuencia llamó ejércitos á Roma para defender su posesión ó para restablecer su autoridad en la Ciudad Eterna no es el poder que debe ponerse á la cabeza del movimiento pacífico.



Pero lo cierto es que el Padre Santo sigue atentamente cuanto se refiere á la importante cuestión de las relaciones internacionales. No hará tres meses que se publicó en la *Review of Reviews* una consulta respecto á la admirable proposición de arbitraje internacional hecha por Máximo du Camp, proposición que indudablemente estudiará el Congreso Universal de la Paz, en Roma, en el mes de Noviembre. Entre las múltiples pruebas de interés que aquella publicación obtuvo, hállase una carta cordial y simpática del Cardenal Rampolla, eminente Secretario de Estado de Su Santidad, en la que me comunicaba que el Padre Santo no había dejado pasar inadvertido aquel humilde esfuerzo en favor de una gran causa.

#### SITUACIÓN ACTUAL

Hace algunos días—escribo esto al siguiente de los sangrientos sucesos del 1.º de Mayo—que León XIII se preocupa de nuevo con su situación en Roma. Cualesquiera que sean las ideas del Vaticano—y distingo entre las de León XIII y las que generalmente se atribuyen á los individuos del Sacro Colegio,—el Papa no será nunca partidario de recuperar á Roma por la fuerza de las armas. Probablemente se contentaría con las condiciones siguientes: Roma ciudad libre y neutral, confederada con Italia; la moneda italiana circularía en ella y los sellos llevarían la efigie del Rey Humberto; pero, como la madre del juicio de Salomón, no admite particiones, y quiere que Roma no sea teatro de conflictos que provoca la existencia simultánea de dos Gobiernos.

Destácase León XIII como una gran figura sobre los soberanos europeos. Su alta personalidad le coloca en posición completamente excepcional. Si se aprovecha de esta circunstancia, la institución, cuyo jefe eminente es hoy, no tendrá menor influjo después de su muerte. Podría ser una potencia en la reglamentación de las dos grandes cuestiones de que antes hablé. Confío más en una solución que se apoyara sobre bases morales que en la que hubiera que sostener con sentencias de los jueces ó con descargas de fusilería. Cuando ayer



mismo se ha visto, casi junto á las paredes del Vaticano, cómo pueden comprometerse las aspiraciones de los obreros por los manejos de hombres que buscan ventajas personales, ó por anarquistas que quieren destruirlo todo, siéntese uno tentado á preguntar si ese movimiento sin cabeza no se ha producido en Roma fortuitamente para manifestar, ante los ojos mismos del que podría encauzarlo, los peligros de una agitación que será estéril mientras le falte dirección.

Anúnciase una Encíclica sobre este grave punto (1). No aguardo su publicación porque me parece que ahora es el momento oportuno de bosquejar los rasgos de ese gran Papa, que disfruta de autoridad tan alta y personal en Europa. En su séquito hay un hombre que puede trazar mejor que ningún otro los grandes lineamientos de la fisonomía y de la vida de León XIII. Le cedo la palabra para lo que sigue, que se publicará al mismo tiempo que en la *Review of Reviews* de Londres en su edición especial de Nueva York, y que se presenta á los pueblos protestantes de Inglaterra y América, con introducciones firmadas por W.-T. Stead, de Londres, y el Dr. Alberto Shaw, de Nueva York. Nos ha complacido saber que Su Santidad concede especial interés á la publicación en América de este escrito.

### LEÓN XIII

El día 3 de Marzo último inauguró León XIII el décimocuarto año de su pontificado; la duración de éste es ya superior con mucho á la media, que varía entre cinco y seis años. Al consultar la lista de los 263 Papas choca ver que tan sólo 29 alcanzaron quince años de pontificado. Al recibir hace dos meses próximamente el parabién del Sacro Colegio, con ocasión del aniversario de su coronamiento, León XIII vióse asaltado por los presentimientos frecuentes en los ancianos. «¡Quién sabe!—oyósele decir, como contestando á los deseos

---

(1) Se ha publicado ya. Está fechada en Roma á 15 de Mayo, y es un documento notabilísimo que deben meditar los Gobiernos de Europa.—(Nota del traductor.)



de que viva aún largos años,—¡quién sabe si Dios me concederá ver otra solemnidad como ésta!» *Di omen avertant.*

Motivos hay ciertamente para creer que no se realizarán esos tristes presagios. León XIII tiene la vejez robusta de un Moltke ó de un Gladstone. Pero, en el ocaso de su glorioso pontificado, paréceme que es oportuno delinear los rasgos principales de la

#### FISONOMÍA DE LEÓN XIII

que se destaca de relieve sobre su época, y que es sin duda, entre los soberanos actuales, la que más atrae y la más digna de simpatía.

El Padre Santo acaba de entrar en su octogésimo primer año. Sus facciones angulosas y su aspecto enflaquecido, el color blanco alabastrino de su fisonomía, el ligero temblor de las manos, el cuerpo encorvado, la casi diafanidad de su persona, todo parece indicar en León XIII un hombre que ha llegado al umbral de la vejez extrema. Pero cuando habla y se anima desaparece al punto esa impresión; se comprende que aun hay bajo la frágil envolvente una vida poderosa, y que la hoja es muy superior á la vaina. Su voz, sobre todo cuando habla en público, ha conservado la lozanía de su timbre, que es ligeramente gangoso; no se ha aminorado el brillo de sus ojos. ¡Oh, los ojos de León XIII! Una vez vistos, no se olvidan jamás. Diríase que son dos carbunclos, dos diamantes negros, tan intensos fulgores lanzan. Dan á su fisonomía una expresión de vivacidad increíble, casi juvenil, y á su mirada un no sé qué de penetrante é incisivo que traspasa.

Una de las cosas que más chocan en Su Santidad cuando se le ve por primera vez, es el temblor casi convulsivo de las manos, temblor que no es en él, como generalmente se cree, efecto de la edad, sino consecuencia de una fiebre tifoidea que tuvo en Perugia hace unos veinticinco años. Tan grande es dicho temblor que León XIII no puede escribir, y cuando ha de firmar algún documento, se ve obligado á sostener la muñeca derecha con la mano izquierda para poder trazar caracteres que no sean ilegibles. Á pesar de esto, cada



una de las letras de su nombre aparece como una infinidad de pequeños ziszás.

*Let me have men about me that are fat* (1).

César, tirano receloso, quizás tendría razón al desconfiar de los hombres flacos, porque á veces denotan una intensidad de vida y un temple de carácter que no se encuentran siempre en los hombres gordos. La delgadez de León XIII es extraordinaria, delgadez de un asceta de la Tebaida que llevase veinte años de ayunos y privaciones, delgadez que le da un aspecto casi incorpóreo, elíseo; diríase que es una sombra que pasa. El día 1.º de Enero de 1888 asistía yo en San Pedro á la grandiosa inolvidable solemnidad en que, ante lo más selecto del universo allí congregado, celebró León XIII la misa de su jubileo sacerdotal. Cerca de 60.000 personas apretábanse bajo las bóvedas de la Basílica. De pronto, aparece el anciano Pontífice por cima de la muchedumbre, llevado en la *Sedia gestatoria*, semejante al Cristo de la *Transfiguración* de Rafael; hubiérasele creído un blanco fantasma deslizándose silenciosamente en los aires y presto á desvanecerse en la radiante apoteosis que le circundaba.

#### SU TEMPERAMENTO Y SALUD

Al revés de Pío IX, dotado de un temperamento robusto y sanguíneo, que es el de las personas satisfechas y de buen humor, León XIII pertenece á la raza de los nerviosos. Y, dígame lo que se quiera, los nerviosos, sobre todo si tienen sana constitución, son los fuertes, porque se doblan y no se rompen. De aquí que, á pesar de su delicadeza y fragilidad aparentes, sea León XIII de increíble fuerza de resistencia, que otros mucho más robustos que él no alcanzan.

Reflexiónese un poco en ello. Trece años hace que vive encerrado en el estrecho recinto del Vaticano, sin más paseo

---

(1) Shakespeare, *Julio César*, acto I, escena II.



que un jardín y un parque de algunos centenares de metros cuadrados con una de las exposiciones consideradas siempre en Roma como de las más insalubres. Añadid á eso el inmenso trabajo á que diariamente le obliga el gobierno de la Iglesia, cuyo peso principal lleva casi solo. León XIII ha visto morir al lado suyo á tres secretarios de Estado. Un día en que estaban indispuestos la mayor parte de los prelados de su séquito, dijo sonriente: «No hay como nosotros, *los jóvenes*, para no estar enfermos.» El hecho es que desde que entró en el Vaticano sólo ha tenido Su Santidad algún ligero reuma.

En Perugia sufría León XIII frecuentes indisposiciones, y cuando salió su nombre de la urna del Cónclave, sé de un viejo Cardenal, ya fallecido, que exclamó moviendo la cabeza: «Hé ahí un pontificado que será de corta duración.»

León XIII ha desmentido esta triste profecía. Parece que el Papado ha sido para él una fuente de Juvencio; cualquiera diría que en el Vaticano ha encontrado una segunda juventud, fenómeno que fácilmente puede explicarse, porque León XIII, al encargarse del gobierno supremo de la Iglesia, entró en su elemento. El Papa no es sólo un pensador, antes que todo es hombre de acción. La acción es indispensable para su vida, y como Anteo, al tocar la tierra, León XIII, al ceñir la tiara, encontró fuerzas y vigor nuevos.

Además la longevidad es hereditaria en la familia Pecci. El hermano del Papa actual, el cardenal Pecci, murió el año pasado, á la edad de ochenta y cuatro años. El doctor Ceccarelli, médico de León XIII, decía no ha mucho: «Si no sobreviene alguna enfermedad grave, es tan firme el temple de León XIII, que todavía puede vivir una decena de años.» Parece que la trama de su existencia no ha de poder romperse violentamente, sino que se ha de extinguir como una lámpara á la que falta aceite.

#### NACIDO PARA EL SOBERANO PONTIFICADO

Domina en León XIII, en lo físico como en lo moral, algo de profundamente sano y de superiormente equilibrado, por-



que hay perfecta relación entre su temperamento y su vida en conjunto. De ser exacta la expresión proverbial «the right man in the right place,» á León XIII, mejor que á ningún otro, puede aplicársele. Había nacido para el soberano Pontificado, y en su vida todo le ha conducido á él. No es su carrera, como en la mayor parte de los hombres, producto de la casualidad y de las circunstancias. Ha ido desenvolviéndose con las lentas gradaciones y el desarrollo sucesivo y armónico de una obra maestra de la naturaleza ó del arte. Ya en su infancia manifiéstase su vocación sacerdotal, que sigue su curso apaciblemente. Va de Carpineto á Roma; confiéresele la prelación y comienza en seguida á ejercer algunos de los cargos que son como el noviciado del Supremo Pontificado. Á la edad de treinta años enviásele de Nuncio á Bélgica, país libre, corte de Leopoldo I, modelo de reyes constitucionales, como para que respirase allí la brisa vivificante de los tiempos modernos y se iniciara en todas las generosas aspiraciones de su siglo. Vuelto á Italia, ocupa la sede arzobispal de Perusa, y allí en soledad fecunda y laboriosa, que duró veinte años, alimentó su alma con las más altas meditaciones; sigue como atentísimo y simpático observador la marcha del pensamiento moderno; elabora lentamente en su cerebro las ideas que verterá más tarde en sus notables Encíclicas; en una palabra, como se decía de los caballeros de la Edad Media, «ha velado las armas.» Que llegue el día decisivo y estará presto.

Por una circunstancia providencial, Antonelli, su enemigo personal, que por temor y celos le mantuvo constantemente alejado de Roma, muere á tiempo para que el Cardenal Pecci pueda ser llamado á la Ciudad Eterna por Pío IX antes de fallecer este último. Apenas llegado á Roma, se impone á todos la personalidad de Pecci; la voz común le designa como futuro Papa, y al darle las tres cuartas partes de los votos, el Cónclave no hizo más que calificar la elección del público y satisfacer la espera general. «¡Quien entra Papa en el Cónclave sale Cardenal!» Por esta vez falló el proverbio romano.



## LAS AUDIENCIAS DE LEÓN XIII Y LAS DE PÍO IX

León XIII, al ceñir la tiara, llevó al Vaticano costumbres diferentes de las de su antecesor Pío IX, naturaleza jovial y sencilla que usaba en su lenguaje y maneras las familiaridades y franqueza propias del medio romano. Muy distinto es el Papa actual. Cuando no era más que Arzobispo de Perugia, asegúranme las personas que le trataron muchos años que nunca fué cosa fácil acercarse á él; es de los que por su aspecto os mantienen á distancia y hacen imposible la familiaridad. Casi nunca se le ha visto reír. Esta reserva, que en él es natural, realza aún más la majestad de la tiara. León XIII intimida por su presencia. Bien lo sabe el joven Emperador de Alemania. Cuando fué al Vaticano, en el mes de Octubre de 1888, se turbó tanto al entrar en la cámara de León XIII, que dejó caer, primero, la preciada tabaquera que llevaba al Papa, y luego el casco, que sostenía con la mano izquierda. Apenas pudo balbucir algunas palabras incoherentes. Me afirma un testigo ocular que temblaba como la hoja en el árbol. Viejos embajadores conozco que todavía no pueden dominar su emoción al pisar el umbral de la habitación de León XIII; tan natural y plenamente lleva el Papa la soberana dignidad de que está revestido.

Y no vaya á creerse que no recibe con benevolencia y afabilidad á las personas á quienes concede audiencia. León XIII es Papa, y sabe que Papa quiere decir padre, pero su bondad, que es real aunque poco demostrativa, no llega nunca al abandono completo y á la llaneza que eran uno de los atractivos de Pío IX. Á León XIII le gusta interrogar. Á cada persona que desfila ante él en una audiencia pública, Su Santidad acostumbra dirigirle una serie de preguntas que no varían: ¿Quién es usted? ¿Está usted casado? ¿Tiene usted hijos? ¿Que profesión es la de usted? etc. Asistí un día á uno de estos interrogatorios.

Hallábase delante del Papa una pareja de recién casados, de esas que pasan á millares por Roma todos los años. Á la pre-



gunta «¿Qué profesión tiene usted?», el joven contestó: «Soy médico, Santísimo Padre.» Entonces, en unas cuantas palabras bien sentidas, le trazó el Papa los deberes de su profesión, recordándole que en el lecho de los enfermos debía pensar en su alma al mismo tiempo que pensaba en su cuerpo: un breve código de medicina y de moral, resumido en frases llenas de tacto, de buen sentido y de mesura.

En las audiencias públicas y privadas asaltaban á Pío IX con todo género de peticiones, algunas harto indiscretas. Peregrinas que solicitaban de él un objeto cualquiera que hubiese tocado—la pluma, el pañuelo, su solideo blanco ó un autógrafo.—Cuéntase que una señora anciana le dijo un día: «Santísimo Padre, dadme una de vuestras medias para curarme una pierna que tengo enferma.» Pío IX, que padecía una enfermedad incurable en las piernas, contestó con su sonrisa sagaz: «¿De veras, señora? Á mí, sin embargo, no me han curado nunca.»

Pío IX cedía alguna vez á estas extrañas peticiones, pero su sucesor, por efecto de su índole reservada, no condesciende nunca. Creo que en trece años de Pontificado no se le ha visto regalar más que un solo solideo. Tocante á sus autógrafos, rarísima vez los da. Uno de los Obispos más ilustres de Alemania obtuvo dificultosamente, y tras vivas instancias, que pusiera su firma en la parte inferior de una fotografía. Cuando su sobrino el Conde Camilo Pecci se casó con la señorita de Bueno, hija de un Senador español, antiguo Gobernador de la Isla de Cuba, ansiaba éste poseer el autógrafo del Papa. El Conde Pecci se lo pidió á su tío, y el Padre Santo, después de eludirlo mucho tiempo, tardó varios meses en concedérselo.

La memoria de León XIII es prodigiosa. Después de algunos años se acuerda del nombre y figura de una persona que sólo ha visto pasar. Pocos ancianos conservan hasta tal punto la completa posesión de sus facultades intelectuales. Á pesar de sus ochenta y un años, no se advierte en él ningún síntoma de decrepitud; su inteligencia es tan vigorosa, pronta y viva como veinte años hace.



## EL PRÍNCIPE DE BISMARCK CONDECORADO

Como todos los grandes estadistas, León XIII no posee tan sólo el arte, sino que tiene el gusto y la pasión del gobierno y manejo de los hombres y cosas. En el Vaticano ni aun lo más insignificante se decide ni se hace sin él; es el primer ministro de sí mismo. En sus colaboradores, más que auxiliares, busca instrumentos. Es Richelieu rey que quiere Luis XIII para ministros. Ha habido Papas con los cuales los secretarios de Estado lo eran todo, desempeñaban el oficio de intendentes del palacio; Consalvi, por ejemplo, con Pío VII. Con León XIII, el secretario de Estado, cualquiera que sea su capacidad, no es más que el depositario, el simple intermediario de sus órdenes.

Pero si autoritario por instinto, como todos los políticos de raza, nadie mejor que León XIII sabe ceder á un consejo cuando se convence de la prudencia ú oportunidad que lo motiva. Podría citar numerosos casos, pero me ceñiré al que sigue, completamente inédito.

Era en el momento del arbitraje de las Carolinas. Acababa León XIII de dictar su sentencia y tratábase de conferir una condecoración á Bismarck. Se decidió enviarle el gran cordón de la orden de Pío IX, que si bien una de las principales, no es la primera entre las órdenes pontificias. Estaba dispuesto el breve é iba á expedirse cuando el Ministro de Prusia se fué á ver á Monseñor Galimberti, Secretario de la Congregación de Negocios Extraordinarios, y le notificó que el Canciller sólo aceptaría la orden del Cristo, que es la orden pontificia más elevada, la cual únicamente se otorga en circunstancias excepcionales. Monseñor Galimberti apreció las razones que le expuso el Sr. Schloezer; «pero, añadió, ¿cómo arreglarlo? El asunto es delicado, el breve se va á remitir mañana temprano y ya son las nueve de la noche.» Monseñor Galimberti tuvo una inspiración. Encaminóse en seguida al Vaticano, y contra todas las reglas de la etiqueta ordinaria, consiguió ver al Papa en el momento mismo en que éste se iba á acostar. Le refirió,



casi temblando, el encargo que le había dado el Sr. de Schloëzer, y temía alguna reprimenda del Sumo Pontífice. Con gran sorpresa suya, León XIII accedió inmediatamente á la petición, porque comprendió la necesidad de que no se sintiera molestado el Canciller, en el momento en que las negociaciones para el término del Kulturkampf iban á entrar en su fase decisiva; y hé aquí cómo se condecoró á Bismarck con la orden del Cristo. No tuvo motivo de arrepentirse el Papa: algunos días después le dirigía Bismarck una carta de gracias, que empezaba con esta cariñosa palabra, que tanta sensación hizo: «*Sire.*»

#### UN RASGO DE SU CARÁCTER

Hablé anteriormente de la nerviosidad de León XIII; á veces le causa dudas y escrúpulos que sorprenden en un temperamento moral tan bien equilibrado. Trátase, por ejemplo, de un nombramiento para un alto cargo de la jerarquía. León XIII pesa su decisión hasta el último instante; elige, deshace la elección y la rehace sin cesar.

Mientras no ha firmado y rubricado el documento, todos, hasta el Papa, están en la mayor incertidumbre. Más aún, ha sucedido una vez que el correo encargado de llevar á un prelado un nombramiento había partido ya del Vaticano. El Papa, lleno de escrúpulos, expidió un segundo correo para que alcanzase al primero y le retirara la orden; le halló en el puente de Sant-Ángelo, y el nombramiento no se verificó. Lo mismo acontece cuando se trata de la publicación de una Encíclica importante. Antes de entregarla á la publicidad, el Papa pesa de continuo el pro y el contra; espera, reflexiona, examina, luego se decide de pronto. Vauvenargues ha dicho: «No hay personas que cometan tantas faltas como las que proceden por reflexión.» No puede aplicarse esto á León XIII, aunque sea verdad que en la acción y el mando cierta espontaneidad y actitud resuelta valen á veces más que una indecisión, fruto de escrúpulos muy comprensibles en León XIII. Nadie mejor que él tiene la conciencia y el sentimiento de los graves deberes que pesan sobre él y de las consecuencias que pueden resul-



tar, para el bien de las almas, de una elección mal hecha ó de una decisión tomada prematuramente. León XIII tiene el escrúpulo de una conciencia de excesivas honradez y delicadeza.

#### CÓMO PASA EL DÍA EL PAPA

No cabe duda de que el Papa es el más activo y ocupado de los soberanos; ni un momento del día deja de tener su destino especial, su empleo severamente distribuído. Hé aquí, poco más ó menos, cómo distribuye el día.

El Papa se levanta á las seis de la mañana, y algunas veces mucho más temprano todavía. Á las siete dice misa en la capilla privada y oye otra en acción de gracias. Á las ocho toma un ligero desayuno que consiste en una taza de café con leche y algunos *biscotti*, á que el Papa es muy aficionado; luego entra en sus habitaciones para ocuparse en sus negocios particulares: examen de documentos, estudio de las cuestiones, redacción de Encíclicas, lectura del breviario, etc. Á eso de las once empiezan las audiencias oficiales. El Papa recibe sucesivamente á su Secretario de Estado y á los embajadores y secretarios de las diversas Congregaciones, que son como los ministros de la Santa Sede, cada uno de los cuales tiene señalado su día de recepción.

Cuida el Papa de que le den cuenta exacta y minuciosa de todos los asuntos que le someten y en los que ha de resolver en última instancia. Ningún detalle le molesta, porque quiere conocerlo todo á fondo, y como él es trabajador, exige igual asiduidad á sus subordinados. Si le parece defectuoso algún informe, su aspecto severo y la expresión de su fisonomía descubren que está descontento al desdichado prelado culpable de negligencia ó de falta de atención. Si León XIII queda satisfecho, es raro que lo manifieste con palabras, por lo cual cuando á un prelado le dedica una palabra de elogio, considéralo éste como la suprema recompensa. Por lo mismo que no prodiga las alabanzas, son de más subido precio las que hace.

Por el invierno, dos veces á la semana, y entre doce y una de la tarde, se celebran las audiencias públicas. Cincuenta ó sesenta personas están reunidas en una sala, y apenas aparece



el Papa, todas, conforme á la etiqueta, se ponen de rodillas, y entonces pasa por delante de cada una de ellas interrogándola y bendiciéndola. Suelen abundar los protestantes, sobre todo ingleses y americanos, entre las personas que acuden á las audiencias colectivas. León XIII no establece ninguna distinción entre los cristianos de las diferentes confesiones, y dotado de exquisito tacto, acoge á los disidentes con la misma benevolencia afectuosa y paternal que si reconocieran su autoridad religiosa. He visto á algunos cuyos ojos humedecían las lágrimas ante esta bondad del Padre Santo. Pocos días hace que León XIII recibió en audiencia particular al Sr. Grant, Ministro de los Estados Unidos en Viena, quien por no hablar bien el francés ni el italiano iba acompañado de un intérprete. León XIII le acogió paternalmente y le recordó que había conocido á su ilustre padre, cuyas grandes dotes elogió, y luego, como de ordinario, tuvo una frase lisonjera para los Estados Unidos. Grant salió profundamente conmovido de la cámara del Papa.

Á las once toma León XIII un caldo ligero que le permite aguardar hasta la hora de comer, que, según la antigua costumbre romana, es á las dos de la tarde.

Su comida es de las más frugales, comida de anacoreta. Toma todos los días, invariablemente, carne cocida, un asado, legumbres de la estación, y de postre frutas. El gasto de su mesa, de la que están desterrados el lujo y el refinamiento, no llega á cinco pesetas diarias. Bebe Burdeos, que le han recomendado los médicos, y que el Arzobispo de aquella ciudad no se olvida nunca de remitirle en barriles de la mejor clase.

En Roma exige la etiqueta tradicional que el Papa coma solo. No podría tener á su mesa, como los demás soberanos, á ningún convidado, á menos que se hallara aquél fuera del recinto de la Ciudad Eterna. Antes de 1870, cuando Pío IX iba de veraneo á Castel-Gandolfo, casi siempre concedía á personajes distinguidos la honra de convidarlos á comer.

#### RECREACIONES

Á eso de las cuatro, si el tiempo no lo impide, León XIII da su paseo habitual por los jardines del Vaticano y el parque



contiguo. Por el verano se suele hacer servir el almuerzo en un kiosco que hay en el fondo del jardín, y dentro del cual pasa parte de la mañana. Á León XIII le gusta hacer preguntas á los jardineros, cuyas labores en todos sus detalles sigue atentamente; quiere saber, por ejemplo, cuántas naranjas produce el jardín (unas diez mil), y si se venden ó se regalan. Cuando el jubileo, el Cardenal Lavigerie le ofreció una gacela africana, que hizo León XIII poner en el jardín; con frecuencia se entretenía dando de comer con la mano á aquel gracioso animal.

Una de sus diversiones favoritas es el *roccolo*, especie de lazo que sirve para coger pajarillos. Agrádale en extremo esta caza comunísima en Italia, y cuando da buen resultado envía á los Cardenales y Prelados de su séquito una docena de ave-cillas capturadas, favor que es muy apreciado.

Terminado el paseo á las seis de la tarde, vuelve León XIII á sus habitaciones, y entonces da las audiencias privadas en su gabinete de trabajo ó en la biblioteca. León XIII es avaro de este favor; solamente lo concede á personajes de marca: Obispos, laicos eminentes, hombres políticos. ¡Y cuántos de éstos tienen que contentarse con una audiencia colectiva!

Todos los días á las ocho ó las nueve, según la estación, reza el Papa el rosario con su secretario particular, monseñor Angeli, y uno ú otro de los prelados de servicio.

#### EL SACERDOTE

Tan grave y dignamente se produce León XIII en todos los actos religiosos, que impone. Rara vez he visto celebrar la misa con piedad tan profunda y sentida. Adivínase en León XIII al sacerdote en la más alta acepción de la palabra, que lleva hasta el escrúpulo la observancia de las leyes de la Iglesia. Sabido es que para que un sacerdote católico pueda decir misa debe hallarse en ayunas; mas de esta ley de disciplina puede dispensar el Papa por motivo de enfermedad. Últimamente ha concedido el Papa esta dispensa á dos Cardenales, permitiéndoles que celebren la misa después de haber tomado alimentos líquidos. Pero si acontece que por la mañana



la debilidad ó una indisposición le obligan á tomar una taza de leche ó de caldo, León XIII, no obstante los supremos poderes de que es soberano dispensador, se abstiene ese día de celebrar el sacrificio de la misa.

Después del rosario, León XIII toma una ligera colación, compuesta de huevos, legumbres y frutas, entra en sus habitaciones particulares, y hasta las once de la noche no se acuesta. Su excesiva nerviosidad le ocasiona frecuentes insomnios; se levanta y se pasea por su cuarto, leyendo y meditando. Á veces se le ocurre una idea y hace que despierten á su secretario para comunicársela.

#### EL SABIO, EL LITERATO Y EL ARTISTA

Su inteligencia se halla constantemente en actividad; se distrae de un trabajo con otro. Su principal entretenimiento intelectual consiste en componer versos latinos, en los que sobresale, cincelándolos amorosamente. No hubo nunca más diestro y delicado conocedor de la antigüedad clásica; León XIII es un artista; tiene el culto de la forma. El latín elegante, laborioso y retocado á veces de sus Encíclicas prueba en lo mucho que estima el estilo. León XIII es un purista que rara vez queda satisfecho de lo que escribe; borra, añade y raspa sin cesar hasta que tropieza con la expresión decisiva, la voz adecuada.

El Padre Santo es también un lector asiduo del Dante, del que se sabe de memoria cantos enteros. Me asegura un prelado que á veces le ha recitado versos al azar; el Papa cogía el hilo y lo desarrollaba sin interrupción. El Pontífice actual es desde Benito XIV—á quien Voltaire dedicó su *Mahoma*—el Papa más literato y docto que se ha sentado en la silla de San Pedro. En este sentido ha renovado dignamente las tradiciones de los grandes Papas del Renacimiento.

Por la traducción,

R. ÁLVAREZ SEREIX.

(*Se concluirá.*)





# PROGRESOS DE LA ANTROPOLOGÍA

---

(CONTINUACIÓN)

## II

Al terminar la primera parte del trabajo que emprendimos acerca de los progresos de la antropología, llegamos á conclusiones muy claras. ¿Pueden afirmarse éstas con igual energía refiriéndose á las edades geológicas, cuya inmensa duración cuesta trabajo imaginar al entendimiento humano? Para guiarnos en nuestras pesquisas no tenemos más que algunas osamentas fósiles, fragmentos á veces que es difícil determinar. No cabe duda de que en todos los vertebrados, y sobre todo en los mamíferos, la parte más importante del organismo es el esqueleto, que forma la armadura del edificio; pero así como la armadura no es el edificio, el esqueleto no es el individuo (1). El caballo, la cebra y el hemión pertenecen á tres especies distintas; libres, no se aparean entre sí; sus esqueletos, sin embargo, no presentan ninguna diferencia esencial. El Sr. Sansón, docto profesor de zootecnia, dice que no se

---

(1) Motejan los alemanes á la escuela francesa de que, por lo común, exagera la importancia del esqueleto. Véanse especialmente: Waitz, *Anthropologie der Natur*.—Volker und Moriz Wagner, *Der Entstehung der arien räumliche Sonderung*.



puede establecer, fundada en la dentición, separación alguna entre el caballo y el asno (1). Fácil sería citar otros ejemplos no menos concluyentes; por lo que sólo con reservas importantes se puede proseguir el estudio de los hechos que enseña la paleontología.

Dos de ellos son, al parecer, notables: la aparición y desaparición de especies perfectamente distintas que no hay modo de explicar científicamente; luego, los numerosos tránsitos que se conocen de especie á especie, de género á género y aun de orden á orden, hasta el punto de que el eminente paleontólogo Sr. Gaudry escribe que los nombres de especie, género y orden no representan más que los estados de evolución de un mismo tipo (2). En iguales ideas abunda el Marqués de Saporta (3). Lícito es establecer, dice, una concatenación continua de los seres que han poblado el mundo, y que desde la primera aparición de la vida no han cesado de moverse en su superficie.

Hemos dicho que la semejanza morfológica no podía servir de criterio seguro acerca de la afinidad genética; en otros términos, que de aquella semejanza no cabe concluir la descendencia. Gaudry ha comprendido la dificultad, y por eso indica que no se debe confundir la semejanza de adaptación con las semejanzas de descendencia, y luego añade estas significativas palabras: «Algunas semejanzas aisladas pueden ser resultado de la adaptación á un mismo medio; sólo un conjunto de semejanzas revela con seguridad los padres» (4).

Parece que en este punto el sabio académico desecha las teorías tan caras á la escuela transformista. Creemos interpretar bien su pensamiento al decir que, según él, las modificaciones se han producido progresivamente por la adaptación del organismo á las circunstancias exteriores, á medios nuevos, á condiciones biológicas diferentes. Es indudable que desde los

---

(1) *Bul. soc. Anth.*, 1890, pág. 150.

(2) *Concatenaciones del mundo animal. Fósiles secundarios.*

(3) *Origen paleontológico de los árboles cultivados ó aprovechados por el hombre.* Prefacio.

(4) *Fósiles secundarios*, págs. 165 y 210.



primeros tiempos de la existencia del globo en estado sólido se han verificado cambios inmensos. La cuenca de los mares, la superficie de los continentes y la orografía se han modificado varias veces completamente. No menos importantes han sido los cambios climatológicos; Europa ha visto suceder un período de frío intenso á una temperatura tropical. Para mantener la vida en condiciones tan desemejantes, el Creador habría dotado á ciertos seres de dos propiedades muy distintas, una bastante común, la *plasticidad*, ó sea el poder de modificarse sin volver al estado primitivo; otra, más rara, que sólo se encuentra en los seres más inferiores, la *elasticidad*, que define Gaudry el poder de modificarse y tornar después á su primer estado (1). Así es como un braquiópodo, la *rynchonella*, es á la vez una de las formas más cambiantes y duraderas; su movilidad le ha permitido subsistir durante las edades (2). Schlumberger (3) dice que en los foraminíferos, un mismo género modifica mecánica y químicamente su concha, según la profundidad y las condiciones ambientes del medio en que se halla. Los peces presentan un ejemplo todavía más notable: en la época secundaria, la mayor parte de ellos estaban protegidos por una coraza muy dura, por lo que los peces carnívoros que los devoraban deberían tener dientes muy fuertes, triturantes y moledores. Los océanos actuales, por el contrario, están poblados de peces de escamas blandas; los dientes de los carnívoros se han hecho penetrantes y cortantes.

Á cada paso encontramos hechos análogos. Los seres han cambiado con suma facilidad, por lo cual ha dicho Gaudry que «á medida que los observadores siguen atentamente sus diferencias, ya las ven atenuarse, ya acentuarse; ora se miren los caracteres exteriores, ora se escruten las partes más íntimas de la organización, se advierte que en la naturaleza orgá-

(1) *Loc. cit.*, pág. 32.

(2) Cuando la cuenca de los mares se modificaba, la *rynchonella* modificábase también; cuando el mar volvía á su primer estado, la *rynchonella* encontraba igualmente el suyo. Merced á la facilidad con que se acomodaba á los cambios, salió sana y salva de las ruinas del mundo. «Es un tipo elástico,» dice Gaudry.

(3) *Los Foraminíferos*, pág. 12.



nica no hay fijeza absoluta» (1). Auméntase la dificultad porque en varias familias son tan importantes los cambios del nacimiento á la vejez, que nada sería más natural que colocar sus dos extremos, no sólo en especies distintas, sino á menudo en géneros y aun en familias distintas. Alejandro Agassiz cita un ejemplo notable en los úrsidos actuales (2). Podrían añadirse algunos más.

Prodúzcanse como se quiera tales atenuaciones y acentuaciones, determinan resultados imprevistos. «Lo que más asombra—decía á la Academia de Ciencias de París A. Milne-Edwards (3), refiriendo los dragados de las profundidades del mar á que acababa de asistir—es la variedad infinita de formas zoológicas que, con frecuencia, hace casi imposible la aplicación de la clasificaciones hasta ahora consideradas como mejor establecidas. Á menudo, no difiere una especie de las inmediatas más que por matices imperceptibles; abundan los tipos de transición y se encuentran numerosos intermediarios entre grupos que se venía considerando como distintos.»

Si se estudia el reino vegetal, se ve también, entre tipos claramente distintos, series intermediarias que establecen entre unos y otros gradaciones insensibles ó sucesiones de tipos en progresión continua (4). Naudin cita la extraña variabilidad de las especies en los eucaliptos, los entrecruzamientos de sus caracteres y los cambios de figura de los mismos individuos, á medida que avanzan en edad. Todas esas formas, según él, se derivan de un prototipo único con posterioridad á la separación de Australia y del continente asiático (5).

Pongamos otros ejemplos que aún llamarán más la atención. Gracias á los excelentes trabajos de Gaudry, se han descubierto en los mamíferos hechos interesantísimos. El hiparión se relaciona con el caballo por una serie de equídeos; el si-

---

(1) *Loc. cit.*, pág. 29.

(2) *Report on the Echini and Star Fishes dredged in deep Water Cuba and the Florida Reef.*

(3) 21 de Febrero de 1881.

(4) De Kirwan, *El transformismo y la libre discusión.* (*Rev. des quest., scient.*, Bruselas, 1889.)

(5) *Acad. des sciences*, 19 de Enero de 1891.



moción encontrado en Pikermi establece un tránsito de los úrsidos á los cánidos; el cinodón participa del perro y del gato de algalia. Boule ha recogido en los estratos pliocenos de la meseta central de Francia cánidos que ya realizan el tipo de las zorras, lobos, chacales y perros. Sirven de transición entre las especies miocenas y las cuaternarias (1). El *helladotherium* une á la girafa con el gamo y el antílope, de los que aquélla parecía separada por distancia infranqueable. El *cebochoærus* es intermediario entre los monos y los suilios. Los dientes de los elefantes están formados de laminillas superpuestas y los de los mastodontes se componen de gruesos pezones (2); á primera vista no hay quien deje de distinguir que pertenecen á especies diversas. Pero hoy día conocemos veintiséis proboscidos que los unen insensiblemente, y aun para el paleontólogo más hábil es difícil decir en qué momento un diente cesa de poderse atribuir á un mastodonte por ser el de un elefante.

Si los estudios de Scudder parecen indicar la marcha evolutiva de los insectos (3), los descubrimientos de Fayol les dan ruidoso mentís. La muchedumbre de gigantescos insectos de Commeny compone un orden especial muy superior por su fuerza y tamaño á los insectos que les han seguido (4). En los reptiles, los lacértidos nos dan una serie de tipos cuyas cuatro patas van achicándose más y más hasta la serpiente ciega, que sólo tiene los rudimentos ocultos bajo la piel, que se revelan al hacer la disección. Esos tipos forman una transición insensible entre los lacértidos y los ofidios, que carecen por completo de extremidades.

No se detienen los paleontólogos en este camino. Señalan con visible complacencia presuntos tránsitos, no solamente entre los órdenes, sino también entre las divisiones (5). El

(1) *Acad. des sciences*, 20 de Enero de 1889.

(2) Gaudry, *Mamíferos terciarios*, págs. 172 y siguientes.—*Elefántidos*. (*Rev. des quest. scient.*, Octubre de 1889.)

(3) Zittel, *Tratado de paleontología* (trad. franc.).

(4) Goldenberg incluye á estos insectos en el orden de los Palæodictyóperos.

(5) «¿Podemos ir más adelante? pregunta Gaudry. (*Fósiles secundarios*, página 299). ¿Hay pruebas de que los animales de una división han pasado á los



*protopterus*, pez dinoico, que se conoce desde hace unos cincuenta años, forma un grupo de transición entre los peces y los anfibios, de una manera tan aparente que el naturalista que primeramente lo descubrió creyóle anfibio (1). Los dinosaurios, carnívoros los unos y herbívoros los otros, han disminuído el intervalo que separa á los reptiles de las aves (2). Sus restos, en su mayor parte, es verdad, fragmentarios, sólo difícilmente se pueden distinguir, dice Marsh (3) de los de las aves que se encuentran en los mismos yacimientos. En análogo orden de ideas, refiere R. Owen que los theriodontes, reptiles recientemente descubiertos en el trias del Africa austral, revelan cierta tendencia al tipo mamífero, y ya en 1878 admitía Gaudry que los animales marinos descienden de animales terrestres (4). En su última obra todavía es más explícito (5). «La vida de los vertebrados, escribe, debió de desenvolverse en un principio sobre los continentes; el sol vivificante ayudaría sus primeras manifestaciones; algunos vertebrados de sangre fría y los animales de sangre caliente partirían de nues-

---

de otra? Ya me hice esta pregunta al resumir mi libro sobre los seres primarios y la contesté negativamente. Al estudiar los seres secundarios, repito la pregunta y contesto también negativamente.» Como se ve, Gaudry establece con claridad el límite en que la división, para usar la misma palabra que le gusta, cesa; pero meditando las páginas que ha escrito con su talento habitual, es evidente que espera del porvenir pruebas destinadas á completar las teorías que defiende y á descubrir los antepasados, desconocidos aún, que unen las divisiones más distantes en apariencia.

(1) *Rev. des quest. scient.*, Octubre de 1890.

(2) Las relaciones que existen entre las extremidades posteriores de varios dinosaurios y las de las aves, relaciones descubiertas por Huxley, son, dice Gaudry, muy notables. Las presentan en la pelvis, el fémur, la tibia, el tarso y los dedos. Y luego añade: «Como, por una parte, los dinosaurios se aproximan más á las aves que ningún reptil actual, y, por otra, según veremos, las aves secundarias se aproximan más á los reptiles que ninguna de las actuales, creemos que algún día el adelanto de la ciencia descubrirá el enlace entre los antepasados del tipo ave y los del tipo reptil.» (*Fósiles secundarios*, págs. 226, 234, 245 y siguientes.)

(3) *Classification of the Dinosauria*. (*Americ. Journ. of. Science*, Enero de 1882.)

(4) *Mamíferos terciarios*, págs. 32 y siguientes.

(5) *Fósiles secundarios*, pág. 201.



tros continentes para nadar cerca de las orillas y lanzarse luego á alta mar.»

Si los dinosaurios tienen algunas afinidades con las aves, el *archæopterix* (1), otras aves de vértebras bicóncavas y con el pico armado de dientes cónicos, procedentes de la creta del Kansas, presentan á su vez cierta analogía con los reptiles. Por muy paradójico que pueda parecer á primera vista, dice Boule (2), hay fundamento para sospechar que las aves sean reptiles modificados; son numerosas las transiciones entre el reptil más torpe y el ave más ágil. Confiesa el sabio profesor de Clermont que todavía no se ha hallado el proceso de esa evolución, si bien añade que no se puede negar su existencia. No se negará ciertamente cuando los evolucionistas nos hayan dado á conocer ese proceso. Hé aquí en lo que estriba toda la cuestión, y mientras no se presente la prueba, tenemos derecho para preguntar: ¿cómo cabe, de la semejanza ó afinidad, deducir la descendencia? Lo mismo se puede decir á los naturalistas que aparentan creer que los monotremas, el ornitorrinco de pico de pato y el equidno ú hormiguero, ambos ovíparos, llenan algún tanto la profunda laguna que separa á los mamíferos de las aves (3).

Los americanos son aún más atrevidos. El profesor Cope, agrupando los huesos recogidos en el eoceno de la América del Norte, pretende formar un orden nuevo, el de los *condylarthros* (4) que, según él, habrían dado origen á los proboscidos y desdentados, roedores y simios, carniceros y lemúridos. Todavía no ha logrado descubrir el Sr. Cope los antecesores de esos poderosos progenitores, si bien presume que

---

(1) El *archæopterix* tiene plumas como las aves; y en vez de rabadilla, una cola con ventiuna vértebras que en cada articulación lleva un par de plumas. Tiene alas, pero alas con tres dedos libres con uñas. Tiene pico, pero pico con dientes que recuerdan los de los reptiles.

(2) *Rev. scient.*, 28 de Febrero de 1891.

(3) Moseley, *On the Ova of Monotremes*. (*British Ass. Montreal*, 1884).—O. Thomas, *Dentition of Ornithoryncus*.

(4) *The Condylarthra* (*Americ. Naturalist*. Agosto y Septiembre de 1884).—*The Origin of Man and other Vertebrates*. (*Popular Science Monthly*, 1886.)



serían marsupiales, precedidos á su vez por monotremas (1).

Ciertamente que son muy curiosas todas esas observaciones, que admiran á los mismos que las hacen. Nada, sin embargo, prueba hasta ahora, lo repetimos, que porque ciertas aves posean un pico armado de dientes ó porque ciertos mamíferos sean ovíparos, descendan unas y otros de un antecesor común. Sin adherirse, por consiguiente, á las teorías demasiado generales que se quiere deducir de esas afinidades, es indudable que la paleontología y el estudio de las edades geológicas revelan hechos muy diferentes de los que nos ofrecen los tiempos históricos.

Á menos de rechazar todo lo que la ciencia enseña, hay que admitir que las especies geológicas aparecieron en el globo en épocas diferentes. ¿Cómo han aparecido? ¿Por creaciones repetidas? ¿Por transformismo? Tal es el problema que se ofrece. Claro que es difícil no admitir ciertas concatenaciones entre los seres tan numerosos y diversos que poblaban la tierra en aquellas edades de duración incalculable. ¿No se puede suponer que el Creador, en el comienzo de su obra, dotó á algunos de los seres salidos de su mano de una fuerza de modificación, de una plasticidad, como la llama Gaudry, que se desarrolla en la inmensidad de los tiempos, bajo el imperio de leyes y circunstancias que ignoramos, por cambios lentos é imperceptibles, alcanzando á veces límites extremos, que se continúan de generación en generación hasta cumplir designios inmutables que no le es dado penetrar al hombre? Dicha fuerza ¿no puede compararse con la ley de crecimiento que rige los seres y que cesa de obrar cuando se alcanza el límite desconocido por nosotros? (2)

---

(1) En la Exposición de 1889 se vió el molde del *phenacodus*, representante de uno de los géneros del orden de los *condylarthros*.

(2) La talla á que cada ser, en los reinos animal y vegetal, llega progresivamente, no es lo único que nos proporciona un ejemplo útil. Si el hombre se deja crecer la barba, alcanza una longitud de la que no pasa. Si se la afeita, la fuerza de crecimiento, suspendida momentáneamente, funciona de nuevo y prosigue para detenerse cuando la barba ha llegado á una longitud igual, poco más ó menos, á la precedente. Lo mismo ocurre con los cabellos, el pelo y la lana de los animales. Si no se esquila á los carneros por la primave-



Al parecer, esa es una concepción más religiosa, si puede usarse esta palabra, en lugar de suponer al Omnipotente procediendo por creaciones bruscas y sucesivas, retocando y modificando su obra á través del tiempo y del espacio, como el escultor amasa la arcilla y bosqueja los contornos de la estatua que idea.

Pero admitiendo, como hipótesis, que se dotó á los primeros seres de esa fuerza de transformación, hay que añadir que ignoramos por completo las leyes que la rigieron. No es esto un hecho excepcional: «Tenemos el sentimiento de las leyes de la naturaleza, decía Claudio Bernard (1), pero no conocemos su forma.» Sin embargo, ya se destacan algunos puntos; es difícil ver, por ejemplo, con la escuela transformista, una progresión continua en los seres y un desarrollo uniforme en las especies, y esto durante todos los tiempos geológicos. Vogt (2) presenta una multitud de seres que empiezan por los tipos más elevados. Apoya esta conclusión en numerosas observaciones tomadas de la embriología y de la paleontología, comprobadas en los moluscos, crustáceos, radiados y hasta en los mamíferos. Huxley (3) dijo antes que Vogt que no podía sostenerse ninguna teoría que supusiese un desarrollo necesariamente progresivo. ¿Cómo explicar, por otra parte, con esa progresión, que casi siempre las especies más fuertes y mejor dotadas sean las que primero desaparecen? Si lo que se llama la lucha por la vida hubiese sido la causa principal de la destrucción ó de la supervivencia, parece que sólo habrían debido persistir los más aptos. Acontece muy de otra manera. «Han desaparecido los gigantes *pterygotus*, observa Perrier (4), mientras que los insectos pululan; los enormes *orthoceros* y los poderosos *ancyloceros* ya no existen, al paso que permanecen los pulpos. Los alantosaurios y los ignanódones,

---

ra, la lana no se desarrolla; después del esquileo, por el contrario, recobra su vigor el crecimiento.

(1) Citado por Caro, *Recuerdos de una enseñanza en la Sorbona*. (*Rev. de Deux Mondes*, 15 de Diciembre de 1883.)

(2) *Algunas herejías darwinistas*. (*Rev. scien.*, 1886.)

(3) *Lay Sermons*, pág. 193.

(4) *El Transformismo*, pág. 320.



de proporciones colosales, dejaron el sitio á las aves y mamíferos de mucho menor tamaño, y entre estos últimos se ve que los gigantes son los que primero se extinguen.» El *dinotherium*, uno de los más poderosos mamíferos conocidos, aparece un instante para desaparecer casi en seguida. Con no menor rapidez desaparece el *machairodus*, el más temible carnívoro de la época cuaternaria, sin que se conozcan de él antecesor ni descendiente. Lo mismo pasa con el *ichtyosauro* de dientes puntiagudos, cuello corto, cuerpo macizo, piel desnuda y extremidades anteriores en forma de remos (1). Los reptiles voladores concluyen bruscamente en Europa y América en cuanto han adquirido su mayor fuerza. ¿Qué se hicieron todos los gigantescos saurios tan característicos de su época? Hayan vivido en los continentes, nadado en los mares ó volado por los aires, la vida se extinguió para ellos; ningún ser los recuerda y sólo sus huesos atestiguan su paso por el globo (2).

Marsh descubría en 1882 en una cuenca lacustre del Wyoming, sobre una superficie que se extiende por las dos orillas del Green River, y mide á lo sumo 160 kilómetros en su mayor anchura, los restos de doscientos individuos pertenecientes á varias familias de un mismo orden, al cual propone que se denomine *dinocerata*. ¿Qué se han hecho, preguntamos aún, esos dinocerátidos, los mayores animales del eoceno, tan extraños con sus tres pares de protuberancias, verdaderos cuernos adaptados á la cabeza? ¿Cuáles son hoy sus representantes?

Lo que es verdad para esos reyes de la creación, no lo es menos para los seres inferiores. Los crinoides perdieron en la época secundaria su maravillosa diversidad de formas, que fué uno de los lujos de los tiempos primarios. El ammonites dejó de vivir en el momento de su mayor preponderancia y tamaño; el belemnites, tan numeroso en los albores de la época cretácea, declinó desde esta época sin que se columbre el motivo. En el momento de desaparecer, pulularon de tal modo

---

(1) Gaudry, *loc. cit.*, págs. 184 y siguientes.

(2) Gaudry, *loc. cit.*, pág. 267.



los rudistas que se encuentran sus conchas en los últimos pisos de la creta, pegadas unas á otras (1). Al lado de esas especies desaparecidas para siempre, persisten los ínfimos foraminíferos, y entre los que ahora viven, hay especies que se remontan al cretáceo. Los espongiarios fósiles se relacionan con los actuales (2). Los esteléridos han atravesado las edades sin cuidarse de los cambios que á su alrededor se verificaban (3). Las tortugas se han conservado con sólo ligeras modificaciones, mientras que hasta el día no se han encontrado serpientes entre los representantes del grupo secundario; dejaron ligeros vestigios en el terciario. Parece que en la época actual es cuando por primera vez han alcanzado su predominio.

Estos y otros hechos que se podría añadir, justifican las conclusiones de A. de Lapparent (4). Presenta en el mundo orgánico actual, tipos casi absolutamente idénticos á los de las primeras edades geológicas que viven al lado de otros cuyos períodos, aun los más cercanos al nuestro, parece que no han conocido precursor alguno. Otras veces, continúa, ocurre lo contrario y en ciertos estratos de terreno hay, al lado de especies cuyas congéneres es fácil reconocer hoy día, combinaciones orgánicas de las que la naturaleza actual no ha guardado ningún recuerdo. ¿Cómo explicar esas diferencias? ¿Qué causas han producido resultados tan incomprensibles para nosotros?

Ninguna de las hipótesis que se emiten nos puede satisfacer. «Nada deja penetrar el misterio que envuelve el desarrollo primitivo de las grandes clases del mundo animal, decía hace algunos años (5) el ilustre paleontólogo que renueva en nuestros días las grandes tradiciones de Cuvier. Ningún hombre sabe cómo se formaron los primeros foraminíferos, los primeros pólipos, las primeras estrellas de mar y los primeros crioides. Los fósiles primarios no nos proporcionan ninguna prueba positiva del tránsito de los animales de una clase á los

(1) Gaudry, *loc. cit.*, pág. 295.

(2) Zittel, *Tratado de paleontología*, tomo I, pág. 15 (trad. franc.).

(3) Hace ya mucho tiempo que sorprendió á Forbes encontrar en el lías una estrella de mar semejante á la que abunda en nuestras costas.

(4) *Papel del tiempo en la naturaleza*. (*Rev. des quest. scient.*, Abril de 1885.)

(5) *Concatenaciones del mundo animal. Fósiles primarios*. París, 1883.



de otra.» Ahora añada, con convicción más profunda quizás: «Ni la fuerza ni la fecundidad han impedido la destrucción de los seres; la evolución ha adelantado á través de las edades como dueña y soberana que nada podía detener en su marcha majestuosa; la concurrencia vital, la selección natural, las influencias del medio y las emigraciones la han ayudado indudablemente; pero su principio reside en región demasiado alta para que, por lo menos al presente, alcancemos á comprenderlo bien» (1).

De donde resulta que, ya admitamos la evolución tal como la enseña Gaudry, aceptando solamente como muy secundarias las causas que la escuela darwinista considera agentes únicos de las modificaciones que se producen en los diversos reinos de la naturaleza, ya rechazemos con otros sabios el principio mismo de la evolución como hoy se entiende, ya, en fin, establezcamos reservas fundadas en las inmensas lagunas que subsisten todavía, habrá siempre que resignarse á confesar que la ciencia humana no puede enseñarnos nada tocante á la primera aparición de los seres organizados, á su sucesión en el tiempo, ni á su maravillosa multiplicación en el espacio. ¿Puede chocarnos esta ignorancia? No acertamos á comprender el misterio de la vida, que sentimos en nosotros y que vemos á nuestro alrededor. No podemos explicar cómo un ser cuyo tamaño apenas llega á la centésima de un milímetro fecunda el óvulo y da la vida. Aun hay más: ese espermatozoide (2) que sólo distinguimos valiéndonos de microscopios de gran potencia, lleva en sí, de un modo que no podemos inquirir, no solamente las cualidades físicas y morales del padre, sino también las de numerosas generaciones de antepasados conocidos ó desconocidos. Y tan pronto como la célula primordial recibe la incitación fecundante, vemos que las células embrionales se dividen y subdividen, se condensan y

---

(1) *Fósiles secundarios*, págs. 295 y 296.

(2) Los espermatozoides, agentes esenciales de la fecundación, difieren completamente en los seres organizados. (Sicard, *Elementos de zoología*, página 79, fig. 65.)—Éste es un hecho que contradice las teorías transformistas. Todos son de extremada pequeñez. De un cálculo que tenemos á la vista resulta que se necesitarían 636 millones para obtener el peso de un miligramo.



forman músculos, tejidos, arterias y vísceras, sin que podamos decir las fuerzas que obran y la iniciativa que opera. ¿Acaso esperan los sabios poder darse cuenta de la vida cuando han disecado un cadáver, ó del pensamiento cuando han descrito la asociación de ideas? Mejor les estaría ser más modestos, porque cuanto más progresa la ciencia, más sentimos que se oculta el fondo de las cosas á nuestras indagaciones y menos dispuestos nos hallamos á aceptar las conclusiones de ciertos sabios asentadas con orgullosa infalibilidad, por lo que no podemos sino repetir con Dawson, presidente de la Asociación americana para el adelanto de las ciencias (1): «No conozco nada tan contrario á la ciencia y tan perjudicial al progreso como promulgar decisiones dogmáticas como las que se nos pretende imponer» (2).

EL MARQUÉS DE NADAILLAC.

*(Se concluirá.)*

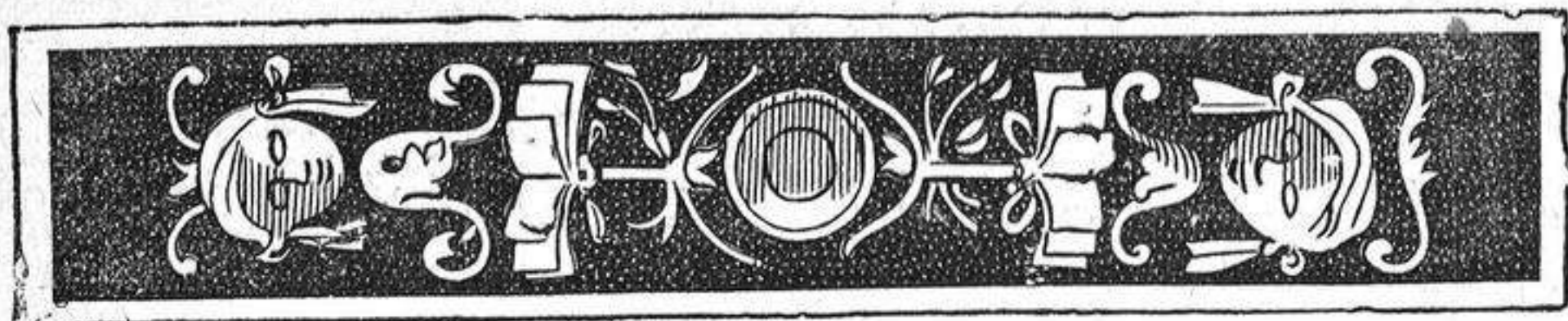
---

(1) Sesión celebrada en Minneápolis (Minnesota, 1883).

(2) Citaremos también lo que decía Tyndall: «Considered fundamentally, it is by the operation of an insoluble mystery, that life is evolved, species differentiated, and mind unfolded from their prepotent elements in the unmeasurable past.»







## ROSARITO (1)

---

### I

De sobra sabía Rosarito que eso de los Reyes era una patraña con que se embobaba á los niños pequeños: no ignoraba que los juguetes, las canastillas, los ramos de flores y las cajas de dulces que todos los años al despertar el día seis de Enero habían rodeado su camita, como corona de ilusiones trocadas por un hada en realidades, eran regalo de sus papás, de su hermana Crista y de los amigos de la casa, y que venían, no de los remotos países en donde los monarcas bíblicos moran, sino de alguna lujosa tienda de tiroleses: estaba en el secreto de que espiaban su sueño manos cariñosas para inundar su cuartito de monerías; pero si bien no tenía el placer que gozaba aquellos sabores de sobrenatural y sublime que lo rodearan hacía pocos años, no recordaba ella haberlo sentido tan vivo é intenso como al ver entre sus brazos la preciosa muñeca que al abrir los ojos vió sentada con grave compostura y suprema distinción en una butaca, esperando, sin impacientarse, á que su señora y dueña se levantara.

Saltó del lecho como pajarillo volador sale del nido; vis-

---

(1) Merced á la galantería de su eximio autor, podemos dar á la estampa este notable trabajo, que deleitará seguramente á los lectores.—(N. de la R.)



tióse en dos segundos, sola, sin llamar á su doncella, que no lo consentía la urgencia del caso; pasó rápida y desdeñosa revista á los demás regalos que pululaban por sillas, mesas y alfombra..... y luego, tras profunda y cómica reverencia, cogió delicadamente á la muñeca y la llevó consigo á su cuarto de jugar, deseosa de arrojar sin misericordia de la linda casa que habitaba á otra muñeca antigua, cuyos largos servicios exigían inmediata jubilación, é instalar sin pérdida de tiempo en ella á la nueva favorita.

Que merecía todo aquel entusiasmo. Era de mediana estatura, ni tan grande como esos monigotes de cartón que consienten en que los exhiban en camisa en las ferias, ni tan pequeña como los bebés que pueblan los veladores y las chimeneas de los salones modernos. Su linda cara no tenía esa expresión pánfila y atontada de todas las de su especie; picaresca sonrisa asomaba á sus bermejos labios; maliciosilla chispa lucía en sus negros ojuelos, y todo su semblante respiraba la elegante y cortesana dignidad de una Dubarry de porcelana. Su atavío era el que correspondía á tan fiel trasunto de la célebre hetaira. Rico traje de seda manchado de bellísimas flores la cubría, realzando su flexible talle el peto puntiaguado en que terminaba el ceñido cuerpo; las anchas mangas, orladas de ricos encajes, dejaban ver el torneado brazo, tan alabastrino y bello como la garganta y el seno que descubría el liviano descote; primoroso promontorio de bucles se alzaba sobre su cabeza como artística montaña de nieve, cuya vegetación fueran rizadas plumas ó costosos broches, y pendientes de la cintura por medio de sutil cordoncillo de oro, lucía revuelto montón de baratijas y embelecocos necesarios para su delicada personilla, el abanico de nácar y plumas, el frasquito de sales, el espejito de mano y otros adminículos. ¿Era ó no perfecta la muñeca de Rosarito? ¿Verdad que sí, lectorcillas de nueve años?

Por eso la niña, atraída por los múltiples encantos de su nueva amiga, le dedicaba todo su cariño. ¡Y qué cariño tan digno de envidiarse! No era el turbulento y alocado afecto de los primeros años, cuando Rosarito zarandeaba sin piedad á



sus muñecas por toda la casa, y las vestía y desnudaba veinte veces en una hora, y las hacía bailar sobre las mesas zarabandas vertiginosas y gigas dislocadoras, de las que salían siempre las desdichadas víctimas con una pierna ó brazo de menos, ó, cuando mejor libradas, vertiendo serrín por las descosidas costuras de sus miembros de trapo; era el reposado é intenso amor de la niña que siente germinar dentro de sí la flor de la adolescencia y ensaya en sus muñecas sus futuras funciones de madre, ora riñéndolas con tono á la vez cariñoso é imperativo, ora adurmiéndolas entre sus brazos con canciones susurradas quedito, como invitación al sueño, ora aleccionándolas con el ejemplo, fingiendo imaginarias visitas, en las que se prodigaban hasta el exceso las más requinteadas y superferolíticas fórmulas de cortesía.

No sabía Rosarito—¡es claro! como que sólo tenía doce años—qué misterioso impulso la había vuelto del revés, trocando á la temible devastadora de juguetes, cuyas manos eran incansables en destruir, en la juiciosa rapacilla que se pasaba las horas muertas abrumando de epítetos tiernos á la muñeca que apretaba contra su seno con trasportes de madre en miniatura. Pero el hecho era cierto y lo demostraban bien claro los bebés de todas clases, tamaños, colores y vestimentas que disfrutaban apacible y regalada existencia en el cuarto de jugar de la chiquilla. Por desdicha para ellos, un astro de primera magnitud aparecía aquel Enero en aquel mundo de cartón, cera y porcelana, eclipsando con su brillo á todos los que hasta entonces habían ocupado el puesto de honor, la preferencia en el afecto de Rosarito. De la propia manera que la Dubarry histórica conquistó el corazón de Luis XIV y dominó en él como reina y señora, su diminuta copia se apoderó del de Rosarito, y fué desde su llegada su única amiga y confidenta. ¡Qué diálogos tan sabrosos los que sostenían las dos en cualquier apartado rincón del jardín ó del invernadero, ó sentadas en cómodas butacas frente á frente! Un observador vulgar de esos que no profundizan en la íntima naturaleza de las cosas y que creen—¡estultos!—que una muñeca es un ser insensible é inanimado, no hubiera oído más voz que la de Rosarito y juzgaría se-



mejante aquella conversación á la que escucha el que está al lado de uno que habla por teléfono con un interlocutor invisible é inaudible; pero un espíritu perspicaz percibiría el diálogo completo y se asombraría de las atinadas reflexiones y sabios consejos que la Dubarry entreveraba en las pláticas con su amita. Yo sé de buena tinta, y ya me dará la razón el que lea hasta el fin esta historia, que la Dubarry era un pozo de ciencia, que valía más oro que pesaba. Quede esta afirmación en pie ó sentada, que no sé de qué modo tendrá más fuerza, y vamos adelante.

Un día Rosarito entró muy de mañana en su cuarto de jugar, y sin atender á los respetuosos saludos con que la recibían los demás muñecos, se dirigió á la Dubarry con ademán entre risueño y pesaroso. La besó, la preguntó con interés cómo había pasado la noche, y luego la dijo:

—Vengo á despedirme de tí..... Nos vamos de campo..... No volveremos hasta muy tarde..... Yo bien quisiera llevarte, pero ¡ya ves! tú no puedes ir por esos mundos de Dios. Te desgarrarías el vestido, te estropearías toda, y.....

—Estoy mejor aquí—contestó la muñeca sonriendo.—Desde que nací he vivido en escaparates, muy resguardada del viento y el polvo, y les tengo mucha antipatía. Que te diviertas mucho..... Tráeme algunas florecillas para adornarme.....

—No me olvidaré—replicó gozosa Rosarito, al ver la conformidad de su amiga.—Te encomiendo que vigiles á todos estos caballeros y señoras, no sea que en mi ausencia hagan alguna barrabasada.

—Ve tranquila. Me obedecen ciegamente.

—Hasta la noche.

—Adiós, amita.

Y ya sellaba otro beso la afectuosa despedida, cuando se abrió la puerta de la estancia y apareció en ella otra persona, exclamando:

—Ya sabía yo que estarías aquí. ¡Que manía de muñeca! Vamos, déjala, que te están esperando, Rosarito.....

Era Cristina, su hermana. Salieron juntas: el capullo y la rosa, la promesa y la realidad. Todas las líneas, que inde-



cisas aún en la pequeña, anunciaban tesoros de gracia y de femenino encanto, firmes ya, como trazadas por la mano del más hábil de los escultores, hacían de la mayor acabada estatua viviente. Las soñadoras pupilas de la una eran luego los apasionados ojos de la otra; el naciente seno, apenas indicado en ondulante curva, veíase transformado en hechicero busto, al cual no se desdeñaran las Gracias de aprisionar con su ceñidor; las pálidas mejillas de la niña, en que comenzaba á trazar ligeras pinceladas de rosa la savia ascendente de la vida, trocábanse en la mujer en fino cutis, que transparentaba en oleadas rojas la rica sangre que corría por las venas. Eran, en suma, el boceto donde se adivinan todos los primores de que es capaz la mano que lo traza, y el cuadro donde se admiran como milagros del arte iluminados por la luz del genio: el dibujo prerrafaelesco, las vírgenes de manos cruzadas y vestiduras lacias, cuyos rostros sólo expresan la pureza y cuyos ojos vislumbran celestiales visiones, y las *madonnas* del de Urbino, que á través de su divina hermosura dejan traslucir los rasgos de la humana belleza de la Fornarina.

También es cierto que si ambas hermanas se parecían mucho físicamente, no así en el carácter. Cristina era bulliciosa, amiga de fiestas y diversiones, zalamera en su trato, hasta con personas que no gozaban de su íntima confianza. Pudiérase decir que de la propia manera que existen manirroto que dilapidan el dinero sin conciencia y sin medida, Cristina era una gran derrochadora de cariño. Los saludos fríos y ceremoniosos no eran de su repertorio: besaba, abrazaba y tuteaba á sus amigas del día antes, y recibía á sus amigos con tan dulces y melosas palabras que cualquiera juzgara que estaba enamorada de todos ellos. ¿Era esto involuntario, inconsciente arranque de su naturaleza, ó premeditada táctica en que había tan poco de sinceridad como mucho de malicia? Quizá la mayoría de sus relaciones votarían, en su ausencia, por la última proposición; pero de cierto también, al verse ante ella, mudarían de casaca y afirmarían que no había cosa más espontánea que el cariño de la muchacha. Como corolarios de tan altruista modo de ser,



estaban su decidida abnegación por todo el mundo, el placer con que sacrificaba hasta sus paseos y jolgorios al capricho de cualquier amiga, y su ánimo, siempre dispuesto á gozar satisfaciendo la voluntad ajena, á costa del sacrificio de la propia. Tal vez debajo de aquella corteza de sumisión y empalagoso afecto se ocultaba un carácter enérgico y voluntarioso, cuya primera victoria era la máscara riante y mimosa con que sabía disfrazarse; pero esto sólo puede apuntarse como sospecha, porque en el baile de la vida no había llegado para Cristina la hora de quitarse el antifaz.

Rosarito, por el contrario, comenzaba á mostrar un carácter tímido y retraído, que reservaría sus afectuosos impulsos como un pecado y sus nacientes cariños como un crimen. Las pocas veces que asistía á las fiestas de su casa, no eran sus actitudes las de la chicuela revoltosa que allá en su cuarto de jugar saltaba y gorjeaba horas enteras, sino las encogidas y desairadas de un mal cómico que no acierta á expresar los sentimientos del personaje que representa. Hasta para sus padres resultaba con frecuencia la chiquilla desamorada y fría, y no era esto falta de cariño profundo é intenso, sino una especie de pudor innato que parecía temer profanar aquel mismo cariño manifestándolo exteriormente. Nadie podía jactarse, fuera de la familia, de haber oído á Rosarito reír con esa alegría franca y contagiosa de la niñez; ni aun la familia misma pudo vanagloriarse, desde que tuvo seis ó siete años, de haber escuchado sus sollozos y sus llantos. Á lo más, sorprendieronla en un rincón, brotándole silenciosamente las lágrimas de los ojos, como delincuente que trata de esconder en la sombra su criminal acción: allí desahogaba su apenado corazón con la oscuridad y el misterio por únicos confidentes, huyendo despavorida en cuanto se daba cuenta de que su dolor iba á ser sorprendido por el consuelo. No contaba sus anhelos y sobresaltos más íntimos sino á las muñecas, que le guardaban con nunca superada fidelidad sus secretos.

Á la puerta de la casa esperaban los expedicionarios, repartidos en grupos, formados por la edad ó el afecto, entre los coches. Teresa, la madre de Crista y Rosarito, hermo-



sa mujer de treinta y ocho años, alta, rubia, revestida de esa clásica majestad de las patricias romanas; D. Ramón, el padre, tipo viril, enérgico, musculoso, en cuyas cortesanías manos se adivinaba la fiereza del gladiador antiguo, y en cuya recortada barba algunos hilos plateados comenzaban á denunciar el futuro decaimiento de la lozana flor de su juventud; graciosas jóvenes, amigas de Crista, que, con sus alegres trajes de campo, sus floreados sombreros y sus vistosas sombrillas, convertían los carruajes en espléndidos ramilletes de mil colores, á los que no faltaba ni el perfume que en los pañolitos, guantes y polvos llevaban las encantadoras muchachas; algunas chiquillas, compañeras de Rosario, que la recibieron con saltos, gritos y besos; caballeros, cuyos trajes de campo eran, en su estudiado desaliño, tan costosos y elegantes como los de más etiqueta; y, entre ellos, el más amigo de Rosario, el que no se desdeñaba de compartir á veces sus candorosos juegos, el que cogiéndola en brazos la subió de un vuelo á la jardinera en que había de acomodarse, cobrándose el servicio con dos ó tres besos ruidosos; en suma, Joaquín, el novio de su hermana Cristina.

¡Y que no era guapo el tal sujeto! Cuando en sus conferencias con la Dubarry salía este punto á la discusión, Rosarito contaba y no acababa las perfecciones de su buen amigo. Era moreno, como deben ser los hombres, según opinión de la chicuela; pero no tanto que tuviera su tez ese verdoso color de aceituna que parece espeso velo sobre el semblante, dejando entrever tan sólo un genio bilioso é irritable; tenía una barba negra, espesa, sedosa, y un bigote de la misma laya, entre los cuales asomaban, como los bordes de fresca herida, los rojos y carnosos labios; en la ancha frente las azuladas venas trazaban una y griega cuyo pie se perdía entre las arqueadas y espesísimas cejas; los ojos le brillaban dotados de una alegría, de una franqueza, de un atractivo irresistible; y todo, la estatura, el aire, la voz, la elegancia, hacían de Joaquín el bello ideal con que suelen soñar las niñas casaderas. Tanto y tanto elogió Rosarito á su futuro cuñado, que á la Dubarry le entraron ganas de conocerle; consiguiólo por mediación de su complaciente dueña, y, des-



pués de la entrevista, convino en que era muy gallarda persona. Aparte de esto, y dando muestras de alta perspicacia, Joaquín había tratado á la muñeca con tan respetuosa deferencia, que hay quien supone que en su juicio influía inconscientemente, como en el de Rosarito, la gratitud de verse atendida con miramientos á que no estaba acostumbrada. El hecho es que niña y muñeca estuvieron de acuerdo en que Cristina tenía una suerte loca con poseer tal novio, en que sería muy feliz cuando se casara con él, y en que era preciso buscar otro ejemplar de la misma familia para cuando Rosarito llegara á poder jugar á ese juego, tan viejo como el mundo, del amor y el matrimonio. ¿Que si había algo de verdad en las alabanzas y juicios de Rosarito y su muñeca? Gran parte. Joaquín era un chico guapo y alegre, que desahogaba en mimos y caricias á su cuñadita la pasión que sentía por Crista; la prodigaba los más dulces y exagerados epítetos, y hacía de su inocente afecto por la chiquilla algo así como el prólogo frío de la comedia de su amor, próxima á representarse. Al lado de Rosario era tan niño y tan juguetón como ella; y de tal conformidad de carácter y de gustos nació el cariño y la preferencia de la rapaza. Puede que también hubiera algo de estudiada diplomacia en las complacencias de Joaquín; puede que todo fuera efecto de la verdad que enuncia el refrán castellano que dice «que el que quiere á la col quiere á las hojitas de alrededor.» Sea de ello lo que quiera, que no es necesario ahondar más en el asunto. Y si alguna duda quedara al que leyere de la bazarria y gracia de Joaquín, desvaneciérasele de fijo al verle montar gallardamente á caballo para escoltar el coche en que iba la señora de sus pensamientos. Orgullosa el bruto de llevar tal jinete, engalló la fina cabeza y arqueó, al trotar, los flexibles brazos; y así, en grupo escultórico, junto á la portezuela del carruaje, partieron entre la alegre cabalgata, dejando en pos de sí por las calles aún solitarias de la ciudad, que comenzaba á desechar el sueño, regocijado rumor de voces y chistes y risas y júbilo; brillante estela de colores arrancados á los arneses, á los dorados cubos, á los trajes y á los alegres semblantes por los primeros destellos



del sol naciente: intenso perfume de juventud, de vida y de contento, que iba á buscar en el campo el fondo con que entonar tanta ventura.

¡Y cuán nuevas emociones esperaban á Rosarito en aquel hermoso día de campo! Hay un momento en que el tallo débil y tiernísimo que brota de la simiente oculta en las entrañas de la tierra entreabre ligeramente el seno de su madre y asomando la verde cabecita recibe la primer caricia del viento; hay un instante en que el más grande de los afectos humanos posa su triunfadora planta en un corazón y trueca desde entonces todos sus cariños revistiéndolos de nueva y más divina forma, embelleciendo la vida de la que hace eterna aspiración á aquella ilusión suprema. Ese momento, imposible de precisar, había llegado aquel día para Rosarito. Claro está que esta primera flecha que el amor clavaba en su alma no llevaba nombre alguno escrito en sus voladoras plumas; pero era lo bastante aguda para infundir en la chiquilla inconsciente desasosiego é inexplicable melancolía, que ensombrecieron más y más su natural retraído en aquella jornada. ¡Ah! Si la Dubarry, doctora consumada en tales materias, hubiera acompañado á su tierna señora y podido observar la intranquilidad y angustia que se leían en las asombradas miradas de aquellos negros ojos; si hubiera llegado á saber que Rosarito no tuvo en todo aquel día ni un solo recuerdo para ella, que la esperaba bostezando de tedio entre aquel ejército de muñecos con quienes no era posible departir por su escasa inteligencia y poca educación; si hubiera acertado á prever las tribulaciones y zozobras que habían de asaltar á su amita en tan breve ausencia, sintiéndose presa de un mal desconocido y profundo, á riesgo de dejar desgarrado su rico traje en las zarzas de los vallados y de sentir sobre su fino cutis el grosero velo del polvo del camino, hubiérala acompañado, para desvanecer las nubes que se amontonaban en torno de aquella cabecita, y disipar las negras ideas que oscurecían aquella mente siempre predispuesta á la tristeza.

Pero la muñeca ignoraba todo esto. Y Rosarito, víctima de un vivísimo deseo de soledad y abstraimiento, pasó el



día huyendo de sus compañeras de juegos infantiles, visitando los más escondidos rincones de la casa de campo, las más solitarias avenidas del jardín y los más apartados senderos del bosquecillo que más allá del jardín se extendía hasta morir á los bordes de un arroyuelo, cuyas arenas, heridas por los rayos del sol, parecían tener los mismos auríferos reflejos que las del Darro. Por desdicha suya, á este motivo de malestar, cuya causa buscaba en vano, se unió otro, tan patente y claro que anubló todavía más el semblante de la chiquilla. ¡Quién lo creyera! Joaquín; su gran amigo Joaquín; el que la llamaba su ídolo y su mujercita y mil cosas más, todas dulces y cariñosas; el que la atendía y mimaba de continuo, ora jugando con ella, como chiquillo, ora tratándola con cortesía tan cómica y zalamera como si ella fuese la más encopetada señora, no le dió en aquel día más indicio de atención y deferencia que el de subirla en brazos al coche. Después..... como si Rosarito no existiese sobre la superficie de la tierra. Pensativo también y ensimismado, cual si estuviese perseguido por una idea fija, los penetrantes ojos de Rosario le sorprendieron mirando el techo del corredor y sin atender al plato, ya helado, como si en el artesonado viese escrita la contestación que buscaba á imaginaria pregunta; y su oído finísimo escuchó con asombro las desacordes respuestas que el mozo intercalaba en su obligado diálogo con su vecina de mesa. ¿Qué querían decir aquellas inopinadas distracciones? De vez en cuando, Joaquín clavaba sus miradas en Crista, como queriendo infundir en su novia las mismas ideas y deseos que le acuciaban. Era en vano. Crista le atendía como á los demás, le miraba un instante con cariño, le dedicaba una de sus más codiciadas sonrisas, y seguía siendo el alma de la alegre reunión, halagando á todos con el mimoso gusto, con la frase afectuosísima, y sin curarse más de las insistentes ojeadas de su prometido. Nada de esto escapó á Rosario durante la comida, y diera ella cualquier cosa por haber podido preguntar á Joaquín la causa de su disgusto y haber advertido á su hermana de lo que parecía no comprender. Su precoz ingenio le decía que no debía hacerlo, y esto era un



nuevo motivo de mortificación para ella. Por vez primera sintió en su corazoncillo el deseo de llevar un vestido que rozase el suelo y encubriera sus menudos piececillos. Fuérale entonces permitido entrometerse en los asuntos de los mayores y averiguar el oculto misterio de tantas palabras sibilíticas como llegaban á sus oídos, el por qué de las interrupciones que algunos diálogos sufrían cuando ella entraba en escena, el significado de algunos gestos que imponían silencio cuando el taconeo de sus zapatitos anunciaban su próxima presencia, y la solución de tantas dudas, de tantas curiosidades, de tantas interrupciones como se formulaban en su espíritu ansioso de despertar á la vida del amor, entreviendo ya confusamente todas sus inenarrables delicias y sus celestiales zozobras, y deseosa de comenzar á girar en torno de esa luz inextinguible en la que tantas mariposas mueren abrasadas.

Adivinaba Rosarito una secreta simpatía, una inexplicable correspondencia entre la tristeza que la atormentaba y los ensimismamientos y cavilosasidades de Joaquín. Comprendía que algo desusado cambiaba la habitual expresión del semblante siempre alegre de su buen amigo, y diera cualquiera de sus muñecas, á excepción de la Dubarry, por averiguarlo; mas con la certidumbre de que á ella no le haría nunca Joaquín tales confidencias, procuró desechar tan curiosos pensamientos, y apenas acabó la comida, escurriéndose discretamente y huyendo del bullicioso corro de sus amiguitas, bajó al jardín y se internó en sus alamedas más sombrías.

La comida había sido larga. Caía la tarde cuando Rosarito bajó al jardín. Desde él escuchaba el alboroto y regocijo de los convidados, que tomaban café en la espaciosa terraza, hasta la que subían las pasionarias, las inmortales, las campanillas azules, y tantas otras enredaderas como formaban el espléndido tapiz que ensombrecía la puerta de entrada. La chicuela se dirigió sin vacilar á una de las avenidas cuyo ingreso vigilaban dos araucarias gigantescas, y bien pronto su diminuta personilla se perdió en la espesa sombra que ya comenzaba á reinar en aquel remedo de bos-



quecillo. Aún no habría pasado media hora, cuando escuchó Rosarito rumor próximo de voces y risas y carreras; la alegre comitiva bajaba también al jardín á aprovechar los últimos destellos del día en desenterrar de los recuerdos infantiles olvidados juegos, intentando en vano encontrar en ellos la dicha que sólo la perdida inocencia pudo darles. Oyó la voz de su hermana Crista, que oficiando de directora del juego, señalaba á cada cual su puesto y su cometido; vió, por entre el ramaje, que se detenían y diputaban para teatro de sus hazañas la plazoleta, en cuyo centro se alzaba, como acerico monumental, un montecillo esférico, irisado de innúmeros pensamientos; con el mismo traidor cuidado con que el cazador fabrica su escondrijo, para sorprender á las enamoradas perdices, procuró esconderse entre apretada cárcel de verdes ramas; y esperó, advertida de no sé qué secreto instinto de que allí iba á comenzar á descifrarse para ella el enigma, de que allí iba á pronunciar sus primeras palabras la esfinge.

¿Á qué jugaban? Rosario, sintiendo gozo inexplicable en ser ignorada espectadora de aquella turbulenta escena, ponía empeño en averiguarlo, mas sin conseguirlo. De tiempo en tiempo, la plazoleta quedaba muda y silenciosa, como si aquel tropel de pájaros que la inundaba hubiese levantado el vuelo de repente dejándola en súbita soledad; pero luego volvían á sonar más recias y alborotadas las risas, más precipitadas las carreras, más apresuradas las palabras, y la plazoleta tornaba á adquirir nueva vida y á estremecerse y palpar de júbilo. El sol, ya muy bajo, logró introducir uno de sus rayos por entre las ramas de una copuda magnolia, é iluminó los pensamientos sembrando sus pétalos multicolores de doradas chispas, haciendo de cada flor esmaltada joya incrustada de brillantes. Bañadas un instante por aquel último resplandor, veíanse pasar en confuso torbellino cabezas rubias que el sol circundaba de nimbos de oro, cabelleras negras que trazaban en el dorado polvo de luz líneas de sombra, frentes coronadas de flores, sombreros orlados de guirnaldas, todo fugaz, vaporoso, ideal, impalpable. Á aquella racha de alegría sucedió uno de los súbitos momen-



tos de reposo. Rosarito adelantó curiosa su cabecita para ver mejor la plazoleta: estaba desierta. ¿Dónde habían ido? Á su espalda, en la ya oscura avenida, oyó una voz que la hizo estremecerse. Puso toda su alma en los oídos.

—Crista,—decía la voz de Joaquín.

—Ya te he dicho que no podemos hablar ahora—contestaba la de Crista.

—¿Cuándo?

—Toma. Lee y haz lo que ahí te digo.

Huyó rápidamente la sombra de Cristina y sonó el restallar de un fósforo. Á su débil lucecilla leyó Joaquín con visibles muestras de complacencia el papel que en sus manos había puesto su novia. Apagóse la luz y desapareció de la vista escudriñadora de Rosario la faz súbitamente iluminada de contento de su amigo Joaquín, que corrió también hacia la plazoleta en sentido contrario al de Cristina. La chicuela apartó las ramas que la escondían y pisó la fina arena de la avenida. Ante sus pies vió una cosa blanca, diminuta, algo como un copito de nieve que destacaba por su blancura en la sombra. Bajóse, lo cogió: era un papel. ¡Quizá el que leía Joaquín! Dióse prisa á salir de aquel oscuro sendero, llegó junto á las araucarias, miró recelosa en torno, desdobló el papel... Sí, era letra de su hermana Crista. Volviólo á meter precipitadamente en el bolsillo y echó á andar hacia la casa. ¿Qué haría? ¿Volverlo á Joaquín? ¿Lo habría dejado caer considerándolo inútil después de leído? No era probable en un papel dado con tanto misterio. ¿Se le habría deslizado hasta el suelo cuando él creía tenerlo en el bolsillo? De seguro. Pero Rosarito no lo devolvería hasta enterarse de su contenido, hasta saber qué frases mágicas encerraba aquel billete que con facilidad tan grande tornaban la perdida alegría al taciturno semblante de Joaquín. Y apretando con su mano metida en el bolsillo el amoroso mensaje, como temerosa de que huyera, volvió la chiquilla á la ciudad con la alegre cabalgata, entre cuyas risas y jubilosos diálogos sonaba más fuerte, más decidora, más alegre la voz del enamorado novio de Crista.

¡Con qué mal reprimida impaciencia esperó Rosarito que



sonara la hora del descanso, y que, tras del cariñoso besado á sus padres y á su hermana, entrase la doncella en su alcoba, y la desnudase y la recogiera las ya copiosas trenzas en sutil redecilla, y la dejase por fin sola y sin temor de que nadie viniera á interrumpirla! La pobre Dubarry aguardó en vano que su amita abriese la puerta y le llevase las prometidas flores, amén de la narración circunstanciada y comentada del alegre día: para Rosario no había en aquellas hora más que una idea, á cuyo nacimiento habían colaborado su innata curiosidad de mujer y aquel misterioso afecto que comenzaba á brotar en su alma y que no podía definir, y olvidó á la muñeca y á cuantos juguetes hasta entonces deseaba y prefiriera, para no pensar más que en aquel nuevo aprisionado en su bolsillo y cuya posesión le prometiera mil ignorados goces.

Salió, por fin, la doncella. Deslizóse Rosarito de la cama al suelo, y hollando la mullida alfombra con sus menudos pies descalzos, llegó adonde había quedado su vestido y sacó de él el misterioso billete. Volvió al lecho. Lo desdobló ansiosa. ¿Por qué le palpitaba con tal aceleramiento el corazón? Nunca había sentido emoción semejante. Leyó..... En pocas, pero tiernísimas frases, accedía su hermana á un deseo, sin duda largo tiempo hacía manifestado por Joaquín. Concedíale una cita para aquella noche misma, á la una, en es jardín. ¿Qué misterioso magnetismo hay á veces en unas cuantas palabras arrojadas por la pasión sobre un papel? Cartas como aquélla, más apasionadas que aquélla, había leído á cientos la chiquilla en mil novelas sin que apresuraran el latir de su corazón ni enrojecieran con súbita llamada su rostro; y la que tenía entre las manos, menos meditada que las que pululaban por los libros, más incorrecta y desaliñada que las que escribían creyendo copiar el natural los más eximios novelistas, removía los más dormidos afectos de su alma y hería las más escondidas fibras de su ser. No había en aquel billete palabras, palabras y palabras, como decía el gran trágico inglés: había amor, amor y amor, y él era el que tocaba con su mágica varita á la puertas del corazón de Rosario.



Sonó un lejano reloj. Dió las doce. De entre las revueltas sábanas volvió á saltar la rapaza, vistióse con silenciosa priesa, y sorteando puertas y vigilantes servidores, bajó al jardín, como si ella hubiera escrito el amoroso mensaje y acudiera con enamorada diligencia á la próxima cita. Su gentil silueta se perdió entre las sombras de las perfumadas acacias y los gigantescos rosales, que derramaron á su paso sus copos de nevadas flores y apartaron cuidadosos sus espinas para no herir á la que conocían por su menudo paso; y ella, llegada á la verja que limitaba el jardín, clavó sus ansiosos ojos en la oscura calle, evocando con sus miradas la figura de su amigo Joaquín. ¡Alma anhelante de penetrar todo el divino misterio, vuelve á jugar con la olvidada muñeca, y que ella te cuente cuán amargo es el dejo del licor que vas á acercar tus labios!

LUIS CÁNOVAS.

*(Continuará.)*







## LAS FORMAS DE GOBIERNO

---

### IV

En el Estado se dan siempre dos elementos: la sociedad, ó sea la suma de inteligencias y voluntades unidas para el común logro del fin conocido y querido de todos, y la autoridad, ó sea la inteligencia y la voluntad que dirigen á la sociedad en la acción propia y adecuada para la consecución del fin común. Como se indica, en el Estado se dan dos fuerzas, las dos inteligentes, voluntarias y libres, la fuerza directora y la fuerza dirigida, el gobierno y la nación gobernada. Es evidente que la idea de nación envuelve, en primer término, la de muchos seres humanos, pues no cabe en ninguna razón ordenada que un individuo, dos individuos, diez individuos, una sola familia, aun siendo numerosísima, puedan constituir una nación. En cambio, en la idea de autoridad entra lo mismo, lo uno que lo vario, siempre que lo vario tenga alguna manera de unidad. Así, en la monarquía absoluta la autoridad está representada por un hombre sólo; en la templada por un hombre sólo con limitaciones por derechos ajenos y por deberes propios; en la monarquía mixta por un hombre sólo, obrando con el auxilio y el concurso de otros, y en las repúblicas, aristocráticas ó democráticas, por muchos. En uno y otro caso preciso es reconocer, como en-



seña Taparelli, que la sociedad tiene una unidad simple ó colectiva, ó como suele decirse, una persona física ó moral, de quien toda la multitud recibe la ley, es decir, recibe la unidad que preside á sus juicios, á sus deseos, á sus actos (1). En vano luchan contra esta verdad que la naturaleza y la razón han proclamado en todos los siglos los modernos anarquistas, empeñados en constituir la sociedad sin una autoridad que la ordene y dirija en su obrar (2). Tan difícil es esto como concebir el orden que preside á la creación, la vida de los mares, la de la tierra, el conjunto admirable del firmamento, sin admitir la existencia de una ley que preside y dirige los actos todos de esta vida, que armoniza este conjunto, y la de un legislador que dictó é impuso esta ordenación de su razón para bien común de toda la máquina del universo.

Por el estudio de los pueblos se ve que de hecho han existido y existen Estados en que la autoridad aparece representada por un solo hombre, como son el imperio de Roma en lo pasado y el de Rusia en lo presente, para no multiplicar los ejemplos; Estados en que la autoridad aparece representada por muchos hombres, como Cartago en lo pasado y los Estados Unidos en lo presente, y Estados en que la autoridad se compone de diversos elementos en que predomina,

(1) Taparelli, *Saggio teoretico di diritto naturale*, t. I, lib. II, cap. VII, pár. 467.

(2) Existen algunos pueblos sin gobierno, es decir, en el estado de anarquía que desean para el mundo los hombres de la izquierda hegeliana; ¿y qué sucede en estos pueblos? En los unos, como los papus, la falta de autoridad los tiene absolutamente sin organización y á merced, por lo tanto, de sus vecinos, que los tratan horriblemente; en los otros, como los groenlandeses, la falta de autoridad hace imposible todo progreso en el orden moral y en el material, y así su vida tiene poco que envidiar á la de los irracionales. Adviértase ahora que las malas pasiones no pueden alcanzar en los papus y en los groenlandeses, citados como ejemplos, los grados que en los pueblos civilizados, según lo prueban los crímenes cometidos en España durante los comienzos de anarquía que en 1873 se padecieron en muchas ciudades y pueblos. Kolffe, *Voyage du brick hollandais Domega*, pág. 166. David Crantz, *History of Greenland*, t. I, pág. 164. Por lo que hace á España, véanse las confesiones de los mismos republicanos reunidas, ordenadas y así publicadas por D. Juan Mañé y Flaquer en la segunda parte de su obra *La Revolución de 1868 juzgada por sus autores*.



sin embargo, el principio monárquico, como se ha visto en Inglaterra y en España en tiempos pasados, y al presente se ve en estas naciones y en todas las monarquías constitucionales y representativas que existen. ¿Cómo se realiza esta unión de los diversos elementos que entran en la composición de la autoridad en las monarquías mixtas? ¿Cómo ha de realizarse esta unión para que la forma de gobierno no pierda su carácter monárquico á pesar de los elementos aristocráticos y democráticos que en ella entran? Nadie contesta á estas preguntas mejor que el Águila de Aquino cuando dice: «Dos cosas deben atenderse en el gobierno de una ciudad ó nación: la una es que todos tengan alguna participación en el poder, porque de este modo se conserva mejor la paz, y el pueblo ama el gobierno y se interesa por él, y la otra es la forma del régimen y la organización de los poderes. La mejor en una ciudad ó reino es aquella en que bajo el mando de uno sólo, que es superior á todos en autoridad y poder, hay algunos magistrados principales que pertenecen indistintamente á todos los miembros ó individuos de la república, ya porque pueden ser elegidos de todas las clases del Estado, ya porque todos toman parte en su elección. Tal sería una sociedad en que entrase: el reino, en cuanto uno preside; la aristocracia, en cuanto muchos tienen parte en el mando; la democracia ó poder del pueblo, en cuanto estos magistrados principales pueden salir de la clase del pueblo, y en cuanto á él pertenece su elección» (1). Adviértase ahora que casi en los mismos términos define la monarquía mixta un publicista como Bluntschli, autoridad de gran peso, ciertamente, en materias de derecho político, por lo que hace á los tiempos modernos (2).

(1) Santo Tomás, *Summa Theologica*, primera segunda parte, cuestión 105, artículo 1.º

(2) El mejor gobierno mixto consiste para Bluntschli en «un rey ó emperador que gobierne los pueblos con el auxilio eficaz de la aristocracia de la virtud y de la ciencia.» *Allgemeines Staatsrecht geschichtlich begründet*, pág. 280. En la quinta edición, titulada *Allgemeine Staatslehre*, lib. VI, cap. XIV. El señor Santamaría de Paredes cree, con otros publicistas, que Santo Tomás tomó de Cicerón su concepto de la forma mixta. En realidad, pudo formarse este con-



En realidad el problema de la monarquía mixta está planteado desde los tiempos de Polibio, que fué, según las pruebas que se conservan, el primero que trató detenidamente de su existencia. Es cierto que Grocio y otros la negaron, diciendo que no es posible que el sumo imperio esté al mismo tiempo en uno, en muchos y en todos. Si está en uno, añadieron, no estará en muchos, ni en todos, y si está en muchos ó en todos, no estará en uno (1). Heinecio defendió la existencia de las formas mixtas, y en especial de la monarquía, y para ello distinguió entre lo que llamó la materia del gobierno y la forma de la administración, entendiendo por materia del gobierno los derechos de la majestad, que no pueden estar, declaraba, en uno y en muchos á un tiempo, y por forma de la administración el ejercicio de estos derechos de la autoridad por uno con muchos y con todos (2). Como Heinecio hubiese citado el ejemplo de Inglaterra, el barón de Bielfeld dice que «se cita este ejemplo porque Inglaterra reúne los tres elementos simples: el rey no es menos monarca, porque el día de su elevación al trono se compromete ante Dios y su pueblo á reinar conforme á las leyes; las dos Cámaras del Parlamento presentan el cuadro perfecto de la aristocracia, y las Asambleas del pueblo en que cada ciudadano da su voto para la elección de un diputado, constituyen el elemento democrático» (3). Desgraciadamente es opinión general entre los publicistas ingleses que el actual equilibrio de su constitución no se sostendrá por mucho tiempo, y el Sr. Cánovas del Castillo lo confirma cuando añade que los síntomas de descomposición de aquel organismo saltan por todas partes. Siguiendo á Bagehot, añade el Sr. Cánovas

---

cepto con el estudio de la constitución de Esparta, cuyo Senado tenía poder para reformar los decretos mismos de los soberanos, y el pueblo, sostenido por los eforos, podía oponerse, por otra parte, á las declaraciones del Senado y anularlas. Stahl descubrió ya la identidad del pensamiento político de Santo Tomás con la monarquía mixta.

(1) Grocio, *De Jure Belli et Pacis*, lib. I, cap. III.

(2) Io. Gott. Heineccii *Id. et antecess. Prælectiones academicæ in Hugonis Grotii De Jure Belli et Pacis libros tres*, pág. 164.

(3) *Institutions Politiques*, t. I, pág. 65.



que, á pesar de esto, si la monarquía es todavía en la Gran Bretaña un poder moderador y respetado, lo debe en gran manera á que participa del carácter religioso, ya que la inmensa mayoría de los súbditos ingleses imagina que sus reyes reinan por la gracia de Dios y que la religión les manda acatarlos, sin acordarse poco ni mucho del auto del Parlamento de la reina Ana, á que debe su trono la actual dinastía, y á los medios eficacísimos de predominio con que cuenta la aristocracia, de que el rey es jefe natural (1). La lealtad obliga á reconocer que en la monarquía mixta está el principal peligro en que la aristocracia y la democracia, unidas ó separadas, quieran sobreponerse y se sobrepongan de hecho y anulen el elemento principal, ó sea el elemento monárquico, y la monarquía mixta pase á ser república disfrazada primero, y luego república descubierta.

Para fijar de una vez el concepto de monarquía mixta, conviene no olvidar que decir monarquía equivale á decir gobierno de uno, y que la idea de mixto encierra la de suma y unión de varios elementos. Así podrá definirse la monarquía mixta diciendo que es aquella en que uno gobierna en unión de otro ó de otros elementos, es decir, en unión de la aristocracia ó de la democracia, ó de las dos á la vez. No es posible identificar el concepto de gobierno mixto con el de monarquía mixta, ya que en el primero sólo se trata de que entren en él ciertos diversos elementos, y en el segundo, se supone desde luego el predominio del elemento monárquico sobre el otro ó los otros elementos (2). Sabido es que, como ya se hizo constar anteriormente, los gobiernos mixtos son monárquicos ó republicanos, según que el poder preponderante que domina á los otros poderes y gobierna realmente el Estado reside en el rey, en la nobleza ó en los notables de la nación.

---

(1) Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo, *Problemas contemporáneos*, t. I, págs. 83, 84 y 85.

(2) Bellarmino enumera cuatro clases de formas mixtas: la compuesta de las tres elementales, la formada por la monarquía y la aristocracia, la constituida por la monarquía y la democracia, y la que resulta de la combinación de la aristocracia y la democracia. *Controversia de Summo Pontifice*, lib. I, capítulo I.



No es nuestra la distinción entre gobierno mixto, concepto general que envuelve y encierra toda idea de gobierno en que entren varios elementos, y monarquía mixta, que sólo envuelve y encierra la idea de un gobierno compuesto, en el que uno preside á todos y es auxiliado de algún modo por todos en el ejercicio de su autoridad. Esta distinción fué establecida ya en el siglo XIII por el genio del Aguila de Aquino, y es de lamentar que algunos de sus modernos expositores no la hayan tenido debidamente en cuenta para evitar lamentables equivocaciones. De todos modos, compendian cuanto importa añadir en este punto las siguientes palabras de Roselli: «El régimen mixto de poder real, aristocrático y democrático á que Santo Tomás llamó óptimo, es aquel en que tiene el mando uno sólo por razón de su virtud y preside á todos, y bajo su autoridad hay otros que mandan por su virtud, que pueden ser elegidos de entre todos y son también elegidos por todos. Pero semejante régimen no es propiamente templado por la aristocracia y la democracia, sino monárquico, pues el gobierno en que el poder supremo reside en uno sólo es en último resultado una monarquía. ¿Y quién negará que en el gobierno en que uno manda según la virtud y preside á todos, el poder supremo reside en uno sólo?» (1).

No anduvo acertado esta vez Zigliara cuando definió la monarquía mixta diciendo que es aquella en que la autoridad social se posee colectivamente y se ejerce por el rey y el pueblo, ya se entienda por pueblo la aristocracia, ya la democracia, ya las dos á la vez, y añadiendo que en este régimen se da la división de poderes, ó sea de la autoridad social, y es en él el rey *primus inter æquales* (2). En la pri-

(1) *Fratis Salvatoris Mariæ Roselli, Summa philosophica ad mente Angelici doctoris S. Thomæ Aquinatis*, t. VI, pág. 667.

(2) «Formam regiminis monarchici mixtam illam dicimus, in qua auctoritas socialis collective possidetur et exercetur a rege et a populo, sive nomine populi intelligatur pars aristocratica, sive democratica, sive denique composita ex hisce ordinibus. In hoc regimine habetur divisio potestatis, seu socialis auctoritatis: rex est primus inter æquales.» Zigliara, *Propædèntica ad Sacram Theologiam*, pág. 409.



mera parte de esta definición aparece de algún modo mezclado y confundido el concepto general del gobierno mixto y el particular de monarquía mixta, ya que en la monarquía mixta se ejerce el poder por el rey y el pueblo, pero con predominio del primero sobre el segundo, de ningún modo con igualdad entre ellos. En la segunda parte se da como esencial de esta clase de gobiernos lo que se encuentra en diversas formas, y se identifica al rey con el presidente de muchas repúblicas que en efecto es *primus inter aequales*. Resulta, pues, que en la primera parte de la definición se afirma del sujeto algo que de algún modo le conviene, y que también conviene á otros, y en la segunda se incurre en el mismo defecto, y además se da por distintivo lo que sólo lo es de otras clases de gobiernos mixtos, según luego se verá. Fusier-Herman descubre, en efecto, la división de poderes, no ya en todas las monarquías mixtas, como Zigliara, sino en casi todos los gobiernos conocidos: la ve entre las nieblas de los pueblos primitivos, y afirma que así como la luz del sol vino de Oriente para disipar las tinieblas que envolvían al mundo, así ha de buscarse en la misma India, donde existía una monarquía absoluta en el sentido más extremo de la palabra, una suerte de separación de poderes bien digna de ser tenida en cuenta como punto de partida de las demás; en Egipto, donde existió José, el hijo de Jacob, primer ministro de un monarca despótico; en Persia, donde el rey se aconsejaba en determinados casos de los sacerdotes; en Israel, donde el poder de los reyes estaba templado por los avisos imperiosos de los levitas y por las advertencias y amenazas de los profetas; para no hablar ahora de Esparta y Atenas, donde hubo exceso de división de poderes; para no hablar de Roma, donde también la hubo, y en ocasiones excesiva, hasta el extremo de haberse podido afirmar por Mr. de Valroger que «la ponderación de poderes fué el principal resorte de la constitución romana» (1). Si es así, y no queremos hablar ahora de tiempos modernos, ¿puede pre-

---

(1) *La separation des pouvoirs*, primera parte, y en especial el cap. VI.



sentarse en buena lógica la división de poderes como nota característica de la forma de gobierno que se estudia?

Puigserver, gloria legítima de la patria de Raimundo Lulio, definió admirablemente el gobierno mixto cuando dijo que es «aquel en que las facultades de uno, las de pocos y las de la multitud se hallan en tal equilibrio que por una parte parece monarquía, por otra aristocracia y por otra democracia, y en realidad no es ni lo uno ni lo otro.» Como ya advirtió Aristóteles, el cuerpo mixto por una parte es parecido á cada uno de sus elementos, y por otra no es semejante á ninguno de ellos (1). Pero erró gravemente Puigserver cuando de lo transcrito infirió que «si en la forma de gobierno falta notablemente el indicado equilibrio, ya no será ni podrá llamarse gobierno mixto.» ¡Como si el más ó el menos con que los elementos entran en el cuerpo mixto pudiese destruir la naturaleza de este cuerpo! Verdaderamente siempre que varios elementos entran en la composición de una sustancia el mixto se realiza, predomine ó no predomine en el compuesto alguno de ellos, porque el mixto no depende del más ó del menos con que los elementos entran en el compuesto, sino del hecho de que entren, y este hecho existe sea cual fuere la cantidad con que cada uno contribuye á la existencia (2). También erró Puigserver cuando sostuvo que al gobierno mixto igualmente le viene bien el nombre de república que el de monarquía, y erró porque en realidad es vicioso aplicar á un todo el nombre de una parte, y el elemento monárquico y el republicano sólo son partes del todo que resulta de su mezcla y composición. En cambio, aplicando benévolamente unas palabras suyas, puede decirse que anduvo en lo exacto cuando pareció querer indicar que si en el gobierno mixto se pierde el equilibrio entre los diversos elementos, este gobierno podrá tomar en todo caso el nombre de aquel de ellos cuyas facultades sean mayores, y esto lo hará, declara, en virtud de aquella regla de lógica que dice

---

(1) *Comentarios de Santo Tomás á la Política de Aristóteles*, lib. IV, lec. VIII.

(2) Cornoldi, *La sintesi chimica secondo i principii filosofici di S. Tommaso d'Acquino*, págs. 12 y siguientes.



que la voz análoga por sí sola significa el principal de la analogía (1). ¡Lástima grande que no viera esto con claridad al afirmar con poco acierto que si en el gobierno mixto falta el equilibrio pierde el indicado gobierno su naturaleza y la cambia por el de aquel elemento que logra sobreponerse á los demás! En realidad este cambio sólo se efectúa cuando uno de los elementos se sobrepone de tal modo á los demás que los anula y destruye por completo, y queda como único existente de los que entraron en la formación del compuesto, es decir, en la composición del gobierno mixto, y la historia enseña que se han realizado no pocos de estos cambios en el apresurado andar de los siglos.

Los partidarios de la monarquía pura, en su afán por combatir los gobiernos mixtos, llegaron á sostener que Dios dió desde un principio un solo jefe universal al género humano, uno sólo á cada pueblo y uno sólo á cada familia, y que así todos los pueblos cuya civilización es rudimentaria ó apenas existe, son monárquicos sin mezcla alguna de aristocracia ó de democracia (2). La historia y la realidad destruyen por completo esta afirmación poco meditada. En lo pasado y en lo presente existieron y existen muchos pueblos en estado rudimentario, por lo que hace á su cultura y civilización, que tuvieron y tienen gobiernos mixtos. En las islas de Samoa el jefe de la comarca ejerce el poder legislativo de acuerdo con los jefes de las familias y el ejecutivo siguiendo las decisiones de aquéllos (3); en el centro de América la autoridad se ejercía por un rey, cuando el descubrimiento de aquellas tierras, pero este rey tenía por coadjutores á señores inferiores á él y había de sujetarse á sus consejos (4); entre los bodos y los himales cada tribu tiene un jefe encargado de su administración, y á su lado un jurado de ancianos para resolver las cuestiones de gobierno (5); en Tlascala hubo re-

(1) *Notas á el Tomista en las Cortes*, págs. 49 y 50.

(2) Thorel, *Orígenes de la sociedad*, t. III, pág. 207.—Peñalosa, *La Monarquía*, pág. 14 y siguientes.

(3) Turner, *Nineteen years in Polynesia*, pág. 284.

(4) J. de Torquemada, *Monarquía Indiana*, lib. XI, c. 40.

(5) Shortt, *Transactions of Ethnological Society of Bengal*, t. XVIII, página 708.



yes, y luego un Senado de príncipes elegidos por los diferentes partidos ó cabeceras en que para el caso dividieron las poblaciones (1); y en los orígenes de la antigua Grecia y en muchos de los pueblos aún ahora independientes del interior de Africa se puede encontrar considerable número de hechos con que robustecer más y más nuestra afirmación. ¿Acaso en el centro mismo del despotismo no se encuentran pueblos como los nagas, que no sólo no conciben el poder monárquico, sino que se ríen cuando se les dice que existe en otras partes? Se ha afirmado, es cierto, que no se da entre ellos gobierno alguno; pero esto no es exacto, como lo prueban el orden relativo que allí existe y la formación de un jurado aristocrático y democrático, al cual someten sus diferencias los individuos, las familias y los pueblos, si es que verdaderamente se puede aplicar al caso esta palabra (2). En España, para no multiplicar los ejemplos, estudiando los orígenes de su gobierno en Tito Livio, Plinio, Estrabón y Polibio, se ve que éste fué mixto de juntas populares, príncipes y aristocracia, en medio de razas guerreras forjadas para continuos y siempre sangrientos combates (3). Pero ¿qué más? ¿Por ventura en Israel no existieron gobiernos mixtos y división de poderes y todo antes que reyes? ¿Por ventura no fué haciendo violencia á Dios, si puede pasar la frase, como consiguieron los israelitas que Samuel designara un rey para jefe supremo de la nación? (4).

Por lo que hace á la monarquía mixta, se la encuentra germinando en casi todos los pueblos monárquicos, casi desde el instante mismo en que el despotismo militar cesa, y después de un período más ó menos largo, ó más ó menos breve, de moderación y templanza en el gobierno. En Inglaterra los nobles que forman parte de los primeros Parlamen-

(1) Solís, *Historia de la conquista de Mejico*, t. I, pág. 289, edición de 1741, hecha en Madrid por Barco López.

(2) Stewart, *Journal Asiatic Society of Bengal*, t. XXIV, pág. 608.

(3) D. Pedro José Pidal, marqués de Pidal, *Lecciones sobre la historia del gobierno y legislación de España desde los tiempos primitivos hasta la Reconquista*, lección 2.<sup>a</sup>, págs. 30 y siguientes.

(4) Fusier-Herman, *La separation des pouvoirs*, pág. 40.



tos revelan en sus títulos su origen militar (1); En España, apenas terminada la conquista por los godos, se ve á las Asambleas intervenir en el gobierno, y después de principia- da la Reconquista, apenas se concede algún descanso á las armas, se da cierta manera de intervención en los actos de la autoridad á la teocracia, á la aristocracia y luego á la democracia (2); y en Francia, los Estados generales in- tervienen en el gobierno, apenas cesa la lucha, y llegan á extremos de igualar en ocasiones á las Asambleas constitu- cionales modernas (3). En Rusia mismo, apenas se ha sus- pendido la misión conquistadora de aquel pueblo, se ha ini- ciado un poderoso movimiento en favor de la participación de la aristocracia y de la democracia en el gobierno, y ha de esperarse que este movimiento adquiera con el tiempo gran- des proporciones y pueda imponerse algún día y dominar las fuerzas conservadoras y verdaderamente tradicionalistas del imperio (4). En realidad, no ha de sorprender y admirar que así suceda, pues es exactísima la observación de Spen- cer cuando escribe que los hechos tales como se observan en los pueblos de todos los tiempos prueban que los cuerpos consultivos tienen su origen en los consejos de guerra de los conquistadores, en los que se empezó tratando sólo de las medidas militares y se acabó por resolver acerca de otros órdenes, y los cuerpos representativos en las asambleas que celebraban las hordas, y en las cuales había dos clases de miembros, los subjefes y los representantes del resto de la

(1) Lord Macaulay, *Historia de la revolución de Inglaterra*, t. I, pág. 39.

(2) Martínez Marina prestó un gran servicio á la ciencia política reunien- do en su *Teoría de las Cortes*, t. III, la prueba documentada de esta verdad por lo que hace á la época que siguió á la Reconquista. Por lo que se refiere á la época visigoda, los Concilios de Toledo son demasiado conocidos en la par- te que afecta á nuestra tesis, para que haya necesidad de demostraciones.

(3) Jorge Picot, *Histoire des Etats generaux*, t. I, págs. 101 y siguientes. Puede añadirse que en los Estados generales de 1355 se tomaron resolucio- nes y acuerdos que encierran, y exceden en mucho por lo que hace á algunos puntos, las garantías modernas del régimen y de la monarquía constitucional. Agustín Thierry, *Histoire du Tiers-Etat*, cap. II.

(4) Véase el prólogo de M. C. Courriere á su *Histoire de la littérature con- temporaine en Russie*, págs. 7 y 8.



fuerza armada (1). Perfeccionados estos medios de gobierno, elevados en su categoría, se convirtieron en Consejos de los reinos, en Asambleas, en Cortes, en Estados generales, en Parlamentos, en una palabra, en un nuevo elemento, que con el elemento monárquico constituyó poco á poco las verdaderas monarquías mixtas, aptas para impedir la tiranía y para extender el reinado de la libertad, la que en último resultado no es otra cosa que un don de la voluntad con su causa próxima en el entendimiento, y como don del hombre, digno de ser tenido en cuenta por el poder público al dirigir la sociedad por caminos rectos y seguros á la realización de los grandes fines por que se actúa naturalmente y existe en la realidad, sin perder un solo momento su concepto de necesaria para la vida del individuo y de las familias, partes esenciales de que aquélla se compone, ya que sin ellas no podría ni aun imaginarse.

Andan discutiendo los autores sobre la mayor ó menor participación de cada elemento de gobierno en la monarquía mixta, olvidando que esta mayor ó menor participación es impuesta casi siempre por la realidad ó por el modo de ser de cada pueblo. Por lo demás, es evidente que la acción histórica del derecho y de los otros elementos que además del monárquico entran en la formación de la monarquía mixta sirven de quitar á ésta todo carácter personal y para impedir que las condiciones personales del soberano influyan demasiado en el gobierno, ya que éstas pueden ser buenas y pueden ser malas, y en este último caso su efecto sería por necesidad desastroso si no pudiesen ser atemperadas ó de algún modo anuladas. La situación material y moral de los pueblos, su modo especial de ser y de obrar, y el modo especial de ser

---

(1) «Les faits tels qu'on les observe chez les peuples de tous les temps prouvent que le corps consultatif n'est au debut rien de plus qu'un conseil de guerre. C'est dans l'assemblée en plein air des hommes armés que le groupe des chefs se montre d'abord accomplissant la fonction deliberative en ce qui concerne les mesures militaires, fonction qui s'étend plus tard aux autres mesures.» Herbert Spencer, *Principes de Sociologie*, traducción de M. E. Cazelles, t. III, págs. 535 y siguientes. Sobre el origen de los cuerpos representativos, véanse las págs. 562 y siguientes.



en la historia de los que ejercen en ellos el poder soberano, harán más que todos los políticos aprioristas por determinar la parte que cada elemento ha de tener en el mixto, como en medicina el estado del enfermo y la historia de sus padecimientos determinan casi siempre las diversas partes con que cada cuerpo simple ha de entrar en la mixtura encaminada á producir la curación, y sería en ocasiones una locura aplicar á todos los que padecieran una misma enfermedad la misma receta. En todo caso, los elementos que entran en el compuesto deben tener de antemano señalada su esfera de acción en el gobierno por lo que la ciencia y la experiencia enseñan, no á fin de poner límites al obrar natural de cada uno de ellos, sino á fin de reducir su acción y de encauzarla en los términos que el bien común de la sociedad y la unidad del principio de autoridad exigen. Quede enhorabuena para los que proclaman el absolutismo político, sean de la escuela de Hobbes ó de la de Rousseau, que para el caso es lo mismo; quede para los partidarios del principio representativo á lo Kant ó á lo Spencer, que ahora no importa, la pretensión de que en todos los Estados y en todos los pueblos ha de aplicarse una misma forma de gobierno y que en todas partes ha de producir ésta resultados iguales; quede enhorabuena para la inocencia de nuestros doceañistas la ilusión de creer que un mismo compuesto, que una monarquía mixta ha de dar los mismos resultados aquí que en Francia, que una misma constitución podría servir lo mismo para Rusia que para los Estados Unidos, para Bélgica que para Turquía, en el supuesto de que en todas partes quedara establecida. Realmente, así como cada individuo necesita su traje, cada nación necesita su especial forma de gobierno, y en cada monarquía mixta la mayor ó menor participación del principio monárquico en el compuesto depende de la historia y del modo especial de ser del pueblo que se gobierna.

Por esto en los gobiernos mixtos en general y en la monarquía mixta en particular tiene considerable importancia la ley fundamental del Estado, la que determina la participación en el gobierno de cada uno de los elementos que entran en su formación. En primer término, la mayor ó menor



participación de estos elementos en el compuesto determina la naturaleza y condición de éste. En segundo lugar, la anarquía se haría sentir desde los primeros instantes en el Estado si no se fijaran desde el primer momento los deberes y las prerrogativas, los derechos y las obligaciones de cada una de las partes que han de entrar en la constitución de la autoridad. En tercer lugar, aunque no se produjera la anarquía en el Estado, se originaría una confusión tal que haría imposible la vida ordenada y próspera de la nación. De la falta de claridad y precisión de las leyes fundamentales en determinar la participación de cada elemento en el compuesto nacen rivalidades y luchas en el gobierno, y de la falta de armonía entre el modo de ser de la nación y la ley fundamental del Estado se originan revoluciones que realizan por la violencia, y yendo siempre más allá de lo justo y lo lícito, lo que de acuerdo gobernantes y gobernados debieron realizar para bien común. Stahl dice que la ley y el gobierno tienen entre sí la misma relación que en cada hombre su modo especial de ser (*Charakter*) y la voluntad (*Kraft des Entschlusses*) (1), y Ortí y Lara reconoce, y en esto obra bien ciertamente, que la ley ha de estar en armonía con el modo especial de ser del pueblo para que se ha dictado, sin que por esto se entienda que deba dejar de ser una ordenación de la razón encaminada á lograr el bien común (2). Estas verdades han de serlo más que en ninguna otra forma de gobierno en la monarquía mixta, en que todo el organismo del poder descansa en la ley, y ésta, por medio del poder soberano y de cuerpos representativos, puede ser modificada según lo exijan las necesidades de los tiempos y el bien público. No es posible, pues, comprender bien la índole y el carácter propio de esta forma de gobierno, sin determinar y

---

(1) Stahl, *Filosofía del Derecho*, parte II, cap. V, pár. 54.

(2) «La ley para ser conveniente ha de atender á la condición de los hombres en general y de los súbditos en particular, al genio, ideas y costumbres de la nación, al grado de su civilización y á las circunstancias de lugares y tiempos. Así se explica bien el pensamiento de Bentham, que una misma ley puede ser buena en un país y mala en otro.» Ortí y Lara, *Introducción al estudio del derecho y principios de derecho natural*, cap. V, pág. 340.



exponer con la mayor claridad posible lo que debe ser en ella la constitución del Estado y sin tener en cuenta debidamente la participación de los diversos elementos en el gobierno por medio de representaciones, ya de las clases elevadas solas, ya del pueblo, ya de la aristocracia y la democracia á un tiempo, según ya quería el príncipe de los teólogos cuando dijo que esta manera de gobernar es óptima si los elementos que componen el mixto están en él en la debida proporción y se mueven por el bien de los asociados, procurando por su acción alcanzar el verdadero fin para que las sociedades civiles existen en la tierra (1).

DAMIÁN ISERN.

---

(1) *Divas Thomas*, artículo titulado *Præstantissimus regiminis modus secundum mentem S. Thomæ*, inserto en el volumen III del fasc. XXVII. En este notable estudio su docto autor Vinati sostiene que es éste el pensamiento público del Águila de Aquino: «1.º, que todos tengan alguna parte en el mando, y 2.º, que la constitución de la sociedad civil posea las ventajas de las varias especies de gobierno, sin los inconvenientes de ellas. Como la suprema potestad no pueda ejercitarse por todos, y sea preciso que la ejerzan, ó una sola persona individual, como acontece en el reino, ó una persona colectiva, como en la aristocracia, el gobierno más excelente de todos debe reunir las ventajas de la primera de estas dos formas de gobierno, por ejemplo, la prontitud en la resolución de los negocios, y el concurrir todas las fuerzas al fin de la sociedad, y debe evitar los inconvenientes de ella, que son la tendencia á degenerar en tiranía, que difícilmente ocurre en la aristocracia.»







## EL PRÓLOGO DE UNA NOVELA

---

ELENA, novela original por Emilio García de Tejada (1).

### I

Tengo la honra de presentar á los lectores de estas líneas al joven escritor D. Emilio García de Tejada, oficial del Cuerpo administrativo del Ejército, que hace sus primeras armas en el palenque literario publicando una novela en que no he hallado nada contrario á la fe católica, ni á las buenas costumbres, como decían los aprobantes de los libros impresos en España durante las dos centurias próximas á la presente.

Y siguiendo la imitación de las antiguas aprobaciones, aquí habría yo de recordar el origen de las novelas, hablando de los cuentos orientales, de la *Ciropedia* de Xenofonte, de los novelistas romanos, de lo que fué la novela en la oscura noche de los tiempos medioevales y en la época del Renacimiento; citar los cuentos de Boçaccio, y las fábulas pastoriles de nuestros autores Jorge de Montemayor, Gil Polo, Gálvez de Montalvo y Suárez de Figueroa; disertar

---

(1) Dentro de pocos días verá la luz esta novela, con el prólogo que hoy damos á conocer en la REVISTA CONTEMPORÁNEA.



largo rato acerca de los libros de caballerías y discutir algo sobre si el *Amadís de Gaula* es de origen portugués ó castellano; ensalzar la importancia de nuestra novela picaresca, diciendo que es como un atisbo del moderno arte naturalista; señalar la importancia excepcional de la gran creación novelesca de Cervantes; hablar del *Telémaco* de Fenelón, del *Gil Blas* de Lesage, del *Cándido* de Voltaire, de *La nueva Eloisa* y el *Emilio* de Rousseau, para que todo esto sirviese de introducción á lo que se diría de la novela en el siglo XIX..... Walter Scott en Inglaterra, Goethe en Alemania, Balzac en Francia, barajando estos nombres con otros de muy inferior valía, recordando los triunfos de la novela anti-esclavista en los Estados Unidos y la propaganda del novelador Eugenio Sue en defensa del socialismo, para llegar á la moderna escuela *realista*, *naturalista* ó *verista*, que ya va pasando de moda, y parece se trata de que sea sustituida por una especie de *diletantismo* filosófico, de que Paul Bourget en su célebre novela *El Discípulo* presenta un notable ejemplo, y por la *novela novelesca* de Marcel Prevost, que no es más ni menos que la antigua novela idealista, con un nombre nuevo para que llame la atención.

Después de haber hablado tanto de novelistas y novelas, diría dos palabras de la que acaba de escribir el Sr. D. Emilio García de Tejada, y con esto habría terminado mi aprobación ó prólogo á la antigua usanza.

## II

Otro camino podría yo seguir en este prólogo que también se prestaría á eruditos alardes de esa sabiduría histórica, que fácilmente se adquiere *leyendo con los dedos*, como decía Pedro Bayle, esto es, hojeando tratados enciclopédicos, manuales científicos y diccionarios, como el conocidísimo de Larousse y otros semejantes. Nutrido con tan profundas lecturas, después de consignar la profesión que sigue el señor García de Tejada, recordaría los nombres de los poetas y prosistas que han sido militares, ya durante toda su vida ó



ya en los trances de la guerra en que la patria ha reclamado el esfuerzo de sus hijos más varoniles, y haría desfilar por delante del lector los nombres de los caudillos y guerreros que fueron á la par escritores, así en la antigua civilización de los pueblos orientales como en la artística Grecia ó en la poderosa Roma, para hablar después de los trovadores de la Edad Media y de los ricos-homes castellanos, que un día acaudillaban sus mesnadas en el combate y al otro traducían á los poetas latinos ó ensalzaban la hermosura de la señora de sus pensamientos, escribiendo, como D. Álvaro de Luna, con más entusiasmo que religiosidad:

Si Dios, nuestro salvador,  
Ovier de tomar amiga,  
Fuera mi competidor.

Aun se me antoja, Senyor,  
Si esta tema tomaras,  
Que justar é quebrar varas  
Ficieras por el tu amor.

Si fueras mantenador  
Contigo me las pegara,  
E non te alzara la vara  
Por ser mi competidor.

Llegando á los tiempos de la Edad Moderna, fijaría mi atención en los siglos de oro de la literatura española, desde mediados del siglo XV hasta el fin de la primera mitad de la centuria XVII de la Era Cristiana; y en estos siglos de oro de nuestra cultura nacional es tan permanente la compenetración, digámoslo así, entre las armas y las letras, que basta para comprobarlo recordar los nombres de Cervantes en la novela, Lope de Vega y Calderón en la dramática, Ercilla en la épica y Garci-Lasso en la poesía lírica, y otros muchos de menor fama, que fueron también escritores notables y soldados valerosos.

En el *Cancionero de príncipes y señores* que está publicando en la REVISTA CONTEMPORÁNEA mi amigo el erudito escritor D. Juan Pérez de Guzmán se demuestra que muchísimos de los grandes de España y títulos de Castilla que ejercían



mandos militares en la Península ó en los dominios de Ultramar no se desdeñaban de pulsar la lira, y producían á veces obras muy dignas de la publicidad que hoy alcanzan en las páginas de la REVISTA anteriormente citada.

### III

Ahora se me presenta una dificultad. Si desecho como anticuado el molde en que fundían sus escritos los aprobantes ó sea prologuistas de los libros ha cien años publicados; si tampoco quiero llamar la atención del público hacia la profesión militar del Sr. García de Tejada, y de este modo me cierro el camino del elogio que cabe hacer de los insignes varones que han sido á la par honra de las letras y de las armas, ¿qué es lo que yo pienso decir para llenar mi cometido de prologuista en la ocasión presente? ¿Daré consejos literarios al Sr. García de Tejada? ¿Le felicitaré por sus aficiones al estudio y cultivo de la amena literatura?

No me reconozco con autoridad para dar consejos á nadie, pero por aquello de que la experiencia es madre de la ciencia, refran que sin duda inventó algún positivista *intuitivo*, he aprendido en mi ya larga residencia en este planeta, llamado Tierra, que para formar el buen gusto en poesía no hay más medio que leer y releer las obras de los grandes poetas; y después, cuando llega el momento de la producción literaria, olvidarse de todo lo que se ha leído y procurar exponer su pensamiento, ó dar forma á las creaciones de la fantasía, sin imitar ningún *modelo escrito*, buscando el origen y manantial de toda hermosura en nuestra mente como idea, y como hecho en la realidad de las bellezas que se admiran en el mundo físico y moral.

Respecto á felicitar al Sr. García de Tejada por sus aficiones literarias, no se me ofrece ni la más ligera duda, porque merecido es todo lo que redunde en elogio del joven que emplea en el cultivo de las letras el tiempo que otros de su edad malgastan en frívolos galanteos ó en pecaminosos extravíos. El amor al arte purifica el alma y eleva el pensamiento.



Como ha dicho con acierto mi amigo Armando Palacio Valdés, no hay ninguna diferencia esencial entre el novelista y el poeta. Esto es, el novelista es un poeta que escribe en prosa, ya expresando la belleza en novelas de carácter épico, como el *Quijote* de Cervantes ó *La paz y la guerra* del conde León Tolstoi, ó ya en narraciones ó historias fingidas, como decían los antiguos preceptistas, de carácter tan subjetivo como el que tienen *Las pasiones del joven Werther* de Goëthe y la *Graziella* de Lamartine.

Si como afirmaba el General Ros de Olano, sólo merece el nombre de poeta quien siente hondo, piensa alto y habla claro, yo diría, y habla bien, es evidente que el sentir hondo y el pensar alto son dones que Dios concede á los mortales á quienes destina á padecer más que el vulgo de las gentes, y para la adquisición de estos dones de poco puede servir la aplicación del estudioso.

Para hablar bien ya sirve el estudio de los modelos, el estudio de los grandes escritores; y obsérvese que por la estrecha relación que existe entre el lenguaje y la idea, lo sublime, mal expresado, se convierte en ridículo; y acaso el más vulgar pensamiento, con acertada forma ataviado, se dignifica y hasta en ocasiones llega á aparecer como sublime.

No desdeñe el Sr. García de Tejada el asiduo estudio del lenguaje, no para encerrar su estilo en el nimio atildamiento del retórico rutinario, sino para hablar bien, para expresar su pensamiento con claridad y energía; para no asustarse del neologismo ni del arcaísmo, cuando uno ú otro son necesarios; para respetar la sintaxis, sin olvidarse de los elegantes giros y de la libertad con que enlazaban las palabras nuestros más renombrados autores clásicos; para... me olvido de que anteriormente he dicho que no me consideraba autorizado para dar consejos literarios al Sr. García de Tejada. Dejo sin concluir lo que estaba diciendo, y paso á otro asunto.

#### IV

Lo he dicho varias veces en ocasiones análogas á la presente, pero ahora es necesario que lo repita. Un prólogo no



es, ni debe ser, un juicio en que se aquilatan las cualidades y defectos del libro cuyas primeras páginas ocupa. Tampoco consienten nuestras actuales costumbres que en los prólogos se imite á los autores de las poesías ó versos que antes se escribían en las primeras hojas de los libros; poesías ó versos en que, si se trataba de una obra filosófica, se afirmaba que su autor sabía de moral más que Sócrates, de metafísica más que Platón y de lógica más que Aristóteles. Si el libro era un poema épico, Homero y Virgilio no habían llegado á tan alto punto de belleza en sus famosas *Iliada* y *Eneida*. Si era un discurso lo que había de encomiarse, aquí del recuerdo del griego Demóstenes y del romano Cicerón, para que sus arengas ú oraciones sirviesen de pedestal al novísimo orador, que andando el tiempo había de llenar con su fama todos los ámbitos del mundo; *et sic de cæteris*. Olvidados están los nombres y las obras de muchos filósofos, poetas y oradores que sus ciegos panegiristas ensalzaron—frecuentemente en muy malos versos—hasta pretender equiparar su mérito con el de los Sócrates, Homeros y Demóstenes.

No caen en tan ridículas exageraciones los modernos prologuistas, porque no traspasan sus elogios del libro cuyo prólogo escriben de los límites que señala la benevolencia del amigo; límites que evitan los extravíos de la baja adulación y de la burla, rebozada con elogios, en que fué maestro un célebre jesuita, el P. Isla.

No, yo no diré que la novela del Sr. D. Emilio García de Tejada es superior en la pintura de los caracteres á las de Balzac; en exacta observación de las costumbres á las de los modernos novelistas ingleses; en trascendencia del pensamiento á las de Emilio Zola; en elegancia y agudeza de ingenio á las de Daudet; en suma, que el *Quijote* y la *Elena* del Sr. Tejada son dos novelas que, entre sí comparadas, quizá resulte que la segunda, la escrita por el Sr. Tejada, valga más que la que ha dado inmortal renombre al Manco de Lepanto. Diré, porque es la verdad, que mi amigo el señor García de Tejada se propuso escribir una narración novelesca que entretuviese honestamente al que á su lectura consagrara algunas horas del día ó de la noche; y en efecto,



ha conseguido lo que se propuso, ó al menos así lo creo yo, después de haber leído su *Elena* desde la primera hasta la última página.

La obra novelesca del Sr. Tejada ha resultado algo romántica, en el sentido vulgar de esta palabra, y un poco idealista; pero es natural que así haya sucedido, porque la juventud sueña más que reflexiona, y cree en la realidad de sus ensueños. Con lo dicho comprenderán los lectores que el Sr. Tejada es aún muy joven.

Aproveche su juventud el autor de *Elena* en soñar despierto; sueñe con la fe, que traslada de sitio las montañas; sueñe con la esperanza de que el progreso humano podrá agotar la fuente del dolor; crea en la verdad de la ciencia, en la belleza del arte, en el bien de la moral, como realidades trascendentales, no como meras creaciones de un ideal irrealizable. Soñar, creer, esperar: ¡qué sería la vida sin ensueños, sin creencias, sin esperanzas!

No he podido salvarme de la manía que nos aqueja á los que ya somos casi-viejos, ó viejos sin casi, de sermonear á la juventud; probablemente con el mismo infeliz resultado que obtuvieron los que nos sermonearon cuando nosotros éramos jóvenes.

Al llegar aquí creo que es la ocasión oportuna para saludar cortésmente á los lectores á quienes hice la presentación con que he comenzado este prólogo, y después tender la mano diestra al Sr. García de Tejada, diciéndole:

—Felicitó á usted cordialmente por la publicación de su primera novela, y crea usted que si sus aficiones literarias no decaen, si usted llega á la edad madura conservando el amor á las letras que hoy le ha impulsado á escribir su *Elena*, habrá aprendido lo que yo ahora sé por larga y dolorosa experiencia: el estudio, ya se aplique á la literatura ó ya á la ciencia, es el único lenitivo que halla el ser humano en las frecuentes desventuras que amargan su existencia.

LUIS VIDART.

Madrid 25 de Mayo de 1891.





# HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR

LIGEROS APUNTES

SOBRE LA VIDA Y HECHOS HAZANOSOS DE ESTE CAUDILLO (1).

## IX

OTRAS ACCIONES DE GUERRA. — CERCO DE SALOBREÑA. —  
SOCORRO Y VENCIMIENTO DE PULGAR. — PRUEBAS DE ESTAS  
HAZAÑAS.

El año 1490 fué sumamente fecundo para las hazañas que frecuentemente se realizaron en *las guerras de Granada*. Pero más que para nadie fué fecundo para Hernán Pérez del Pulgar, que á más de llevar á cabo en él la primera y más importante proeza de su vida guerrera, hizo otras que, aunque ejecutadas en el mismo año, fueron anteriores á ella; pero postergamos su descripción hasta este momento, teniendo en cuenta que la hazaña del *Ave-María* debió ocupar lugar preferente á todas las que emprendió en el referido año (2).

---

(1) Veáse la pág. 357 de este tomo.

(2) Si á esto se añade que el autor del manuscrito que consultamos presenta antes los apuntes y datos sobre la hazaña del *Ave-María*, y después los relativos al reclutamiento de gente en Málaga para Almuñécar, y el cerco de Salobreña, tendrá disculpa la prioridad con que hemos tratado, dentro del año 1490, un hecho ocurrido á fines del mismo.



Á principios de él estaban los Reyes en la ciudad de Guadix, y allí les acompañaba el esforzado alcaide del Salar. Ya á fines de 1489 habíase ocupado por los cristianos la importante plaza marítima de Almuñécar, que como puerto en el Mediterráneo, y como ciudad del reino granadino, significaba muchísimo para los conquistadores. Pero no bastaba someter dicha ciudad, sino que era preciso además defenderla y poner en la misma guarnición suficiente, y para ello, en 1.º de Enero de 1490 despacharon los Reyes, desde Guadix, á Hernán Pérez del Pulgar, para que se dirigiese con carta de los Monarcas á la ciudad de Málaga, con el fin de buscar algunos peones para el sostén y defensa de la ciudad de Almuñécar (1).

No le fué difícil al guerrero cristiano realizar su cometido en la populosa Málaga. Allí había volado la fama de sus proezas, y ya de antiguo le conocían varios de sus moradores, de cuando entró á tratar sobre su rendición, siendo aún musulmana. El cariñoso afecto con que á todos agasajaba, y el poderoso imán de imperiosa autoridad que para los hombres tenía, facilitó sus intentos, y en breves plazo tomó á sueldo la gente que le era necesaria para la defensa y custodia de la ciudad recién conquistada.

Marchó presuroso á Almuñécar, y allí entregó dicha gente á su alcaide Rodrigo de Ulloa, tornándose á Guadix, para dar cuenta á los Reyes de la fácil realización que había tenido la misión que le confiaran.

Su espíritu siempre movedizo, y deseoso de conocerlo todo, le hicieron volver sobre sus pasos, y otra vez muy cerca de Almuñécar, llegar á Salobreña, ó por ver á su alcaide y grande amigo suyo Francisco Ramírez de Madrid, ó por admirar la fortaleza y el castillo, que fué en su tiempo guarda de los tesoros de los reyes moros. Todo lo estuvo observando con la fría calma y la fija detención que acos-

---

(1) Hé aquí la carta á que hacemos referencia: «Yo el Rey.—Yo la Reina.—A esa ciudad va Fernando del Pulgar, á buscar algunos peones para la ciudad de Almuñécar; por nuestro servicio, con mucha diligencia se los busquéis, en lo cual nos serviréis.—En Guadixá 1.º de Enero de 1490 años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.—Por mandado del Rey y de la Reina, Fernando de Zafra.»



tumbraba, y registrándolo todo muy despacio, contempló las entradas y salidas del castillo, cual si adivinara lo que después había de ocurrir en aquella fortaleza.

Desde fines de 1489 se hallaba ésta en poder de los cristianos, al mismo tiempo que Baza, Gradix, Almería y otras plazas importantes. La de Salobreña la entregó su alcaide Aliatar á Francisco Ramírez de Madrid, capitán general de la artillería cristiana, en las guerras de Granada, quedando en la población multitud de moros que reconocieron el nuevo orden de cosas, y que allí permanecieron con el carácter de mudejares. Desde entonces aparece como alcaide de dicha fortaleza el valeroso soldado Francisco Ramírez de Madrid, figurando con dicho cargo en 1490, y con asiento de tal en los libros reales en 1491.

El año 1490 fué de algunas esperanzas guerreras para el Rey moro de Granada. En este año, y ya por el mes de Agosto, deseando Boabdil recobrar algún puerto de los del Mediterráneo para poder recoger los socorros que esperaba de África, salió de Granada en son de guerra, cayó sobre la descuidada guarnición de Alhendín, é hizo suya aquella fortaleza y otros castillos que perdieran en el año anterior (y que conservó por poquísimo tiempo), y marchó decidido sobre Salobreña, confiado en la traición que le ofrecían los moros mudejares que allí vivían y en la casual ausencia de su alcaide.

Los mudejares, acordándose de lo que habían sido y olvidándose del juramento de sumisión que habían prestado, facilitaron al Rey moro y á su ejército la entrada en la población, y ya sin obstáculo alguno pusieron cerco, y cerco violentísimo, á la fortaleza, que no tenía por entonces la defensa de su seguro guardador y que comenzaba á sufrir los horrores del hambre y de la sed, aislada por completo del resto de los moradores de la villa.

Grandes esfuerzos se hicieron para que los cristianos de las inmediaciones pudieran socorrer con presteza á los que sufrían encerrados y sitiados en la fortaleza de Salobreña. Pero todo fué en vano. Era tan estrecho y tan numeroso y compacto el cerco de los moros que le fué imposible soco-



rrerles á D. Francisco Henríquez, tío del Rey Católico y alcaide de la ciudad de Vélez-Málaga, y á otros capitanes y alcaides comarcanos, que con grande esfuerzo pretendieron ayudarles en tan duro trance .

Así fué creciendo, de día en día, la audacia de los moros, y su Rey desventurado cobraba esperanzas de nuevos vencimientos si lograba arrojar á los cristianos de aquella fortaleza, y abría á sus próyectos este puerto de mar una fácil entrada para los recursos que aguardaba de África, y que con comodidad trasladaría á Granada, impidiendo así, quizá, que los Reyes de Castilla y de Aragón pusiesen formal cerco á la capital de su reino.

Hallábase por entonces D. Fernando en la ciudad de Córdoba, y el Conde de Tendilla, que desempeñaba el cargo de Frontero en Alcalá Real, defendiendo la importante plaza de Quesada en compañía de Hernán Pérez del Pulgar, que siempre se encontraba en los sitios de mayor peligro. En esta empresa salió nuestro héroe, como siempre, con lucimiento victorioso, y en una emboscada dejó muertos 30 moros, cogió 50 cautivos, libertó los que habían hecho á los cristianos, alcanzó un botín considerable y les quitó 36 caballos ensillados.

Por aquel entonces, el cautivo Ali Mendoza buscaba al Conde de Tendilla y á Pulgar para participarles las noticias que había tenido relativas al cerco de Salobreña. Tales datos había podido adquirirlos el cautivo por un correo de los que llevaban avisos al Monarca, y por él también supo la triste situación de los sitiados, con diez días de duro cerco y repetidos asaltos, y la imposibilidad de recibir socorros de D. Francisco Henríquez y de otros, haciendo más triste su situación la ausencia del alcaide y la absoluta escasez de víveres y los tormentos angustiosos de la sed, que ya comenzaba á dejarse sentir.

Este triste relato lo escuchó con suma atención Fernando del Pulgar, y parecía como que cada una de las dificultades que le presentaban para poder salvar á los de Salobreña excitaba más y más su valeroso espíritu guerrero, pues cuanto más difíciles fueran las empresas necesarias de aco-



meter, más le encantaba el emprenderlas, siendo en este caso para él muy simpática la idea del socorro de los sitiados, pues no sólo podría beneficiar á aquéllos en tan duro trance, sino que á la vez prestaba un señaladísimo servicio á Francisco Ramírez de Madrid, alcaide de aquella fortaleza, amigo suyo íntimo desde las guerras de Portugal.

Con tan entusiastas deseos de socorrer á Salobreña, discutió Pulgar con el Conde de Tendilla acerca de la manera de vencer los peligros todos y la obligación en que se encontraban de volver á levantar el cerco de aquella fortaleza.

No le parecía prudente al Conde semejante propósito, juzgándolo de temerario y tratando de imposibilitar su realización, fundándose para ello en que si con más gente no lo había podido conseguir el alcaide de Vélez, sería locura intentarlo siquiera con menor número de soldados.

Pero Pulgar no fué nunca de esos hombres que se dejan convencer con facilidad, antes al contrario, tales razonamientos encendieron en su ánimo el deseo de realizar aquella empresa, y mostrándose valiente y piadoso para los afligidos, fueron tantos los argumentos expuestos bajo el fundamento de que muchas empresas de importancia se perdían por no emprenderlas, que el Conde de Tendilla, conforme ante tan sublime abnegación y valor heroico, no pudo menos de acceder á lo que de él se pedía, y dando parte al Rey de la empresa intentada, dejó á Pulgar que la realizara en la forma que creía posible y hacedera (1).

Avisóse también casa de Hernán Pérez del Pulgar, que desde su primer casamiento residía en Alcalá Real, y á su te-

---

(1) Véanse los principales razonamientos que Pulgar hizo al Conde de Tendilla para convencerle: «*Muchas cosas, excénte señor, se pierden por no emprenderlas. Los casos difíciles, ó los allana la industria, ó los facilita la suerte, ó los desahuciados los guardan para los hombres animosos. Yo creo que no se pierden por tener pensamientos altos, sino por emprender sin prudencia lo que ia razón les advierte. Si lo generoso del corazón aspira á lo eminente ó difícil, si no ha de incitar á la cuerda consideración, no ha de ser tan tibia que lo estorbe ó enflaquezca, como sabe mejor V. S.<sup>a</sup> Levante, repito, ó ponga sierras, la aspereza peligros en su camino, murallas su fuerza. Todo lo he de romper, allanar y vencer, y socorrerla ó perderme, y si no lo consiguere caeré, por lo menos, de intento grande. Deme V. S.<sup>a</sup> algunos soldados, avise de todo al Rey y á Juan de Salinas mi teniente y á mi casa.*»



niente Juan de Salinas, y con unos pocos soldados partió para la empresa al terminar aquel día, sin cuidarse de los peligros á que se iba á exponer, y atravesando las ásperas montañas, los profundos valles, los difíciles barrancos y los pasos estrechos, que cual derrumbaderos de inaccesibles tránsitos constituye el camino que por aquellos sitios conduce al mar, empleó su tiempo en arengar á los soldados de la manera elocuente y persuasiva que sabía hacerlo, logrando al cabo llevar al ánimo de todos el entusiasmo más decidido, como que abrigaban la segura confirmación de que yendo con Pulgar no era siquiera problemático el vencimiento (1).

Valióle, como siempre, mucho en esta expedición su leal escudero adalid Pedro del Pulgar, que lo mismo conocía las callejuelas de Granada y Málaga que las tortuosas veredas que conducían desde el interior á la costa. Así es que por una peligrosísima, que de antiguo servía á los pescadores, llevó á los soldados, llegando con facilidad á Almuñécar, donde secretamente recogieron algunos hombres, y por caminos extraviados y burlando la vigilancia de los sitiadores dieron la vuelta al pueblo de Salobreña, llegando hasta un oculto postigo en lo más áspero del asiento de la muralla por la parte de Poniente, y siendo ya después de la medianoche, y conociéndole la guardia cristiana defensora de aquella entrada de la fortaleza, le dejó penetrar con unos setenta soldados que le acompañaban, y que á más de reanimar el espíritu guerrero de los sitiados con el refuerzo de gente que traía, obtuvieron también algunos socorros de provisiones con lo que cautelosamente pudieron llevar á la grupa los de á caballo.

Difícil sería pintar la alegría de Pulgar y de los suyos, viéndose realizados tan fácilmente sus cristianos deseos. Pero más difícil sería describir todavía el entusiasmo despertado en los defensores del castillo, que veían en el socorro de

---

(1) Tales fueron las palabras con que durante el camino arengó á sus soldados: «*Muy cerca tienen los nuestros el daño y será vano el remedio si lo aplicamos tarde en accidentes que desengañan la razón ó la vista. Ociosa está la persuasión de las palabras; y más cuando la mucha lástima y mucho honor ya nos mueve á socorrer los afligidos cercados, que uno y otro es muy conforme á nuestra profesión.*»



Pulgar un seguro anuncio del favor del cielo y una posible esperanza de resistir al ímpetu de los sitiadores. La falta de agua iba agotando ya sus fuerzas, pero nunca destruyendo su fortaleza. Afectuosas frases de cariño encontró de labios del valeroso soldado Martín de Galindo, aquel héroe que fué el segundo que asaltó la ciudad de Alhama; pero á éste y á todos los demás guerreros hizo comprender Hernán Pérez que su presencia en el castillo no tenía por objeto encender su valor ni acrecentar su fortaleza, sino que conociendo el esforzado empeño que les animaba y la manera heroica con que desde algunas días atrás resistían al enemigo, venía sólo á engrosar su número para facilitar la realización de tan señalados intentos (1).

Sus palabras hicieron favorable impresión en todos los sitiados que, ciegos y entusiasmados ante el generoso valor de Pulgar, sólo esperaban sus órdenes para ejecutarlas. Repartiéronse los soldados en sitios diferentes y con distintos instrumentos, pues que con luz escasa y en lo poco que quedaba de noche, pudieran reparar lo destruído y asegurar lo peligroso para una acometida en aquella fortaleza, prorrogando así por algún tiempo la defensa del castillo.

---

(1) Hé aquí la manera delicada, pero entusiasta, como Pulgar arengó á los defensores del castillo de Salobreña: « Yo, amigos, no he venido á encender vuestro valor ni á persuadir vuestra fortaleza, que uno y otra están muy señalados en vosotros; pero de tal manera nos debemos esforzar que, siéndonos favorable ó no la fortuna, procuremos próspero fin á nuestro buen principio. La entera constancia nos ha de salvar del peligro. Despreciemos el amor de la vida y el temor de la muerte. De ésta son el camino los días de aquélla; y ¿dónde iremos que no la temamos? Temerla, que no es posible excusar y amar lo que es preciso perder, es la última flaqueza del valor y miseria última del ánimo; y más en nosotros, siendo soldados, cuyo oficio es peligrar siempre, buscando muerte honrosa, despreciando la vida. Si los moros son numerosos, no vienen justificados; nosotros lo estamos, y nos ha de ser glorioso lo que os pudiera haber parecido formidable si el valor no fuera tan vuestro. Si entendéis que os persuado en esto, entended también que es porque os conozco, y no perdiera tiempo en hablar á cobardes, en quien ni la razón obra ni la vergüenza se detiene; hablo con vosotros que tan valerosamente habéis resistido trece días de combate, y los que no menores os ha dado la sed. No nos ha de desamparar Dios; fiémoslo así, con la intercesión de su Madre Santísima, y en nuestro Rey, que bien haya, y no olvidará su gente ni tan importante castillo, y una y otro nos sacarán al puerto en este tormento, ayudándonos de nuestra parte.»



Nuestro héroe, con la elocuencia persuasiva del ejemplo, trabajaba más que nadie en esta empresa, no sin descuidar el ir alentando á los sitiados, unas veces con alabanzas y otras con promesas, como la de dos reales diarios de plata á cada uno de los gastadores, seguro como estaba que todo cuanto prometía había de cumplirse, no sólo porque empeñaba su palabra, sino porque también abrigaba la segura confianza de que todos sus esfuerzos serían coronados por el éxito, y aquel castillo se vería al fin libre del duro cerco que le oprimía.

Sin levantar mano y en muy pocas horas repararon todos los desperfectos del castillo, quedando después admirablemente repartidos y cada uno en su puesto los soldados, causando la admiración de los moros, que viendo esta mudanza y tan atrevida y organizada defensa, después de tantos combates, les obligó á enviar un emisario, ofreciendo nuevos y más ventajosos partidos si entregaban la fortaleza.

En efecto, no bien al día siguiente comenzaba el sol á iluminar las azuladas ondas del Mediterráneo, cuando los moros hicieron salvas al nuevo día, disponiéndose para el que pensaban iba á ser el último combate de aquella campaña. Pero cuando distinguieron perfectamente la prevención y el esfuerzo de los moradores del castillo, no pudieron reprimir su admiración, y deseosos de averiguar la verdad del caso, dirigiéronse presurosos al Rey moro de Granada, que se hallaba en una de las principales casas de Salobreña, y éste, curioso como todos los suyos, mandó que inmediatamente se acercase al castillo el esforzado moro *Zeyén de la Plata*, alcaide que había sido de Vélez Málaga, con el fin de saber á qué atenerse en tal situación, y ordenándole que, si necesario fuese, celebrara una conferencia con el que hiciese cabeza entre los sitiados.

El emisario *Zeyén*, acompañado de cuatro moros, llegó bajo las almenas del castillo, y allí, con profunda sorpresa supo que á espaldas de los sitiadores, y sin que ellos hubieran podido siquiera apercibirse, había entrado Pulgar con socorros en el castillo, variando, por tanto, las condiciones



del sitio, y mejorando considerablemente la efímera situación de los sitiados.

No se desconcertó por ello Zeyén, antes al contrario, sabiendo que Pulgar, por su alta condición militar y la ausencia del alcaide, era el que mandaba las tropas defensoras del castillo, pretendió una conferencia con Hernán Pérez, que, cortés como ninguno, no rehusó ni por un momento aquella entrevista, seguro de que nada arriesgaba con ello, y que tal vez de este modo podría, sin gran derramamiento de sangre, levantar el cerco que tanto les agobiaba.

Celebróse la conferencia, teniendo el moro por testigos á los que les acompañaban, y Pulgar otros cuatro de sus más íntimos camaradas, y habláronse unas veces en árabe y otras en castellano, pues que Zeyén y Pulgar conocían perfectamente ambos idiomas.

No podemos resistir al deseo de consignar lo más esencial de aquella conferencia, pues que en ella se retrataron perfectamente los caracteres de uno y otro interlocutor, y se dejó ver, sin disfraz alguno, cuál era el espíritu de la guerra y el entusiasmo con que peleaban el uno y el otro ejército (1).

«Muchos días ha—dijo el moro—que por la fama de tus grandes proezas y singular osadía te estoy inclinado y deseaba conocerte. ¡Pero cuánto me he alegrado el conseguirlo! Siento que sea en ocasión tan peligrosa y de tanto empeño. No me admiro que tu ánimo heroico te haya traído á él, que en él se examina, pero sentiré que como expresivo te pierda. Todo lo excusarás si rindes la fuerza. Por ello mi Rey te premiará con mercedes. Tú redimirás la de los tuyos y tu vida. Yo iré glorioso de que mi aviso te la preserve del daño. Poca es la gente que tienes y mucho el número de la nuestra. La falta de bastimentos y mucho más la del agua, preciso es que aflija; la dificultad de socorrerla es co-

---

(1) Este diálogo está tomado del manuscrito sobre Pulgar á que nos venimos refiriendo, y tiene el mérito de veracidad notoria, pues su autor asegura que lo tomó de apuntes escritos de puño y letra del primer alcaide del Salar.



nocida; más segura es la paz cierta que la victoria esperada. Aquélla está en tu mano, ésta en la de la fortuna. Repara en tu fuerza, pues, como sabes, hace á veces el bien dudoso como cierto el mal. Y pues en ninguna cosa corresponden menos los sucesos con los intentos que en la guerra, aun cuando puedes sostenerlo, entrega el castillo, que es á mi parecer más seguro acuerdo.»

Difícil le fué á Hernán Pérez del Pulgar reprimir su ira y no arremeter contra el moro, que tenía valor á ofrecerle partidos tan indecorosos é indignos, y que, á la vez, se atrevía á dudar de su cristiana lealtad, de su constancia y de su caballeridad guerrera. Pero, comprendiendo lo difícil de las circunstancias y lo espinoso de la situación, tuvo á bien sólo contestar al moro amistosamente, y con severo semblante, estas significativas palabras:

«Yo no he venido aquí á entregar, sino á defender y mantener esta fortaleza, con la mía y la de mis soldados. Eso de entregarse, quédese para los moros de Vélez Málaga. ¿No fuistes vos su alcaide? Y para los mudejares de Salobreña, que violando la fe prometida á mi Rey, dieron entrada al vuestro en la villa. Si con la mía yo en este castillo diese entrada á vuestra hueste, ¿no os burlaríais de mí entregándosla? No escordura acometer á los hombres que pretenden conservar su honor, con el interés que les desluzca, y el sentimiento por él, no tiene precio que lo desquite. Ocasionar con él mi respeto, no es prueba de la voluntad que manifiesta. Proponerme con palabras sobresanadas una vileza del ánimo, muestra sí es de que el tuyo es dañado. El mío no se satisface con dádivas, porque se alimenta con vencimientos. Estos tienen glorioso valor, cuanto vil tus ofertas. El que coopera en mi agravio, ó se opone á mi pundonor, no muestra ser mi amigo, porque expresamente es contra él. Más vale morir, quedando vivo con valiente fama, que vivir, estando muerto por el interés cobarde. Afligirte por verme en el peligro, no es afecto verdadero, sino deseo de que en él no resplandezca mi valor, y no tenga efecto mi socorro. No te aqueje la poca gente; que cada cristiano de los que aquí están vale por cien moros de los que acompañan á tu Rey.



Porque vuestro número es de gente; el nuestro, de hombres. En la ocasión lo verás. La falta de bastimento no te acongoje, porque está sobrado, y cuando no, quien, á pesar de vuestro cerco, la socorrió una vez, socorrerá muchas esta fortaleza!» (1)

Tan heroica contestación no dejó convencido, en manera alguna, al emisario de Boabdil. Así es que, no creyendo en las fuerzas de que disponía Pulgar, dudando del socorro que esperaba, y creyendo dar un golpe certero contra el héroe cristiano, le dijo, para probarle: «*Dadme una poca de agua, que muero de sed.*» Ardid de que se valió el moro, sabiendo, como sabía, que ellos, con minas subterráneas, habían desagüado las cisternas del castillo y un pozo de ciento cincuenta varas de profundidad.

Pero Pulgar, lejos de intimidarse con tan astuta petición, sacando partido de su industria y haciendo uso de sus supremos recursos, mandó que por la muralla descolgasen al moro *un cántaro de agua* de la poquísima que en el castillo quedaba, y luego con tranquila calma dijo á Zeyén: «*No así ni tan buena la bebe el Rey Boabdil. Vuelve, pues, satisfecho y sin sed, y de que no por la falta de agua que presumes se rendirán los de esta fortaleza*» (2).

Desconfió algo el moro con esta sabia contestación de Pulgar. Pero no resuelto á abandonar su empresa, le dijo con insistente porfía:

«Mira que ruego lo que puedo hacer por fuerza; pero lo dejo á tu arbitrio, y espero no sueltes la ocasión, porque des-

---

(1) Martínez de la Rosa no dice una palabra de esto, en su *Bosquejo histórico de Pulgar*, como que no pudo tener á la vista los preciosos datos que hoy aprovechamos.

(2) Esta estrategia se le ocurrió á Pulgar recordando otra igual usada por los romanos, cuando estando cercados de los galos arrojaron á su campamento desde el Capitolio algunos panes para que desconfiasen, como lo hicieron, de rendirles por hambre. También Tarif, autor de la *Pérdida de España*, en el capítulo XIII, folio 60, dice: «*que Sacasen, alcaide de Mérida por el Rey don Rodrigo, echó unos costales de pan por la muralla á Muza, general del ejército moro, que imposibilitado de ganar la ciudad por asalto la cercó, ofreciéndole al cristiano bastimentos para el ejército; y luego, visto esto, levantó el cerco.*»



pués no la tendrás;» añadiéndole que pronto se verían en el combate.

Hernán Pérez del Pulgar, ya molesto y significando al emisario moro que más estimaba su honor que la vida, le respondió:

«Date prisa, porque más que alargamiento deseo yo el allegamiento de la batalla. Y te aviso que mi Rey viene con grueso ejército al socorro de esta plaza. Date prisa, para que antes de su allegamiento pruebes con el asalto el valor de los tuyos y sientas el de mis soldados. Toma en albricias de tu amenazamiento esta taza de plata, y aquí espero.»

Zeyén admitió el presente que le hacía Pulgar, y queriendo demostrar ante éste lo extraordinario de sus fuerzas, partió con sus manos la taza de plata en cinco pedazos, reservándose el mayor para sí, y dando los cuatro restantes á los moros que le acompañaban; despidiéndose del capitán cristiano y citándose para el próximo combate (1).

Nótese que Pulgar tenía grande empeño en acelerar y realizar el combate decisivo antes de la llegada del Rey y refuerzos del ejército, lo cual prueba su grande habilidad y esforzado valer, pues que la dilación era ya imposible, dado el estado de la guarnición del castillo; y por otra parte, si llegaba el Rey con socorros, y por este suceso se ganaba la batalla, quitábanle á él la gloria del seguro vencimiento, y faltaba al cumplimiento de la palabra que diera al Conde de Tendilla, de venir él solo y con pocos hombres á levantar el cerco de Salobreña.

Los deseos de Pulgar viéronse bien pronto cumplidos de una manera satisfactoria. Conociendo Boabdil la contestación decidida y entusiasta que á su emisario había dado el capitán cristiano, y seguro, por lo que había oído decir, que éste no faltaba nunca á la verdad y á su palabra, y comprendiendo que si el Rey Católico venía con ejército al socorro del castillo, sería de todo punto imposible dominarlo, deci-

---

(1) La leyenda que corre entre el vulgo, de que Pulgar le envió como recuerdo una cesta de cerezas al Rey moro, está desprovista de todo fundamento serio.



dióse, desde luego, por atacar de una vez la fortaleza, y con la avalancha de soldados que tenía á sus órdenes, ver de destruir, más que el número de los defensores del castillo, que seguía creyéndolo escaso, el animoso empeño y el entusiasta religioso valor con que le defendían.

Apercibido Pulgar de los trabajos preparatorios de los moros, viendo que la batalla era inminente, no quiso retardar un solo instante los últimos y necesarios preparativos de la defensa, y llamando al teniente de alcaide y propietario del castillo, á quien D. Francisco Ramírez de Madrid dejara confiada en su obligada ausencia la guarda y celosa defensa del mismo, le encargó la puerta del rastrillo, que era la entrada más necesaria de defender (1).

Determinó á cada uno el trabajo que se le confiaba y el puesto que se le señalaba, y á todos les arengó con su persuasiva palabra, haciéndoles ver en lontananza el merecido premio que conseguirían con la defensa del castillo, y recordándoles que, á más del poder que tenían con el invencible valor de sus pechos generosos, les ayudarían también, sin duda alguna, en contra de los enemigos de la Religión, la protección de Dios y la de su Madre Santísima (2).

Con varonil laconismo y heroica sumisión guerrera con-

(1) No es extraño que habiendo alcaide interino en el castillo, tomase e mando Pulgar, pues por su nombre en el ejército y su antigüedad como alcaide propietario del Salar le correspondía de derecho.

(2) Véanse algunos de los razonamientos que Pulgar dirigió á sus soldados, defensores del castillo, alentándoles para el combate: «*Si yo, señores, vine á este socorro, fué porque tuve por más valerosa la de nuestros corazones que fuerte esta muralla. Ésta, no aquélla, es la que acometen nuestros enemigos. Mas, si ellos probaren su poder, cierto sé que sufrirán vuestro honrado deber, pues no os exceden en fuerzas, sino en número. Éste no puede pelear, ni asaltar todo junto, sino á partes diferentes; y unos vencidos y muertos otros, estorbarán y darán espalda á los que pretendieren seguirlos. Antepongamos la libertad á la vida, y huiremos de servidumbre, que por no padecerla debemos menospreciar la muerte. Los hombres no sujetos al vicio, no lo deben ser al miedo del trabajo. Imitemos á los que con fatiga han conseguido fama y nobleza en los actos de virtud y valentía, que la hidalguía propia no se engendra en el vientre. Estemos constantes. Acordémonos de lo que le debemos á nuestra Religión y á nuestro Rey. Resistamos un breve rato la sed. Apreciemos la victoria, y la conseguiremos con intervención de Dios y de su madre Santísima.*»



testó á Pulgar en nombre de todos el teniente encargado de la guarda de aquella fortaleza, y en sus palabras dejó entrever la segura confianza que les animaba de vencer á los moros, teniéndole por jefe, ya que su nombre llenaba el mundo con su fama, y sus hazañosas proezas eran el terror del enemigo (1).

Entretanto los moros, convencidos de su situación y temerosos del seguro socorro que iban á recibir los cristianos, decidieron, sin pérdida de momento, dar el asalto decisivo al castillo de Salobreña. Difícil sería pintar el estruendo que armaron los infieles con sus instrumentos militares y sus alaridos de guerra, que resonaban con estridente son en los huecos de las peñas y en las concavidades de las montañas.

El asalto fué terrible. No se respetó un solo punto vulnerable de la fortaleza. Pero en tan duro trance Pulgar se multiplicaba, encontrándose en todas partes, para animar á los unos con su ejemplo, para dirigir á los otros con las inconcebibles maravillas que realizaba.

El entusiasmo guerrero se despertó en todos. Cada soldado cristiano era un héroe, logrando sostener el pesado combate por algunas horas, con tan escaso número de soldados para hacer frente al robusto ejército sitiador.

Los moros por su parte se enardecieron también con encarnizado empeño al ver la heroica resistencia de los sitiados. La esperanza y la porfía no tenían límite en los unos ni en los otros; los alrededores del castillo veíanse cubiertos de muertos y heridos moros; pero la fortaleza permanecía intacta, y no había en ella punto alguno por donde pudieran asaltarla.

Más de un moro pretendió escalar aquellas torres inexpugnables, y todos cayeron precipitados de su altura. Si alguien

---

(1) Tales fueron las palabras con que el teniente contestó á la arenga de Pulgar: «*Habiendo vos, señor alcaide, venido á esta fortaleza, nada tememos la de los moros, porque vuestra virtud presente ha de hacer vana su multitud; y pues vuestras loables costumbres y heroicas hazañas dan claridad al mundo, y toda buena boca las habla, esperamos ver ahora las maravillas de Dios, en la soberbia de los enemigos. Disponed, que á vuestra orden estamos.*»



logró trepar á las almenas, descendió hecho pedazos; y el que atrevido logró llegar hasta el adarve, ó se asomó á alguna ventana del castillo, retrocedió asombrado de la suerte que recibía, pues que dentro de él sólo observaba una invencible muralla de pechos generosos, que escudados con su valor y con los muros de la fortaleza se hacía imposible el vencerlos.

Intentaron los sitiadores forzar la puerta del castillo, pero en vano. Los que á ella se acercaron sólo recibieron como respuesta una lluvia de saetas, piedras, lumbreras y espingardas. Únicamente se escuchaba en aquel confuso tropel el estridente sonido de las cuchilladas de los cristianos y el terrible alarido de dolor de los moros al caer muertos ó heridos.

Era distinto el aspecto que presentaba el uno y el otro bando. Mientras que los moros cayendo heridos en montón morían rabiosos y desesperados, los cristianos, en cambio, matando y debelando con denuedo quedaban muy enteros, y parecía como que de momento en momento su valor y sus personalidades se multiplicaban, y su esfuerzo se aumentaba tanto que de sitiados se hubieren convertido en acometedores, á no impedírselo las naturales murallas del castillo.

En tan duro trance, el Rey Boabdil, que veía medroso el desbarate de su ejército y que sus pertrechos bélicos estaban desmantelados, desbaratados y llenos de cuerpos muertos, viendo también que á continuar con el asalto iba á perder todo su ejército, pues que sus soldados trabajaban ya sin fe, como agobiados por el duro trabajo de quince días de continuo cerco, y teniendo, por último, noticias fidedignas de que el Rey católico venía muy cerca con un grueso ejército en socorro de los suyos, resolvió prudente alzar el cerco, y de cautelosa manera dar la vuelta á aquella fortaleza, donde dejaba sepultada su honra y el honor y la dignidad, si aún la conservaba, de la monarquía Nazarita.

Tan cobardemente huyó Boabdil de aquellos sitios, que pregonaban su falta de poder y la absoluta carencia del valor de sus soldados, que echando por desusados caminos y por veredas impracticables, guiado sólo por el miedo que le



agobiaba, dió lugar á que hasta sus mismos vasallos le tuvieran en menos y recelaran de su desprestigio personal como Rey y como guerrero.

Entretanto, Pulgar, no contentándose con haber salvado la fortaleza de Salobreña del duro cerco de los moros, viendo á éstos huir cobardemente, abrió entonces la puerta del castillo y salió en su seguimiento, con tanta fortuna, que, pisándoles la retaguardia, logró enteramente la victoria, obligando á los infieles á acelerar más su fuga y á que dejaran en sus manos todo el bagaje y bastimentos, que generosamente repartió Pulgar entre sus soldados, como justamente debido á los que lo habían ganado con su soberano esfuerzo.

Avisóse en seguida tan próspero suceso al Rey Católico, que venía ya muy cerca, por camino distinto del emprendido por los moros en su retirada (1).

Llegó á poco el Monarca á la fortaleza, acompañado de los Condes de Tendilla, de Cifuentes y otros caballeros, y su primer cuidado fué dar gracias á Dios por tan señalada victoria, honrando después mucho á Pulgar por el socorro y defensa de aquel castillo importantísimo, no sin escasear sus alabanzas al teniente y á los soldados que tan heroicamente habían secundado las acertadas órdenes del alcaide del Salar.

La hazaña realizada por Hernán Pérez del Pulgar en Salobreña tiene su legítima y más justificada comprobación en la facultad del Emperador Carlos V, donde de una manera clarísima se testifica haber sido él quien con 70 hombres defendió el castillo y logró se alzase el cerco, no dejándose de mencionar en dicha facultad real la escena que hemos referido del agua dada al emisario moro y del regalo de la taza de plata (2).

---

(1) Dice Jerónimo de Zurita que el ejército que traía el Rey Católico en socorro de Salobreña se componía de 7.000 caballos y 20.000 infantes. Nos parece esajerado el número, pues tampoco era preciso para levantar el cerco del castillo, mucho más cuando no era ese el número, ni con mucho, de los sitiadores.

(2) Dice así la facultad real en lo concerniente á este punto: "*Oirosi.—Teniendo el Rey de Granada cercada la villa é fortaleza de Salobreña, vos con 70*



Otra prueba incontrastable de la defensa de este castillo por Hernán Pérez del Pulgar se encuentra en el capítulo 131 de la Crónica de los Reyes Católicos, de Hernando del Pulgar, que, como es sabido, regateaba mucho el ensalzar los hechos heroicos de algunos guerreros de aquel ejército, y que en más de una ocasión ocultó maliciosa ó descuidadamente alguna de las hazañas realizadas por el alcaide del Salar; pero aquí lo determina con claridad notoria cuando dice que quien metió los 70 hombres en el castillo de Salobreña fué el *alcaide Pulgar*, y teniendo cuidado más tarde de añadir que este alcaide Pulgar era *del Salar*, de quien había hablado anteriormente, refiriendo también que el mismo alcaide cuenta este suceso con alguna más extensión en el *Sumario de los hechos del Gran Capitán*, aunque con la modestia de ocultar un nombre (1).

Y por si algo faltase en comprobación de que esta hazaña de Salobreña la realizó Pulgar, basta sólo leer en el libro primero, capítulo I de la referida historia que de los hechos del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba escribió el mismo, y donde, si bien modestamente, refiere el cerco y la defensa de Salobreña, ocultando su nombre, una nota mar-

---

*hombres entrastes la á socorrer. La cual entrada fué causa de que el Rey de Granada no la ganase, é teniendo el Rey certeza que no había agua dentro, que era la causa por donde la esperaban tomar. A los que os fueron á arrojar con partido os diese después agua no teniades, é vos les disteis un cántaro della, queñándoos bien poca, y amenazándoos con combate, le distes, porque os lo diesen, una taza de plata. E dado el dicho combate, murieron muchos moros é pocos cristianos, é visto el Rey como teniades agua é perdian mucha gente en el combate, alzó el cerco, y así alzado, vos salisteis con algunos, é disteis en los moros que en cabo de su real quedaban.»*

(1) Véase lo que al fin de la descripción del cerco de Salobreña dice Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos, refiriéndose á Hernán Pérez del Pulgar, alcaide del Salar, y á su intervención en este hecho de guerra: «Y aquí en esta fortaleza, metió por un postigo el alcaide Pulgar en ella 70 hombres. E habiendo falta de agua, por mengua de la cual los moros la esperaban tomar; porque perdieran aquella esperanza, los hizo dende el adarve colgar un cantaro della, y en albricias del combate con que los amenazaba, les dió una taza de plata, que fué causa de que como los cercados se esforzaron, los cercadores se alzaron.»



ginal puesta en el original de este libro al fin del referido capítulo, y de otra letra que se cree que por tradición ser del hijo de Pulgar, explica que el que entró y salvó aquella fortaleza fué el alcaide del Salar, lo cual concuerda exactamente con lo que se refiere en la facultad real que hemos indicado, y lo que respecto á la misma menciona el cronista de los Reyes Católicos (1).

Pero siendo la descripción que del cerco de Salobreña hace el mismo Pulgar un acabado modelo del hermoso y sobrio estilo ático que caracteriza todos sus escritos, no podemos resistir al deseo de insertar á continuación la descripción antes mencionada, siquiera porque ella pinta, con una modestia y naturalidad suma, mejor que nadie, la hañaosa proeza de Pulgar en el cerco de Salobreña.

Dice así la referida descripción:

«Y en aquel tiempo el Conde de Tendilla, que capitán general en la frontera era, supo lo que ocurría y marchó á Granada; y de lenguas que tomó en la Vega supo cómo el moro estaba sobre Salobreña, con la gente de Granada y de las Alpujarras. E la villa entrada estaba sobre la fortaleza, y aquello le certificaron en el escaramuza. E al Conde *uno* que con él estaba en la frontera le dijo: se sabe que estos moros han dicho que la causa que al Rey llevó á Salobreña fué por la certenidad que tiene de la poca agua y menos gente que está en ella. Yo iré, y con el ayuda de Dios en la fortaleza entraré: que con luego, señor, ocurrir, se remediará lo que después del daño venido no aprovechará. *Este* con 70 hombres, de los escuderos, y los más espingarderos, ballesteros, por el postigo de la fortaleza de Salobreña entró *aquél*, donde los moros la fortaleza combatían, y donde no menos daño recibían que los cercados afán. Los de dentro soltaron un peón á declarar su necesidad de agua á D. Iñigo,

---

(2) Al margen del capítulo I del libro I de la historia del Gran Capitán, escrita por el mismo Hernán Pérez del Pulgar, y al describir el cerco de Salobreña, hay la siguiente nota: «*El que entró en esta fortaleza de Salobreña, que el Rey de Granada tenía cercada, fué el alcaide Pulgar, señor del Salar, que estas cosas del Gran Capitán escribió, y los 70 hombres que en Salobreña entró, y el agua y taza que á los moros dió.*»



que con él vinieron las ciudades de Málaga, Antequera, Loja, Alhama y Vélez, y otros muchos caballeros y gentes que trujo por la mar al socorro, el cual con asaz daño que cada hora de la tierra les daban, estaba en el peño junto á el que es allí poco dentro en el mar; de él á la fortaleza no se puede mandar, habiendo en el arenal como estaba gran cantidad de moros que lo estorbaban. Y en el tormento deste peón, que al dicho capitán D. Iñigo Manrique enviaban, supieron la poca agua y no vino que tenían, y cómo aquella por cuartillos se repartía. Testimonio de lo creer fué los caballos muertos de sed que del adarve abajo echaban; y con esto ovo causa tener esperanza haber presto la fortaleza. Los del cerco á menudo decían á los cercados con amenazas fieras breve serían entrados. Y que pues no tenían agua, se diesen y no esperasen tiempo á ser tomados por fuerza lo que á la hora serían recibidos de grado con partidos provechosos, que el Rey mansedumbre ventajoso les haría. *Aquel* que los 70 hombres metió, un cántaro de agua (de que bien poco quedaba) les dió; y en albricias del combate con que le amenazaban fuese en la covacha, que era su estancia, les arrojó y dió una taza de plata; y el alcaide Begir, alférez del pendón real del Rey, le ratificaba las amenazas con que furor mezcladas con mucha buena razón, poniéndole delante la toma del Padul y Alhauén y el cautiverio y muertes de aquellos que en ellas se tomaron. O señor Alcaide (dijo *aquél*), sabed que vuestras amenazas nos dan temor á la codicia que los desta fortaleza tienen de ser combatidos, porque si á vosotros conviene salir con vuestra empresa, estos caballeros y gentes han de sostener su defensa: por ende certificaz á S. A., de cuya parte, señor, venís, que antes moriremos defendiendo, que salvarnos rindiendo. Pues más nos tenéis cercados que combatidos, haciéndonos ruido y no fuerza: ca su Señoría verá cómo esta casa se le defenderá; y vuestras razones más osadía que temor nos añaden. E vuelta la habla á los cercados, lo que de la razón destes moros se toma (dijo *aquél*) es: que como hombres flojos en osadía mueven tratos, y cauteloso en engaños ofrecen cosas para dañar nuestras almas y mancillar nuestras honras, y no debemos



desahuciar nuestras ayudas y no seremos de todas partes heridos con injuria: pues están en este cerco más por tentar nuestros ánimos, que áminos tengan por sufrir vuestras fuerzas; las cuales bien como á los temerosos en el afrenta mengua, así los fuertes en el peligro acrecienta; y no nos deben poner espanto las palabras soberbiasas con que amenazan; que el temor que os tienen empedirá su hecho. Así que, señores, á nosotros conviene trabajemos con perserverancia en defendernos; ca más son las cosas destos dar espanto que hacer daño; y aparejad los ánimos y manos, que al presente nos son necesarios para salvar las vidas y guardar las honras, y gozaos que á la puerta tenéis el socorro con ia persona real, y usad de vuestra loable fortaleza con sufrimiento de sed, cuanto podréis, y podréis cuanto querréis. Ca cuanto mayor es el peligro que el bueno defiende, tanto mayor gloria y fama se le debe. Fenecida la razón de *aquél*, todos fueron tan animados que á la hora deseaban combate, teniendo por cierto cosa alguna les podía ofender ni ser aquejados en él. E con esta esperanza gastaban tiempo en reparar sus adarves y contraminar las minas que por debajo de aquéllos les dañaban. Luego á la fortaleza recio combate dieron, donde en el mataron á Mahomad Lentin, alcaide que fué de Cambil. La muerte del cual con muchos que allí mataron los entristeció; y pegado á esto creer el Rey tener agua, y más nueva que le llegó los Condes de Tendilla y de Cifuentes, y Rodrigo de Ulloa, contador mayor de Castilla, con la frontera y Sevilla y Jerez en Almuñécar estaban, y el Rey que le despertaban la toma de Alhauén, recio vino á socorrer á Salobreña, y llegó á la Vega, y de camino al Val de Lecrín para tomar el paso de la entrada á Granada. El Rey della alzó el cerco, y por las faldas ds la Sierra Nevada entró en ella; y al tiempo de levantar el real, el dicho don Iñigo de Manrique con apresuramiento salió en tierra, y fecho fuerte en ella, así con tiros como con otros amparos, soltó gente ligera, que mató y cautivó muchos de aquellos moros, que no se recogieron con el avanguardia dellos (1).

---

(1) La sola diferencia del nombre del que como emisario de Boabdil



Nada añadiremos sobre el particular, pues habiendo hablado Hernán Pérez del Pulgar, deben enmudecer todas las lenguas, y nadie poner siquiera en duda lo que descrito por él, aunque callando su nombre, tuvo la confirmación real, la del cronista de los católicos Monarcas, la sanción de la historia y el respeto y la consideración de la generaciones posteriores.

FRANCISCO VILLA-REAL.

*(Se continuará.)*

---

llegó á hablar á los del castillo, tal como lo hemos indicado, y como se refiere en el sumario de las hazañas del Gran Capitán escrito por Pulgar, nada afecta á la verdad histórica; pues que bien pudo el moro llamarse Zeyén, ó Bexir, ó las dos cosas á la vez, dada la manera de formación de los nombres árabes.







## CRÓNICA POLÍTICA

---

El descanso dominical y las cuestiones económicas.

Descanso dominical y cuestiones bancarias son los temas á cuyo estudio se dedican hoy algunos individuos de las oposiciones, deseosas de patentizar su patriótica intención y de exhibir su inagotable elocuencia.

Al concepto del Estado católico expuesto por el Sr. Martínez del Campo, y juzgado erróneo por el Ministro, opuso el último la siguiente rectificación:

«El art. 11 de la Constitución establece en su parte accesoria, en su segunda parte, una doctrina limitada y restringida, negativa para todos los cultos que no sean el de la religión verdadera. Negativa he dicho, y voy á explicar al Sr. Martínez del Campo esta palabra de que me he servido expresamente para combatir su doctrina. Negativa, en el sentido de que la única obligación en que esa tolerancia cifra, y con que se expresa, es la de no molestar á nadie por sus creencias religiosas; mientras que las obligaciones impuestas al Estado con relación á la Iglesia, á la religión verdadera, no son negativas, como dijo S. S ; son positivas, son eficaces. (*Muy bien, muy bien en la mayoría*); son obligaciones que calificó el Sr. Obispo de Zamora, empleando aquí la palabra propia, la palabra que usan los canonistas, la palabra *protección*; que no es tampoco, como dijo al desarrollar esta teoría el digno Sr. Sena-



dor á quien contesto, no es ni puede ser nunca depresiva para la Iglesia. No; esa protección..... (*El Sr. Martínez del Campo pronuncia palabras que no se perciben.*) Lo dijo S. S.; S. S. manifestó que la Iglesia debería agradecerla y devolverla; esto es lo que expresó S. S. (*El Sr. Martínez del Campo: Pero á otro propósito completa y totalmente distinto.*) S. S. lo dijo, y puede verse en su discurso, exponiendo su concepto del Estado católico.

El asunto tiene, en mi sentir, bastante importancia para que yo le dé esta preferencia y lo trate con algún calor. ¿Y quién duda, Sres. Senadores, que entre esas obligaciones positivas impuestas al Estado figuran en nuestro derecho, y quizás en la raíz y en la base de nuestro derecho, algunas que consisten en prestar el apoyo, la fuerza coercitiva y la sanción jurídica á preceptos religiosos, á actos religiosos, al ejercicio de las facultades de la Iglesia? Yo voy á demostrárselo á S. S. con una institución, con una parte del derecho civil tan importante como el matrimonio. ¿No es acaso el matrimonio la base de nuestro derecho civil, á lo menos de una gran parte de este derecho en el tratado de las personas? ¿No es el matrimonio la raíz y formación de la familia? Pues ¿qué hace el Estado en materia de matrimonio, qué hace sino prestar la sanción de sus leyes y las sentencias de los tribunales á las leyes eclesiásticas y á las sentencias de los tribunales eclesiásticos? ¿Quién preside, ante quién se celebra el matrimonio canónico sino ante la Iglesia?»

No con menos vigor refutó el Sr. Villaverde la especie vulgar de que la ley que se discute será ineficaz y quedará sin cumplimiento, recordando que son más fáciles de cumplir las leyes que arrancan de las costumbres y de la necesidad; con tanto mayor motivo, cuanto que no es cierto que en España el descanso dominical esté en desuso, y que prevalece una corriente general en Europa acerca de su observancia. Á lo que añadiremos, por nuestra parte, que lo reclaman los obreros mismos, y que compone una parte de su programa de reformas en muchas naciones.

Si los debates sobre el descanso dominical han de ofrecer en lo sucesivo interés, y, sobre todo, si han de concluir en la



presente legislatura, convendrá mucho que la casuística y el escotismo ó sutileza abunden menos que en las sesiones últimas; porque la doctrina sirve para unir ó para concordar, pero las interpretaciones y el extremado análisis no conducen á nada que sea de provecho.

\*  
\* \*

Terminó por fin la discusión del art. 3.º del proyecto relativo al Banco de España que prorroga por diez y siete años su privilegio exclusivo para la emisión de billetes. Por 154 votos contra 80 fué aprobado. Han triunfado, pues, no sólo el Gobierno, sino la razón, la justicia y el país, que es el que en definitiva recibirá sus beneficios, aunque otra cosa quieran hacer creer, acudiendo para ello á todos los medios, por violentos que sean, los adversarios de la política de orden y del crédito.

Pero hizo en la sesión de ayer el Sr. Ministro de Hacienda esclarecimientos y declaraciones que conviene recoger del extracto oficial para que se conozcan con exactitud. Decía el Sr. Cos-Gayón, contestando á lo que dijo el jefe del partido fusionista sobre la opinión:

«Antes de contestar á las observaciones que el Sr. Sagasta ha dirigido al Gobierno, en las cuales, en efecto, ha formulado en términos bien precisos las cuestiones que aquí estamos discutiendo, permítaseme decir algo respecto á ese argumento de la opinión pública, delante del cual se nos está exigiendo un día y otro día que doblemos la cabeza. ¿Qué es la opinión pública? Todo el mundo entiende que él la representaba, y todo el mundo la invoca siempre que le conviene. Pero no basta decir: conmigo está la opinión pública, para que el adversario se dé por vencido. ¿Qué argumentos de autoridad son esos que en estos últimos instantes de tan largo debate queréis traer? Yo, sin desconocer el respeto que á todos se debe, sin negar la autoridad de nada ni de nadie, guardando á todas las entidades individuales y colectivas todas las consideraciones que vosotros queráis que yo guarde, sin embargo, creo que ha de serme lícito decir que, después de haber tenido la honra



de sostener este debate, discutiendo con el Sr. Pí 'y Margall, con el Sr. Carvajal, con el Sr. López Puigcerver, con el señor Eguilior, con el Sr. Pedregal, con el Sr. Azcárate, con el señor Moret y con el Sr. Sagasta, no me puedo creer obligado á inclinar la cabeza delante de argumentos de autoridad que se funden en manifestaciones hechas fuera de aquí.

Abandonemos, pues, esta pretensión de que cada uno que hable se arrogue la representación de la opinión pública; abandonemos estos argumentos de autoridad, que en todo caso serían impropios del Parlamento, pero que, en un debate que ha llevado el curso que ha llevado éste, son completamente improcedentes. No entiendo los rumores. Declaro que para mí no hay mayor suma de autoridad en el país que la que representa el Sr. Sagasta en este momento impugnando este proyecto, y que, por consiguiente, me parece sumamente extraño que el Sr. Sagasta venga aquí á fundar sus argumentos en autoridad de gentes que, valgan lo que valgan, valen menos que S. S. ¿Qué significa que en sociedades abiertas á todos, adonde puede acudir todo el que quiere, lo mismo ahora que cuando se han resistido á vuestros proyectos, lo mismo ahora que en 1881, en 1884, en 1886 y en 1889, las votaciones hostiles á todo Gobierno sean siempre unánimes?»

Acerca de la forma de presentar el proyecto, decía el señor Cos-Gayón:

«El Sr. Sagasta ha tratado, en mi entender, dándole excesiva importancia lo de la intervención en este asunto de la Junta general de accionistas. No es la primera vez que por medio de una ley se autoriza un contrato con el Banco; no es la primera vez que se tratan esas cuestiones y que se tratan con este calor. Cuando una ley, además de ser una ley, tiene que ser un contrato, de lo cual abundan los ejemplos, porque toda ley de concesión de un ferrocarril está en el mismo caso, podrían suscitarse estas mismas cuestiones.

Hay que optar entre uno de dos sistemas: el uno es el que se ha seguido en multitud de leyes, todas las traídas por el partido conservador, y de las cuales voy á citar un ejemplo. La ley de 3 de Junio de 1876 decía así: «Para tales y tales objetos, entre ellos el reembolso de la deuda flotante, el Mi-



nistro de Hacienda *concertará con el Banco* un convenio con las siguientes condiciones.»

De esta forma preceptiva, sin previo acuerdo con el Banco, sin que ningún Sr. Diputado le preguntara siquiera al Ministro de Hacienda si tenía el acuerdo del Consejo de administración, se hizo la ley. El Gobierno *concertará* con las siguientes condiciones; el Banco de España *hará* tales cosas. Y lo mismo la ley de 11 de Julio de 1877: el Banco de España *se encargará* del pago de los intereses de los bonos del Tesoro. Y de igual modo la ley de 1879 para la tercera emisión.

Hay otro sistema que á mí parece peor. La ley de 11 de Mayo de 1888 sobre el servicio de Tesorerías dice así: «Se autoriza al Ministerio de Hacienda *para ratificar*, con sujeción á las bases adjuntas, *el convenio* provisional *celebrado* con el Banco de España». Es decir, que venía el convenio en la forma en que vienen los tratados internacionales, en la forma que traen los dictámenes de Comisión mixta sobre proyectos votados en distintos términos por el Senado y por el Congreso, sin que haya posibilidad de hacer otra cosa que admitirlos ó desecharlos sin alteración ni enmienda.

¿Y á qué quedaría reducido el prestigio del Parlamento y el de la ley? Pues exactamente á lo que hubiera quedado reducido si no hubiera habido postor en la subasta para el arrendamiento del monopolio del tabaco. Entonces, como ahora, se hizo una ley que tenía que ser sometida á una pública subasta á la que se suponía que habían de ir licitadores, y, si no los hubiera habido, aquel proyecto de ley, que formaba incuestionablemente una parte principal del proyecto financiero del Gobierno liberal en aquel año, hubiera venido abajo; y nadie puede sostener de buena fe que era mayor la seguridad de que hubiera licitadores en aquella subasta que la que puede haber hoy de la aprobación de este proyecto por los accionistas del Banco de España.

Conste, pues, que nosotros no hemos hecho nada nuevo é inaudito en este particular, como en ningún otro, sino que nos hemos conformado con las costumbres establecidas, así nuestras como vuestras; y conste que lo que hemos hecho es más razonable y más acomodado al prestigio del Parlamento que



el haber venido aquí con un pacto completamente convenido, sobre el cual no hubiereis tenido posibilidad de hacer otra cosa que admitirlo sin enmienda ó desecharlo por completo.»

Sobre la mejora hecha en la composición de la cartera del Banco decía el Sr. Ministro de Hacienda:

«*Por primera vez*, en virtud de esta ley, los créditos contra el Estado no figurarán en los balances del Banco como cartera realizable á noventa días. Todo crédito contra el Estado hasta ahora ha estado representado por letras á noventa días; hoy mismo lo está el anticipo de la Compañía Arrendataria de Tabacos, á pesar de ser una deuda amortizable, que tiene señalados por las leyes los períodos de su amortización, que son bien distintos por cierto de los noventa días. Nosotros, pues, traemos esta reforma importante, este primer paso dado para disminuir la proporción entre la cartera del Banco de valores del Estado y el resto de la cartera.»

En lo que respecta al aumento de billetes, expuso lo siguiente el Sr. Cos-Gayón:

«El Sr. Moret decía: «Es que vamos á imposibilitar la vida del Banco.» ¿Por qué? Porque obligándole á aumentar la garantía de sus reservas metálicas, haciéndole dar los 150 millones de anticipo gratuito, y haciéndole tomar la mayor parte del empréstito, la circulación de billetes va á subir inmediatamente á 1.200 ó á 1.300 millones de pesetas. No son exactos estos datos, y en la parte relativa al empréstito lo que se os propone por el Gobierno es todo lo contrario, pues en vez de preparar aumentos de créditos del Banco contra el Estado, se suprimirá una parte considerable de los que tiene; pero en el fondo de la observación del Sr. Moret hay, en efecto, un argumento poderoso que me conviene esclarecer.

El Sr. Moret, con esta argumentación, os hace notar que al aumentar la garantía de las reservas metálicas es posible que obliguemos al Banco á que aumente la circulación de sus billetes, y, por consiguiente, á que crezcan los males que esta circulación podría traer; es decir, que al mismo tiempo que para la circulación de los billetes no podemos tratar de otra cosa seriamente sino de que esos billetes están para un momento



determinado bastante garantidos, ve inconvenientes el señor Moret en que aumentamos la garantía, lo cual prueba cuánto respeto hay que tener en estas cosas al hecho establecido; pues de la misma manera que las laudables tentativas hechas por el partido liberal en los dos años anteriores para disminuir la cartera de créditos contra el Estado no han producido otro resultado sino que el Tesoro paga el 5 por el dinero que pudiera tener, sin esa reforma, al 4, de la misma manera este sencillo aumento en la reserva metálica, para que esté mejor garantida la circulación de los billetes, puede, en efecto, producir el resultado de que esa circulación, contra cuyo aumento tanto clamáis, tenga necesariamente que acrecentarse. Esto debe servir de lección á todos para que no se nos pida temerariamente que pongamos la mano en el estado de cosas existente, porque hay que ir en todo eso con mucho cuidado y mucho pulso.»

Para demostrar la ventaja del anticipo sin interés sobre el empréstito, consignaba el Sr. Cos-Gayón estas palabras del Sr. Moret:

«Por el sistema del empréstito, la deuda consolidada al 4 por 100, habremos pagado al cabo de treinta años 240 millones y aún deberemos el capital. No tengo nada que decir á esto; leo lo que ha dicho el Sr. Moret. Con su cuenta estoy conforme. Con el empréstito en deuda perpetua, en vez del anticipo gratuito, daríamos en treinta años, como minimum, 240 millones de pesetas en vez de no dar cosa alguna, y el capital lo deberemos lo mismo de una manera que de otra.»

En el examen de la comparación entre lo que se otorgó al Banco por el Sr. Sagasta y lo que se concede ahora, decía el Sr. Ministro de Hacienda:

«¿Qué fué lo que se exigió al Banco de España en 1874 á cambio de estas seis grandísimas concesiones, de las cuales nosotros respetamos dos, porque no hay más remedio que respetarlas, suprimimos otras dos y disminuimos las dos restantes? ¿Qué fué lo que se exigió al Banco? Pues oidlo, señores Diputados: 125 millones que se comprometió entonces el Banco de España á dar al Tesoro, con interés, con comisión, con garantías, con el derecho de exigir su reintegro en cual-



quier instante, con la facultad estipulada de poder cobrarse por medio de la venta, en España ó en el extranjero, de los títulos de la deuda del Estado que se ponían en su mano con ese objeto.

Si es posible decir que cuando hoy el Banco entrega 150 millones de pesetas en efectivo no entrega nada, ¿qué fué lo que entregó en 1874? La comparación, puesto que la queréis, está reducida á estos sencillísimos términos: jamás se ha hecho un contrato más desastroso que el de 1874; nunca se ha hecho para el Tesoro un contrato más beneficioso que el que las Cortes van á votar. (*El Sr. Calbetón*: ¡Qué Banco más patriota! ¡Como el de Francia!) La comparación con el Banco de Francia hace cuatro semanas que la estoy yo aguardando, y todavía no la ha hecho nadie.»

Sobre el respeto ó reforma de la ley, que es el punto capital, consignó el Sr. Ministro de Hacienda lo siguiente:

De la rectificación del Sr. Ministro de Hacienda son dignos de reproducirse los siguientes párrafos:

«Yo jamás he excitado á nadie á que haga una cuenta, aquí en el Parlamento, sobre el mayor ó el menor tiempo que hace que no ha oído un aplauso. Respecto de eso, yo no estoy enteramente descontento; digo más: no podría sin grande injusticia estar descontento en este instante, porque, más que para manifestar enojo, tengo motivos muy repetidos para manifestar mi agradecimiento á las constantes demostraciones de consideración personal que me han manifestado todos los oradores de las minorías. En cuanto á otra clase de aplausos, permítaseme que tenga el orgullo de que no los haya buscado nunca.

Vengo siguiendo con mucha atención hace mucho tiempo todo lo que dice el Sr. Sagasta, y sé que se tiene aprendidos dos discursos; los cuales dice, uno desde este banco, y otro desde los bancos de la oposición: desde el año 1884 hasta 1890 hemos oído constantemente decir al Sr. Sagasta desde el banco azul que la verdadera, la legítima, la incuestionable representación de la opinión pública es la mayoría de las Cortes.

Por lo demás, ya pueden estar tranquilos los futuros Consejos y accionistas del Banco de España: no se tocará al contra-



to sino después que el Gobierno haya reunido á la Junta general de accionistas, y el Gobierno no traerá ningún proyecto á las Cortes sobre el Banco sino después de tener explícito el consentimiento de la Junta general de accionistas.»

Rectificó el Sr. Sagasta, y esto obligó al Sr. Cos-Gayón á decir lo que sigue:

«En primer lugar, si no hemos de entender por opinión pública sino lo que quieren las minorías en los momentos de cambio de situación, no estamos en esos momentos, y, por consiguiente, SS. SS. serán opinión cuando vengan al poder, pero ahora no.

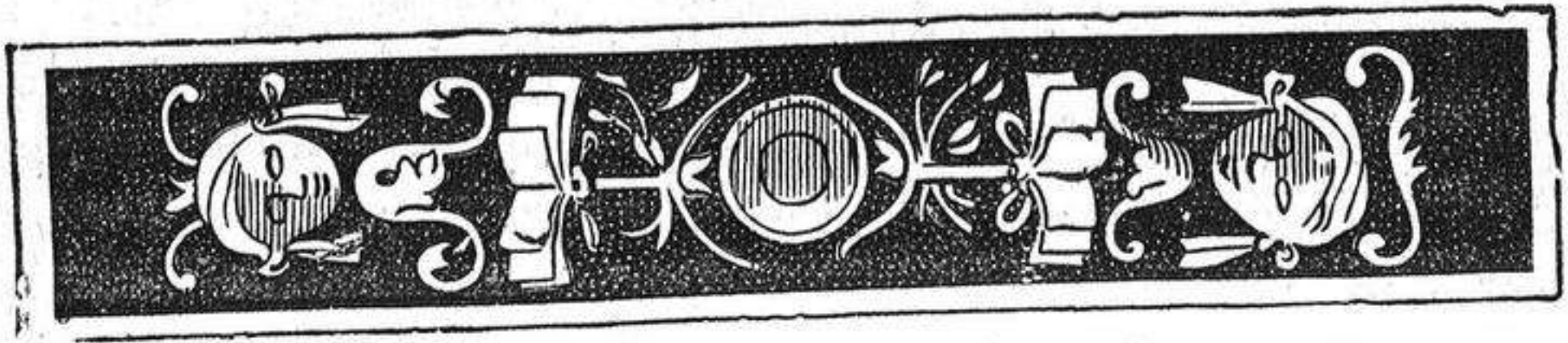
Aguarde S. S. á la plenitud de los tiempos, aguarde á que llegue el momento de la crisis, y, cuando vuelva S. S. al poder, jáctese de que ha venido traído por la opinión pública. Entre tanto, repartamos aquí entre nosotros, en las proporciones que respectivamente creamos justas, las representaciones de esa opinión, y no hagamos á un Parlamento acabado de elegir el ultraje de suponer que la opinión pública no está representada por los elegidos del país.»

Con esto terminó la sesión; pero ésta tendrá indudablemente su segunda parte en el Círculo de la Unión Mercantil por antonomasia; círculo apócrifo que aún subsiste y se mueve y se agita en la política por tolerancia sin límites de los gobernadores civiles. Tiempo hace que, como medida de orden público, debiera haberse cerrado, y con plena justicia y entusiasta aplauso de los verdaderos productores, que condenan sus audacias sin límites.

A.







## REVISTA EXTRANJERA

---

Nuevo tratado.—La reciente Encíclica.—Dos cartas de sensación.—Un artículo y la triple ó cuádruple alianza.—El Emperador Guillermo II.—Cosas de América.

Hé aquí un extracto del convenio que ha sido aprobado por las Cortes portuguesas, y cuyas bases han sido firmadas en Londres por el Gobierno de Inglaterra y el Ministro plenipotenciario portugués cerca del Reino Unido:

En el preámbulo que el Ministro de Negocios extranjeros ha puesto al convenio se establece la necesidad absoluta de arreglar definitivamente la cuestión de los límites de las posesiones portuguesas colindantes con las inglesas en las regiones africanas. Dícese que la fórmula conciliatoria encontrada no es ningún señalado triunfo para Portugal, pero que es la salvaguardia de muchos intereses de esta nación en África. Últimamente recomienda á los representantes de la nación en Cortes que cuanto antes den su aprobación al nuevo convenio en la siguiente forma:

Artículo I. Se autoriza al Gobierno de S. M. F. para ratificar el tratado entre Inglaterra y Portugal, de conformidad con las bases firmadas en Londres el 28 de Mayo de 1891.

Art. II. Queda anulada toda legislación que exista en contrario.

Las bases para el tratado son quince, y en ellas se estable-



ce, además de lo relativo á la delimitación de los territorios, que Inglaterra se obliga á no poner obstáculos á la extensión de la esfera de acción portuguesa al Sur de Lorenzo Marqués desde la línea que, partiendo de la confluencia del río Pongolo con el Maputo, sigue éste paralelo hasta la costa. Portugal reconoce en cambio la esfera de la influencia británica al N. de Zambeze hasta el lago Nyassa.

Queda garantida la tolerancia religiosa con los misioneros respectivos de ambas potencias, y en lo que se refiere á concesiones de explotación de minas y otros asuntos comerciales, cada país establecerá sus leyes en los territorios que estén bajo su protectorado.

En el plazo de veinticinco años no se impondrán derechos superiores de 3 por 100 á los géneros que, procedentes de una de las naciones contratantes, pasen por las colonias africanas de la otra de tránsito. Se establece la libertad de todos los súbditos de ambas naciones para atravesar el Zambeze y el Chiré hasta el Luenha sin adeudar las mercancías derechos de tránsito, é igualmente los metales y las monedas.

En el caso que surjan desavenencias entre Inglaterra y Portugal respecto al cumplimiento de este tratado, un arbitraje resolverá el asunto, sin que pueda haber apelación. En el Zambeze y el Chiré queda establecida la navegación libre, igualmente que en el Pungue, el Basio, el Limpopo y el Save y los afluentes de este último, y Portugal se compromete á dejar libre tránsito por tierra cuando los ríos no fuesen navegables. Las líneas telegráficas de ambas naciones podrán ser utilizadas indistintamente por una y otra.

Tal ha sido el satisfactorio arreglo que ha tenido la cuestión pendiente entre el vecino Reino lusitano y la Gran Bretaña.

\*  
\* \*

Aunque en un principio la prensa *italianísima* pareció acoger con cierta indiferencia la admirable Encíclica de León XIII sobre la cuestión obrera, después, al ver el eco profundo que ha tenido este notable monumento, así en Europa como en América, no ha podido menos de volver hacia ella sus ojos, y los diarios serios se unen al aplauso universal que han me-



recido la alteza y moderación de este escrito y su elevación de ideas, coincidiendo con la práctica aplicación de los remedios que exige el problema social.

Sería bien difícil encontrar páginas más bellas que la pintura que hace León XIII de la vida de los primeros cristianos ó ejemplos más concluyentes, para ser imitados, que los que su pluma traza de los esfuerzos hechos por las corporaciones obreras cristianas y por tantos hombres eminentes que, inspirándose en el Evangelio y haciéndose hasta compañeros casi de los trabajadores, consagran su fortuna y su talento á la solución del problema social; y bellísimo pasaje es también aquel en que el Pontífice describe la caridad y evoca sobre ella la definición y las palabras del Apóstol San Pablo. No es extraño que la Encíclica de Su Santidad haya causado en todas partes impresión tan profunda.

\* \* \*

Mucho han dado que hablar dos cartas de dos Diputados publicadas por un periódico francés acerca de la cuádruple alianza. Cuenta en la primera Mr. Millevoye que, á fines de Enero de 1890, el Príncipe Napoleón le hizo llamar anunciándole que tenía que comunicarle «cosas relacionadas con la seguridad de Francia y la paz de Europa.» Acudió Millevoye sin tardanza, y el Príncipe le manifestó que había tenido varias entrevistas con el Rey de Italia y que éste le había dicho las palabras siguientes: «Nada tengo que temer por la seguridad de las costas italianas. El Gabinete de Saint-James me ha hecho la promesa formal de que la flota inglesa se uniría á la mía, en caso necesario, para cubrir á Italia contra toda operación marítima.»

El Príncipe Napoleón, sorprendido, hizo notar que esto equivalía á la adhesión de Inglaterra á la triple alianza. Y el Rey añadió: «Mis intenciones son pacíficas. Pero si estalla la guerra estoy tranquilo, en efecto, por lo que toca al mar. Gracias al concurso de la flota inglesa podré, como os digo, movilizar el ejército en seguridad.»

No dándose todavía por convencido, el Príncipe replicó que los tratados secretos eran contrarios á la Constitución inglesa,



y que el *Foreign Office* no acostumbra á adquirir compromisos que hubieran de cumplirse en una fecha incierta y lejana, según todas las probabilidades. Humberto I dió entonces por terminada la conversación, diciendo: «No tengo nada más que deciros. Pero lo que os puedo afirmar es que los Gobiernos inglés é italiano han cambiado despachos que contienen compromisos determinados, y que tengo plena confianza en la palabra escrita del Gobierno inglés.»

La carta de Mr. Poignant confirma lo anterior, pues en ella se dice que el Príncipe Napoleón manifestó al que la suscribe, en Setiembre de 1890, que Inglaterra se había comprometido con Italia á proteger, en caso de guerra, las costas de esta nación contra cualquier ataque de la escuadra francesa, y que este pacto le había sido revelado por el Rey Humberto.

No creemos, sin embargo, que deba darse por seguro lo que en las citadas cartas se manifiesta. Frente á ellas pueden ponerse las declaraciones hechas por sir J. Fergusson en la Cámara de los Comunes, según las cuales el Gobierno inglés no ha adquirido compromiso alguno para lo futuro respecto del empleo de las fuerzas de mar ó de tierra.

Crispi, el expresidente del Consejo de Ministros de Italia, ha publicado un artículo en una Revista inglesa en defensa de su política. La tesis del artículo es que Francia, lejos de haber favorecido á Italia en la obra de su unificación, ha sido constantemente el adversario con que ha tenido que luchar el Gabinete de Roma, viéndose obligado, por último, á solicitar y obtener el ingreso de la nación italiana en la alianza de los Imperios centrales, á causa de la actitud desdeñosa y hostil de los franceses. El sentimiento galófobo de Crispi revélase á cada paso en este escrito, No quiere reconocer á los franceses ni el auxilio que prestaron en 1859 al Piamonte en sus luchas con Austria. Echa en cara á Napoleón III Mentana, y olvida en cambio á Magenta y Solferino. Con los Gobiernos de la República es igualmente severo. Los acusa de misteriosos complots contra Italia, de negociaciones con el Papa y el general de los jesuitas para trasladar á Francia el Vaticano, de esparcir la alarma con amenazas de repentinas agresiones, de haber herido continuamente el amor propio italiano.



El artículo termina afirmando que Italia es más próspera de lo que se cree, y que la tirantez de relaciones con Francia la perjudica menos que á esta nación. No parece dicho artículo llamado á obtener gran resonancia en Italia, ni menos en Europa. El actual Ministerio italiano se inspira en un criterio más conciliador que el de Crispi, y, por otra parte, las ideas del antiguo Ministro siliciano se han hecho en su país profundamente antipáticas para los que no participan de su optimismo y comprenden los grandes perjuicios que ha causado á Italia la ruptura de relaciones comerciales con Francia.

La prensa oficiosa, sin negarlo, no ha confirmado todavía de una manera oficial la noticia de que esté firmada ya la renovación de la triple alianza, ni que deban verse pronto los tres primeros Ministros de Austria, Alemania é Italia, noticia que exige confirmación. Lo indudable es que en el tratado se darán nuevas garantías al Reino italiano en el Mediterráneo, y que el Gabinete Rudini ha hecho esfuerzos para conciliar hasta donde le es posible sus lazos con los Imperios germánicos y la buena amistad que quiere reconquistar con Francia.

\*  
\* \*

Ha publicado recientemente un periódico berlinés un estudio político acerca del Emperador de Alemania. Hay algo en él que es nuevo, y además juicios personales que no son conocidos. Dice así:

«El Emperador Guillermo II vivirá, sin duda alguna, en la historia como una de las figuras más notables que ocuparon trono alguno. Es un hombre á la moderna; él mismo lo ha confesado, y sus hechos lo demuestran. Se dedica á todas las cuestiones palpitantes con celo asombroso, y no hay para él nada demasiado grande ni demasiado pequeño que no guste de palpar con sus propias manos y de ver con sus propios ojos. El se consagra á mantener la paz europea siempre que puede hacerlo; él indica á las clases obreras nuevos derroteros procurando satisfacerlas en lo posible; él abre ignorados caminos al comercio y á la industria, y á la par que hace todo esto se dedica á repartir premios en las escuelas, á contribuir á que se representen dramas patrióticos, á inaugurar Exposicio-



nes, á presidir conferencias como la escolar ahora, en la que ha pronunciado un discurso extenso exponiendo sus planes sobre la educación de los jóvenes. A veces preside una sesión en el Consejo de Estado por la tarde, y por la noche toma el tren y se va al otro extremo del Imperio para enterarse de todo y conocer á sus súbditos.

Esta actividad, inagotable en él, es prueba de una robustez física envidiable, pues el único padecimiento que sufre, el del oído, ha mejorado mucho. El temperamento de Guillermo II es sin duda alguna el que contribuye más á que esté en continuo movimiento; pero uno de los factores principales es su amor propio, que le convierte en esclavo del cumplimiento de su deber. Quiere verlo todo por sí y poner remedio allí donde halle algo deficiente. Las últimas palabras de su abuelo fueron: «No tengo tiempo para estar cansado;» y las de su padre: «El Príncipe es el primer servidor del Estado.» Estas dos frases sirven de lema al joven Monarca. Dentro de esta interpretación, de que su puesto es el de servidor del Estado, se mezcla de un modo insoluble la convicción firme de su derecho. Tiene que cumplir una gran misión, y sólo es responsable ante Dios y su conciencia. Al que se le pone enfrente lo destruye. Él solo es el amo y no tolera á nadie. Le molesta mucho que de estas ideas se deduzcan inclinaciones absolutistas. Guillermo II es un Soberano constitucional, que ha jurado como tal, y es hombre que cumple su juramento.»

\*  
\* \*

Falta todavía cerca de un año para la próxima elección presidencial de los Estados Unidos, pero ya los partidos se agitan y hacen activa propaganda.

La próxima lucha será reñida, según todos los indicios. Los dos grandes partidos que desde 1856 llevan los nombres de republicano y demócrata se han ido trasformando con el trascurso de los años, y hoy ya no conservan su primitiva significación, mas siguen disputándose con igual empeño que hace treinta años el ejercicio de la magistratura snprema.

Disentían ambos partidos en la extensión de los derechos de los Estados particulares y del Estado federal. Y este pro-



blema constitucional y político, en que los republicanos se inclinaban á soluciones centralizadoras y los demócratas á llevar la autonomía de los Estados hasta el último límite, adquirió extraordinario interés por la cuestión de la esclavitud, que motivó la sangrienta lucha entre el Norte y el Sur.

El partido republicano venció en la contienda, y es para él un título de gloria el haber sido el campeón de los derechos de la humanidad contra las tendencias egoístas de los Estados del Sur.

En todas partes cuecen habrás..... dice uno de nuestros acreditadísimos refranes; y en efecto, según vemos en la prensa de Rio Janeiro, el Gobierno de la dictadura que sustituyó al del Emperador empezó por la negociación de la venta de los terrenos de dominio público, regalando á los amigos y paniaguados del nuevo orden de cosas inmensos territorios, haciendo otras veces contratos ruinosísimos, y procurando siempre allegar adeptos é improvisar fortunas.

La misma prensa denuncia el hecho de haberse concedido varias líneas de ferrocarriles sin sujeción á ley, que alcanzan á 11.500 millas, representan un capital de 320 millones de pesos y un interés de 20 millones al año, todo bajo la garantía del Gobierno.

Como se ve, los republicanos del Brasil han corrompido el país, han violado las leyes, han deshecho una nacionalidad, han dado ejemplos perniciosísimos á la fuerza armada, han repartido gracias y mercedes á granel, haciendo generales y ministros á los hombres más audaces, y para colmo de todo esto, ceden gratuitamente territorios fértiles, regalan la construcción de ferrocarriles y fomentan grandes empresas de emigración para favorecer á sus amigos. Aquella será otra República modelo como las del Centro y Sud-América, que perturban el mundo con sus eternas luchas intestinas.

S.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

**El renacimiento de Galicia.** *Biografías gallegas contemporáneas escritas por* MANUEL AMOR MEILÁN *y* AURELIANO J. PEREIRA.—*José Fernández Carballo, editor, Lugo.*

No cabe duda de que la hermosa región gallega ha entrado desde hace algunos años en una nueva era. En la prensa como en el Parlamento, en los centros científicos y literarios, los hijos de Galicia trabajan activamente y luchan sin descanso, obteniendo grandes y merecidos triunfos.

Los Sres. Amor Meilán y Pereira, excelentes literatos entusiastas por su país, se proponen historiar el renacimiento de Galicia, publicando, coleccionadas, las biografías de cuantos contribuyen al engrandecimiento de la tierra en que han nacido. La obra se repartirá en cuadernos de 64 páginas, al precio de una peseta.

\* \* \*

**Les sciences occultes.** *Adivinación, Cálculo de probabilidades, Oráculos, Sueño, Grafología, Quiromancia, Frenología, Fisiognomía, Magia, Cábala, etc., por* G. PLYTOFF.—*París, F. B. Baillièrre et fils, editores, 1891.—En 8.<sup>o</sup>, 320 páginas con 145 figuras: 3,50 pesetas.*

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.



Actualmente se han vuelto á poner de moda la astrología, carlomancia, quiromancia..... y demás *viejas* novedades. No puede negarse que á veces hay en ellas algo de verdad. Los presentimientos son una creencia instintiva, no razonada y fatal, de que los sucesos futuros pueden influir en nosotros aun antes de producirse. El Sr. Plytoff propaga en su curioso libro las ciencias ocultas porque cree que vale la pena de estudiarlas; los que lo lean atentamente, encontrarán en él la clave de muchos misterios y problemas no explicados.



**Contestaciones al programa de Retórica y Poética.**  
(*Literatura preceptiva*), redactado por el profesor de la asignatura D. J. CASAÑ ALEGRE.—Valencia, 1891.—En 8.<sup>o</sup>, de 304 páginas: 4 pesetas.

Sobrado conocido es de nuestros lectores el nombre del Sr. Casañ para que necesitemos ponderar el mérito de su última producción, que dedica á nuestro ilustre amigo D. José de Cárdenas. Aun cuando el autor declara modestamente que se propone tan sólo facilitar el estudio y servir como de guía para internarse por el hermoso campo de la literatura, lo cierto es que su trabajo resulta un buen compendio de nuestra literatura, y que á más de ser útil para los estudiantes, deben consultarlo cuantos se dedican al cultivo de las bellas letras y lo leerán con deleite todos los que gustan de obras amenas é instructivas, realizadas por un estilo correcto y elegante.



**Los hermanos Zemganno**, por EDMUNDO DE GONCOURT.  
*Versión de Emilia Pardo Bazán.*—Madrid, La España Editorial.—En 8.<sup>o</sup>, LXI-401 páginas: 4 pesetas.

En un hermoso volumen bellísimamente ilustrado por Apelles Mestres y adornado por una preciosa cubierta de colores, nos da á conocer *La España Editorial* la admirable traducción que de *Los hermanos Zemganno* ha hecho Emilia Pardo Bazán, traducción que avalora un profundo estudio de la eminente



escritora acerca de los hermanos De Goncourt. Difícil es traducir á esos escritores, pero para el talento de la coruñesa ilustre no hay dificultades; así es que la versión resulta en excelente castellano y no ha perdido ninguno de los primores que esmaltan el original.

También es muy notable el núm. 6.º del *Nuevo Teatro Crítico*, por lo ameno y variado de las materias que contiene.

\*  
\* \*

**Hygiène des gens nerveux.** *Precedida de nociones generales y observaciones sobre la estructura, funciones y enfermedades del sistema nervioso, por el DR. F. LEVILLAIN.*—París, Félix Alcan, editor, 1891.—En 8.º, XI-308 páginas con grabados en el texto: 3,50 pesetas.

El autor, médico muy entendido, describe á grandes rasgos, en la primera parte de su obra, la anatomía general del cerebro, de la médula y de los nervios é indica el mecanismo de su fisiología; estudia las condiciones orgánicas de las sensaciones, emociones, trabajo intelectual y movimiento voluntario y explica los fenómenos de la excitación y fatiga nerviosa con que dan principio los desórdenes neurósicos. Abarca de una ojeada general, en la segunda parte, todos los accidentes nerviosos, dedicando capítulos especiales á la neurastenia é histeria. En la tercera parte pone de manifiesto todas las causas del neurosismo bajo sus múltiples formas, y al darlas á conocer facilita los medios para precaverse de ellas. Por último, en la cuarta parte incluye los preceptos higiénicos propiamente dichos: higiene especial de las grandes funciones nerviosas; aplicación de los preceptos generales de la higiene ordinaria á la higiene particular de los neurópatas, y métodos terapéuticos para combatir las afecciones nerviosas.

\*  
\* \*

**Les idéologues.** *Ensayo acerca de la historia de las ideas y teorías científicas, filosóficas, religiosas, etc., en Francia, desde 1789, por FR. PICAUVET, Doctor en letras.*—París, Félix Alcan, editor, 1891.—En 4.º, XIII-628 páginas: 10 pesetas.

La Ideología nació con la revolución y con ella ha crecido.



Sus representantes, herederos y continuadores del siglo XVIII, son matemáticos y físicos, naturalistas y médicos (Pinel, Lamarck, Broussais), novelistas (Stendhal), literatos (Chénier, Andrieux, Sainte-Beuve), moralistas y gramáticos (Thurot), sociólogos, economistas (J. B. Say), historiadores (Daunou, A. Thierry, Fauriel). Tienen asiento en las asambleas políticas y en el Instituto; se reúnen en Auteuil y en la calle del Bac; son profesores de las escuelas normales, centrales y especiales (Politécnica) y extienden sus doctrinas por Europa. Agrupados alrededor de Condorcet (1.<sup>a</sup> generación), de Cabanis y de Destutt de Tracy (2.<sup>a</sup> generación), de Degerando y de Laromiguière (3.<sup>a</sup> generación), se afanan, no por crear un sistema puramente dialéctico, sino por constituir la psicología fisiológica, infantil y embrionaria, animal, morbífica y étnica; la historia imparcial y la ciencia de las religiones; la economía política, la moral científica y la sociología positiva, la filosofía de las ciencias matemáticas, físicas, naturales y morales, y una filosofía general de las ciencias positivas. Su empresa la han continuado Brown, Stuart-Mill, Bain, Lewes y Spencer, en Inglaterra; Littré, Renan, Taine y Ribot, en Francia. Por el ensayo del Sr. Picavet, presentado en la Sorbona para el ejercicio del grado de doctor, se entrevé lo que serán las ciencias, la filosofía y la metafísica para los ideólogos del porvenir.

\*  
\* \*

**La Philosophie du siècle. Criticismo, positivismo y evolucionismo, por E. DE ROBERTY.**—París, Félix Alcan, editor, 1891.—En 4.<sup>o</sup>, VIII-234 páginas: 5 pesetas.

En la obra que acaba de dar á luz el Sr. de Roberty, autor de *La antigua y la nueva filosofía*, de *Lo Incognoscible*, etc., pasa revista á las teorías especulativas que dirigen la evolución mental de la humanidad contemporánea. El autor, que colaboró en otro tiempo en la *Revue Positive* de Littré, y que ahora escribe importantes artículos en la *Revue Philosophique*, muestra con independencia de juicio las contradicciones y los puntos débiles de los tres grandes sistemas (criticismo, positivismo y evolucionismo), los más de moda actualmente. Aplica al estudio de la evolución de las ideas filosóficas los méto-



dos de la sociología, ciencia cuyos primeros principios asentó en una obra muy conocida publicada en la *Biblioteca científica internacional*, y llega á conclusiones de mucho interés. *La filosofía del siglo* del Sr. de Roberty contribuirá á la revolución intelectual. Aunque no compartamos sus ideas, no hemos de negar que su autor es uno de los talentos más originales y profundos de nuestra época.



### Otras publicaciones.

*Personajes ilustres: El P. Luis Coloma.* Biografía y estudio crítico por Emilia Pardo Bazán. Precio: 2 pesetas. — Esta obrita, que ilustran los retratos del P. Coloma, Fernán Caballero y Gertrudis Gómez de Avellaneda y otros grabados, es muy amena é interesante. Está escrita con el ingenio y galanura propios de su autora.

*El África francesa*, por A. Joyeux, con un prefacio de J. L. de Lanessan, Gobernador general de la Indo-China.—Ahora que se hallan á la orden del día las cuestiones africanas, ofrece extraordinario interés este libro, editado por Alcan. Precio: 60 céntimos.

El número 22 de la *Revue Bleue*, de París, inserta un precioso artículo titulado *La absolución de Madama Rabot*, escrito por Mr. Henry Gauthier-Villars, excelente literato y copropietario de la gran casa editorial fundada por su ilustre padre.

*Simi la hebrea.* Relato histórico, por el R. P. Fr. Conrado Muiños Sáenz, agustiniano. Un tomo en 8.º de 162 páginas con grabados y un buen retrato del autor.—No se puede leer sin lágrimas en los ojos, lágrimas que refrescan nuestro corazón, el sencillo y hermoso relato que hace el eximio escritor de las proezas, energía de alma y luchas de la hija del más opulento israelita de Gibraltar, que acabó ingresando en un convento de Medina Sidonia, y siendo ejemplar vivo de cómo infunde el Creador el amor divino. Leyenda consoladora que Fr. Conrado Muiños escribe con la tersura y elegancia de su estilo.



*Las reformas y la segunda enseñanza.*—Este último trabajo del docto catedrático D. Carlos Soler y Arqués lo forman una serie de atinadas consideraciones sobre problemas, necesidades y desaciertos de la enseñanza. Importa mucho reorganizarla, y si algún Ministro de Fomento se resuelve á emprender la meritoria obra, no perderá el tiempo que dedique á leer la obrita de *bonne foy* del Sr. Soler Arqués.

*Le milieu interstellaire et la Physique moderne.*—Recomendamos á nuestros lectores este notabilísimo estudio del ingeniero Sr. Schwœerer, antiguo secretario del eminente Hirn.

*Annales des sciences psychologiques.*—El número 3.º de esta curiosa revista contiene, entre otros trabajos, un estudio sobre las apariciones, experimentos que parecen demostrar la clarividencia, alucinaciones telepáticas y un caso de transmisión de sensaciones.—Editor, Félix Alcan, París.

El conocido doctor parisiense Sr. Gérard ha empezado á publicar *Le Médecin du Foyer*, que sale á luz mensualmente en Burdeos y sólo cuesta al año 2 pesetas. Resulta tan útil como interesante.

A.

